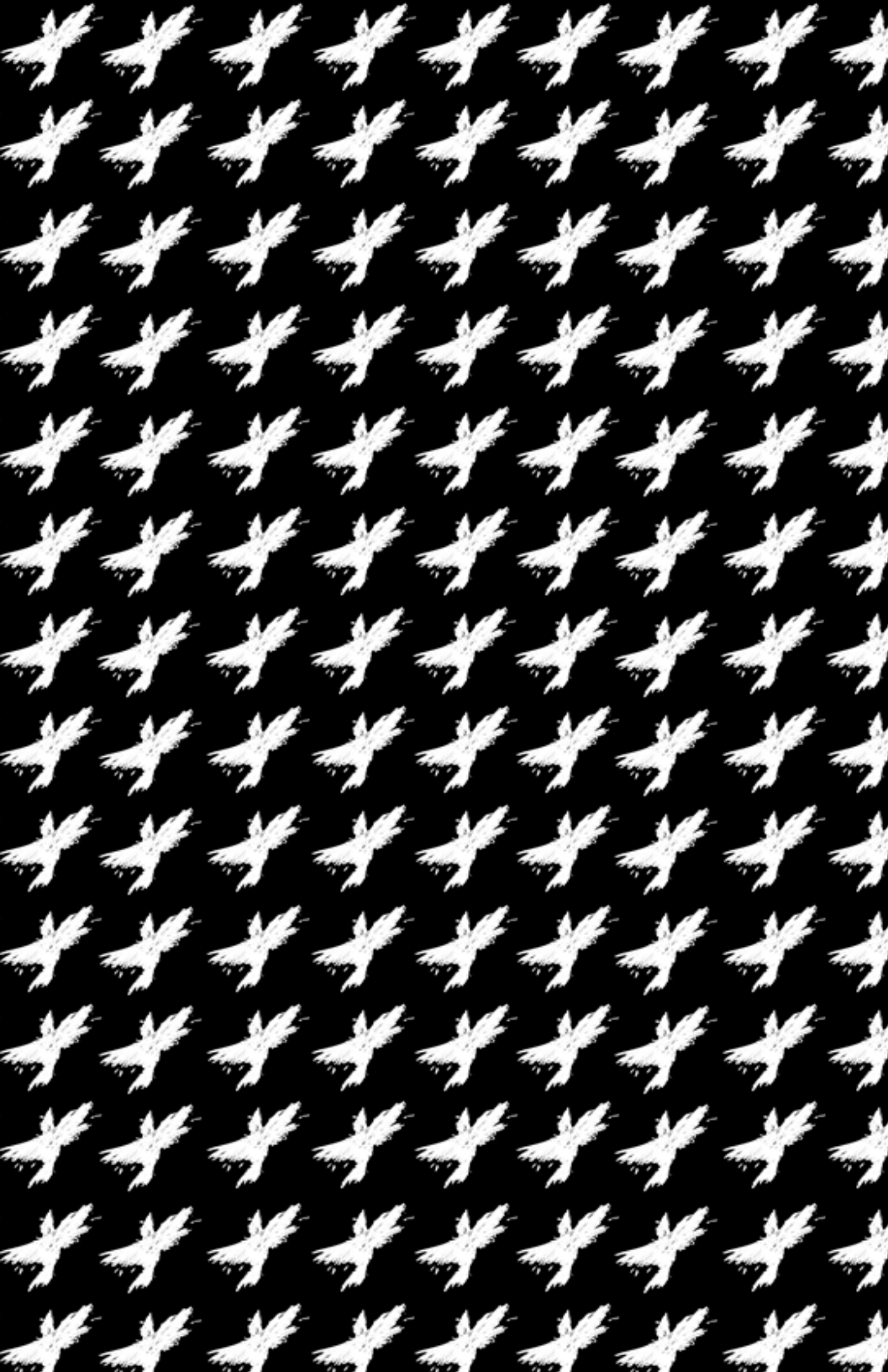
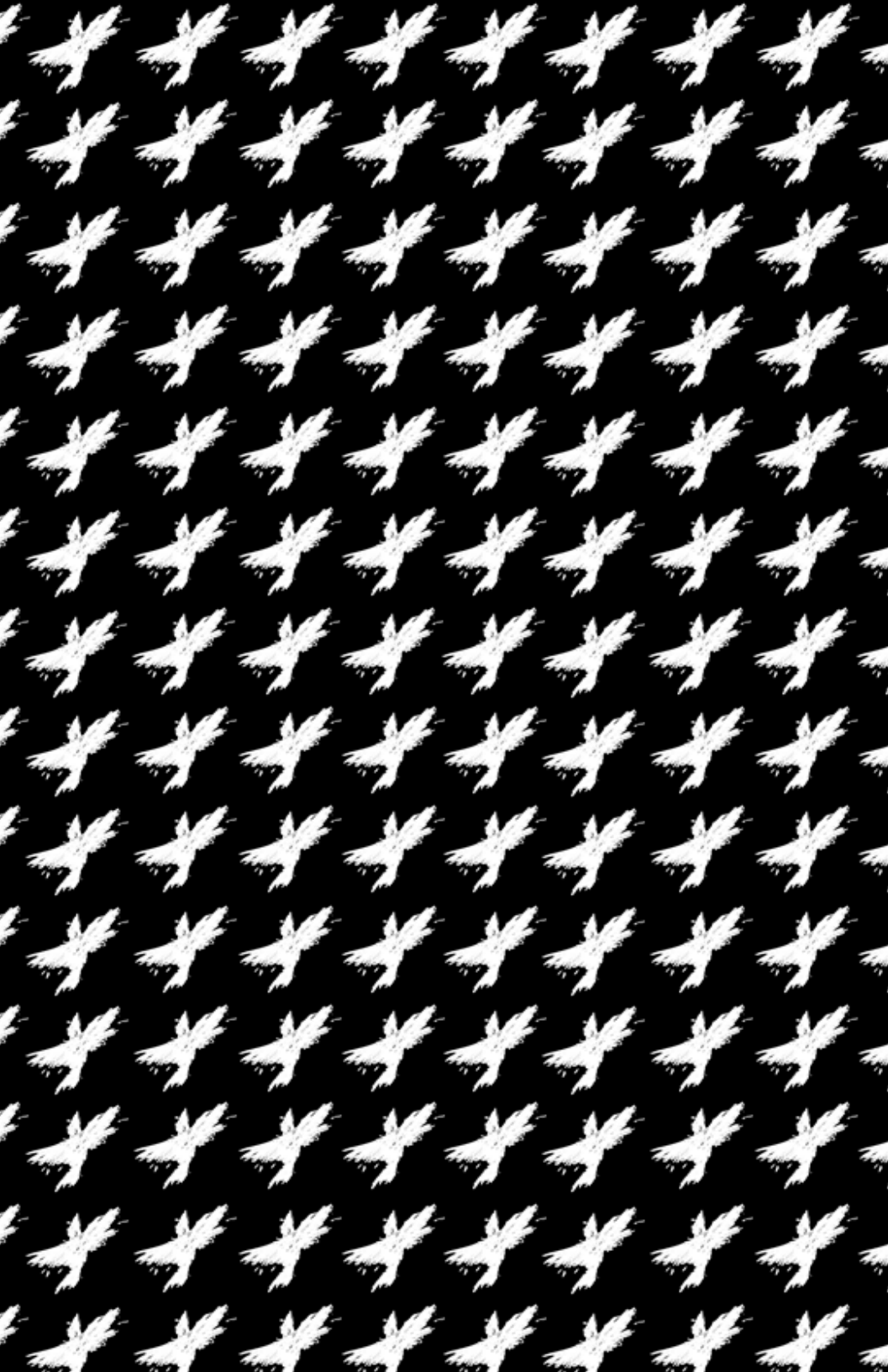






NOVELETAS SOBRE
DÖPPELGANGER

REFLEJOS FRACTURADOS



Editorial Alas de Cuervo agradece su respaldo al comprar este libro original. Con su apoyo nos motiva a seguir trabajando para llevar más libros a nuestros lectores. Gracias por honrar a nuestros autores al no reproducir, escanear ni distribuir total o parcialmente y sin autorización previa de la editorial esta obra.

© 2025 *REFLEJOS FRACTURADOS*

© 2025 Grupo Editorial Letras Negras S.A.S.

Autores: Sebastián Fischer, David Kolkrabe y José Servín

Diseño de cubierta e ilustraciones: Lady Carmona Uribe

Editora: Yurleny Torres Grisales

www.alasdecuervo.com

IG @alasdecuervo_terror y FB @alasdecuervoterror

1ra edición

ISBN: 978-628-7822-05-4

REFLEJOS FRACTURADOS

SEBASTIÁN FISCHER

**LA MÁSCARA DEL
INTRUSO**

I. El sol que quema

Todo se fue al carajo el último día de mayo, dejando el asfalto empapado en sangre y con astillas de hueso esparcidas.

Esa mañana, la alarma de su marido la despertó antes de tiempo. María había soñado con un océano que se recogía por kilómetros y kilómetros hasta desnudar la playa, dejándola expuesta de arena mojada y pescados muertos pudriéndose bajo el sol. Alejandro salió de la cama para entrar al baño y María escuchó el agua de la ducha correr. Pensó en el tsunami del 2010, un mal año. Acomodó la almohada y revisó la hora. Le quedaban cuarenta minutos antes de levantarse. Volvió a cerrar los ojos.

Momentos después, su marido salió del baño, perseguido por una nubecilla de vapor. El hombre se abotonó la camisa blanca y, al ponerse el pantalón, tropezó. Para recuperar el equilibrio, se apoyó en la cama. Ella, aunque sintió el remezón sobre el colchón, insistió en hacerse la dormida. No le dirigiría la palabra. La noche anterior habían vuelto a discutir.

Un conocido de María se había inscrito para cursar un Máster en Derecho e Inteligencia Artificial y ella propuso la posibilidad de que él también estudiara algo parecido.

—Ya ves cómo le va a mi hermano trabajando en tecnología —dijo.

Pero la sugerencia fue tomada a mal. No era la primera vez que María le insinuaba algo similar. Una idea que a Alejandro le parecía descabellada e inútil. No lo necesitaba, insistía. Su trabajo como fiscal se encontraba a salvo en una sociedad que jamás permitiría que la libertad de una persona dependiera de una máquina.

—Quizá queden sin pega los mecánicos y artistas. O compile a los escritores. Claro. Puede que a *ti* te sirva tomar estos cursos. A nadie le importa quién escribió una película,

mientras esté buena —contrató y María resintió el comentario.

Llevaba meses luchando por terminar de escribir un guion que le solicitaban con urgencia. Un retraso que mantenía congelado el pago de sus honorarios.

—A veces eres cruel —le contestó.

Él repuso que no tenía tiempo ni dinero para perder. Si tanto le gustaban las nuevas tecnologías, que las estudiara ella. Después, se dio vuelta, apagó la luz del velador y se dispuso a dormir.

Por la mañana, Alejandro sintió culpa por su comportamiento de la noche anterior. Estaba agotado, en medio de un juicio por homicidio que duraría meses. Además, le estresaba que María no generara ingresos en un momento en que debían pagar los altos dividendos de la casita en La Reina que compraron al casarse. Pero también se sentía hipócrita, porque, en el fondo, el verdadero problema era otro.

La insistencia de María por incentivarlo a estudiar sobre tecnologías lo asustaba, pues no entendía del tema. Apenas dominaba el Excel y solo ocupaba los dedos índices para teclar. Su rezago en la materia era evidente, pero admitirlo implicaba aceptarse viejo y obsoleto. Una vulnerabilidad que se esforzaba por ocultar. Bastaba con la inseguridad —que a veces salía a la luz— de que su esposa fuera pretendida por hombres más jóvenes, más vigorosos o acordes a su edad.

Alejandro estaba convencido de que María buscaba en él seguridad y protección. Reconocerse débil frente a ella, sería como clavar una espina envenenada en el corazón del matrimonio. No podía fracasar otra vez. Mucho menos ahora que intentaban concebir un bebé. Suspiró. Detestaba que el percolado de sus emociones afectara la relación entre ambos, pero eso estaba por acabar. Solo necesitaba obtener una condena ejemplar en el juicio por homicidio.

La reciente destitución de su jefatura suponía la mejor oportunidad en años de obtener el ascenso que anhelaba, alejado de los crímenes escabrosos, motivaciones sórdidas y detalles truculentos que le colmaban los pensamientos antes de irse a acostar. De conseguirlo, al fin podría descansar. Nadie les despertaría por teléfono a las tres de la mañana para reportar el hallazgo de un cuerpo desmembrado en bolsas de basura a las faldas del cerro Santa Lucía. Ni siquiera el toque de queda garantizaba noches tranquilas.

Extrañaba sentirse ligero. Algo así como durante su luna de miel, cuando las tardes duraban días y las noches años. Cálidos recuerdos de una María coqueta, mimetizada en el paisaje caribeño, con el pareo amarrado a la cintura y una sonrisa de intención infinita, desprevenida de la eventualidad de borrarse. ¿En qué momento la extravió? Añoraba esa época de naturaleza musical, arbustos danzantes, brisa húmeda y anécdotas nuevas. Como aquella vez que, sentados frente al océano, les sorprendió una lluvia aparecida de la nada. Después, el escape torpe, entre risas, en busca de refugio bajo una palmera. Fue allí donde, envueltos por el aroma a tierra húmeda y sal marina, María le tomó de la mano y él supo ser feliz.

Con qué vehemencia anhelaba haberse muerto en aquel instante: liviano, altivo, inmenso, con la cera de las alas derretida por un sol que jamás le volvería a recibir tan de cerca. Todavía preso de los recuerdos, se puso el pesado abrigo sobre el traje, enrolló una bufanda en el cuello y se hizo el ánimo de caminar hasta el paradero. Aún no recuperaba el automóvil del taller. Antes de irse, posó la mirada sobre su esposa. Observó la fina curva de su espalda ascender y descender, cubierta por la ropa de cama. Tras una vida dedicada al trabajo, se recriminó por descuidar lo importante. Y aunque la creyó dormida, se asomó por el borde de la cama para dejarle un suave beso en la mejilla.

Ella mantuvo los ojos cerrados y la respiración uniforme. Las notas a madera del perfume de Alejandro la acompañaron un rato junto a la almohada. Una hora más tarde, María recibió la llamada. La incredulidad, el desconcierto y, luego, el dolor la arrastraron por todo el dormitorio. Al otro lado de la línea, la voz agitada de un desconocido le informó del accidente. Era grave, dijo. Habían atropellado a Alejandro a la salida del metro Rondizzoni, a pocas cuadras del Centro de Justicia. La ambulancia iba en camino.

En los ojos de la mujer se hizo invierno y densas nubes le poblaron la mente. El rostro se le tornó lívido y el peso del cuerpo la abandonó, como si experimentara el momento en tercera persona. Repitió frases evasivas y terminó gritándole al colega de su marido, quien tuvo la ingrata misión de ponerla sobre aviso.

Al colgar, le dolía el pecho. Lágrimas pesadas rodaban, ardientes, como lava deslizándose sobre el volcán de sus mejillas. Un temblor irresistible se apoderó de su mano derecha y, en un chispazo de furia, arrojó el celular contra el sofá. No tardó en atravesar la puerta y salir de casa. Un cielo color ceniza la escoltaría hasta la clínica. Con los párpados hinchados, se dirigió al sector de urgencias, donde le comunicaron que su marido se encontraba en pabellón.

—¿Cómo está? Necesito que me digan cómo está —exigió, con la expresión desencajada.

—Recibimos al paciente con pérdida de conciencia, pero sus signos vitales eran estables —le informó la recepcionista desde el mesón—. Su marido tuvo suerte de que alguien llamara enseguida. Llegamos a tiempo. Por ahora, es todo lo que puedo decirle. El doctor podrá darle más detalles.

El estómago de María se contrajo con solo imaginar la posibilidad de que los transeúntes dejaran morir a Alejandro a un costado de la calle, sin siquiera pedir ayuda. Años atrás, una situación así habría sido impensada, pero los tiempos

cambiaban y ese tipo de fenómeno social ocurría cada vez con mayor frecuencia. Comprendió que la recepcionista estaba en lo cierto al decir que Alejandro tuvo suerte: las cosas pudieron ser peores de haber ocurrido en otro lugar, lejos del trabajo, donde nadie le conociera ni le prestara auxilio.

Tomó asiento en una de las sillas de plástico dispuestas para el público. A su alrededor, se ubicaban, al menos, quince personas que, al igual que ella, aguardaban noticias positivas sobre sus seres queridos. Cruzó una pierna sobre la otra y se disparó su síndrome de «pie inquieto». Silenció el celular, hastiada por la vibración de mensajes y llamadas perdidas. Familiares y amigos intentaban contactarla. Se preguntó cómo se habrían enterado.

El misterio se aclaró apenas la prensa apareció detrás de la mampara de acceso al sector de urgencias. Un puñado de hombres instalaba trípodes de cámaras de televisión en un rincón del estacionamiento. «Lógico», pensó. No era común que un fiscal en ejercicio fuera atropellado en medio de un juicio por homicidio. Sintió la obligación de informar a su suegra antes de que se enterara por otros medios.

La señora, una septuagenaria residente de Linares, cuidada por una amiga de la familia, estalló en llanto al recibir la noticia. De nada sirvió la cautela de María por mostrarse positiva y esperanzada. La angustia era un callejón oscuro al que no todos le encontraban salida. Así sería para aquella mujer de edad, quien fallecería tan solo un mes después, sin alcanzar a despedirse de su hijo.

María respiró profundo. Al revisar las redes sociales, encontró su tragedia expropiada para consumo masivo. Cada titular era una transmutación de sus terrores. Desplegó los comentarios y se arrepintió de inmediato. Allí pululaba el revoltijo más extremo de bajos instintos, bots políticos y delirios sociales. Comentarios que iban desde culpar al presi-

dente por lo ocurrido; al mismo fiscal, por viajar en transporte público; a los inmigrantes, porque sí; hasta celebraciones de sujetos que festejaban lo ocurrido: «Los fiscales se creen la raja ojalá se m*era el chupasangre del Estado».

Cerró la aplicación. Necesitaba aire fresco, pero apenas puso un pie fuera de la sala, un puñado de periodistas se le abalanzó. Hombres y mujeres, de miradas urgentes, estiraban micrófonos hacia ella y vomitaban preguntas ridículas: «¿Cree que se trata de un atentado contra el fiscal?, ¿teme usted también por su vida?», «señora Ulloa, ¿cómo se siente ahora que su marido se debate entre la vida y la muerte?».

Indignada, se negó a responder y regresó a la sala de espera. Rogó a Dios por la recuperación de Alejandro. Era su compañero de vida. Un hombre noble que luchaba por esconder de ella sus inseguridades con tal de hacerla sentir protegida. Verlo esforzarse tanto era lo que amaba de él. Un caballero como ya no quedaban. Y el único familiar cercano que tenía desde que su hermano Javier se radicara en Suecia por trabajo. Su madre llevaba muerta diez años y de su padre: «Mejor ni hablar», respondía cuando le preguntaban.

No supo cuánto tiempo transcurrió, pero tras esperar lo que pareció una eternidad, se abrieron las puertas contiguas del acceso restringido y un hombre de bata blanca apareció con paso decidido. Barrió la sala con la mirada y preguntó a viva voz por los acompañantes del señor Villarroel.

«¡Soy yo! Es mi marido», exclamó María y se puso de pie con un salto. El doctor la llevó a un costado, bajó la voz lo suficiente como para que solo ella pudiera escucharlo y le explicó la situación.

Era peor de lo que imaginaba.

Su mundo se derrumbó.

II. El barco con luces de fiesta

En la productora se mostraron comprensivos. Acordaron poner fin al contrato y la liberaron de sus obligaciones. Hasta recibió algo de dinero en proporción al estado de avance alcanzado con el guion. Su labor inconclusa sería terminada por alguien más.

En momentos de tragedia personal y desacierto profesional, comenzó a aislarse del resto. María despreciaba la soledad, pero tampoco encontraba consuelo al juntarse con amistades en cafés o eventos sociales. Era imposible eludir el *gran tema*, en circunstancias que callarlo también resultaba descortés.

«Es que la cagó, amiga. Tu marido es una inspiración para todos. El mío no se enfrenta ni a las arañas. El tuyo es un héroe en este país que está patas pa arriba». María recibía los elogios sin animarse a sonreír. Al poco tiempo, dejó de asistir a las reuniones, exhausta de regresar a casa con más ganas de llorar de las que tenía al salir.

Se recluyó en su hogar e intentó acostumbrarse al silencio omnipresente, bajo el cual incluso su propia voz sonaba intrusa. Durante varios días, recorrió cada habitación en busca de recuerdos gratos y calor perdido. Poco después, retomó su mayor pasatiempo: tejer a *crochet*, única instancia que le despejaba la cabeza. Decidió tejerle una bufanda azul a Alejandro. «Para cuando despierte», se decía en un intento por mantenerse positiva. A partir de entonces, en su cartera jamás faltó algo de lana y un par de ganchillos de metal, por si necesitaba salir a realizar algún trámite y le tocara esperar.

Su marido seguía con vida. Si es que podía llamársele así a estar conectado a un soporte respiratorio, con una placa de metal instalada en el cráneo y pernos en el brazo derecho y la cadera. María acudía a diario para verle en el hospital. Visitas

envueltas en lágrimas y susurros que Alejandro no escuchaba, inmerso en un estado de coma. «Lesión axonal difusa», fue el diagnóstico del doctor. Un concepto que nunca había escuchado, pero que ahora era central en su vida. Solo quedaba esperar, le decían, pero ¿esperar qué? y ¿hasta cuándo? La incertidumbre hilaba una nueva capa de desesperación a su sufrimiento.

Al desgaste emocional, se sumaron las deudas. Los servicios de urgencias, tratamientos intensivos, e internación prolongada de su marido, implicaban una suma extraordinaria de dinero. Ni siquiera trasladarlo a un hospital más económico resultó ser suficiente.

Una mañana, María despertó producto de una fuerte náusea. «Por favor, no», rogó antes de correr al baño a vomitar. Era algo inusual, la noche anterior no había comido. Se quedó un rato arrodillada frente al inodoro, entre jadeos y escupos, con el pelo manchado y un sabor corrosivo que le quemaba la garganta.

Se puso de pie, abrió el cajón del lavabo y de inmediato se realizó un test.

Fue la gota que rebalsó el vaso: estaba embarazada.

Javier Ulloa reservó un vuelo de vuelta a Chile apenas se enteró del accidente. Por desgracia, tuvo que reprogramarlo para finales de junio, pues antes necesitaba alcanzar un acuerdo con su jefatura. Al bajarse del avión, Santiago lo recibió con un frío seco y cielos azules, tal como lo recordaba. Una ciudad amurallada de naturaleza, oculta entre montañas, bajo el cuidado de una cordillera nevada cansada de guardar tantos secretos.

Parado en la puerta de María, el abrazo fue más fuerte que nunca y Javier sintió como si a su hermana le costara mantenerse en pie. Una vez acomodadas las maletas, María se preparó una infusión de menta y él destapó una cerveza. Javier lucía como siempre: el cabello oscuro desordenado sobre la frente y la sonrisa ancha que le iluminaba la mirada, capaz de animar a cualquier alma en pena.

Lo primero que María le explicó fue el horario del toque de queda para que no lo tomara por sorpresa fuera de casa. Javier le consultó cuántos años llevaban así. Ella respondió que iban por los tres. «¿Y no les molesta?, ¿estar encerrados por la noche?», quiso saber. Su hermana negó con la cabeza. Ya todos se habían acostumbrado, explicó, era un precio justo para asegurar la libertad de vivir en paz. Javier asintió, sin expresión en el rostro. María sacó el tejido de *crochet* y retomó la bufanda inconclusa.

«Puede que te suene muy tercermundista, pero es que te fuiste a Europa hace mucho. La situación acá estaba descontrolada, ¿cachai? Había que hacer algo. Todos tenían miedo». Javier aseguró que la entendía. El mundo entero avanzaba en esa dirección, dijo. Europa también. «Un mayor control no tiene por qué ser algo malo. Todos quieren controlar a alguien. Es una tendencia humana y hacia allá va el futuro. Pero filo con eso. Háblame de ti. Cuéntame todo».

Ella accedió, sin escatimar detalles, ansiosa de desahogarse. No pasó inadvertida la rapidez con que se movieron las agujas del *crochet*, mientras relataba las heridas sufridas por Alejandro. Era un tema doloroso de tratar, pero hablarlo con su hermano la aliviaba, como si cada palabra expulsada de su boca se llevara consigo una gota de angustia. Javier la escuchó taciturno hasta que terminó la historia. Acto seguido, la sujetó de las manos para detener el movimiento mecánico de su tejido y confesó que había tardado en regresar, porque antes tuvo que convencer a su jefe de una propuesta.

— ¿Qué propuesta? — preguntó algo desconcertada frente al cambio de tema —. No entiendo, Javi. ¿Te van a ascender en el trabajo?

— No, hermanita. Una propuesta para ti. El mes pasado te pedí copia de los informes médicos, ¿te acordai?

Ella asintió. Y aunque era incapaz de desconfiar de él, si las palabras que siguieron las hubiese pronunciado alguien más, no las habría creído. Javier comenzó por explicar que un axón era la parte de la neurona encargada de transmitir impulsos nerviosos y establecer conexiones con otras células del cerebro. Conexiones que, en Alejandro, se encontraban dañadas producto del golpe en la cabeza. Esa era la causa que lo mantenía en coma. Pero era allí, dijo con una emoción contenida en la voz, donde Gryning le ofrecía una solución.

— Esa es tu empresa, ¿cierto? — preguntó María con cautela, prevenida de permitirse cualquier tipo de esperanza.

— Claro, la empresa en la que trabajo. La cosa es que Gryning desarrolló un producto que se llama *Kurera*. Todavía no sale al mercado, pero piénsalo como un robot pequeño — dijo, mientras se ponía de pie y gesticulaba con las manos —. Es autónomo, inteligente y está diseñado para operar cientos de soluciones médicas. Si le implantamos *Kurera* a Alejandro, le escaneará el cerebro, detectará las zonas dañadas y las reparará. Te lo prometo. Puede salvar a tu marido.

María no daba crédito a lo que escuchaba.

— Parece sacado de una novela, Javi. Casi como las series de la tele. — Sonrió fugaz, hasta que el ángulo de sus labios se quebró —. Suena realmente increíble. Todo. Lo que haces, lo que averiguaste..., pero no puedo pagar algo así. La situación está mala. Pronto, voy a tener que mandarme a cambiar de acá. Arrendar la casa, buscar algo más barato.

—Epa, no te me adelantes —la detuvo Javier. Tomó un largo sorbo de la botella de cerveza y volvió a sentarse a su lado—. Todavía no escuchas la propuesta.

Aprobados los estrictos controles de seguridad, *Kurera* había avanzado a la etapa de ensayos clínicos en humanos. La empresa contaba con suficientes voluntarios como para llevar una lista de espera, pero Javier había conseguido la aprobación de los directivos para saltársela e incluir a Alejandro de inmediato como sujeto de pruebas. Lo había solicitado como un favor personal por su trabajo. Pero, lo mejor, era que el tratamiento sería gratis para ella. Todo estaba cubierto. En Suecia, la ley obligaba a la empresa a pagarle una pequeña suma a cada voluntario, un beneficio que no aplicaría a Alejandro por tener que ser operado fuera del país; sin embargo, la gratuidad de la oferta se mantenía.

María tartamudeó, sin saber qué responder. Sintió que la luz, al final del túnel, era tan brillante que el resplandor la cegaba. Recordó cuando era niña y su abuelo le contó la historia del Caleuche: aquel barco fantasma que en las noches atraía a los pescadores con sus luces de fiesta. La vida le había enseñado a ser desconfiada, pero ¿y si esta vez la fortuna estaba de su lado?, ¿la dejaría ir?

Gryning contaba con una filial en Uruguay, en cuyas instalaciones disponían de todo lo necesario para implantarle el microbot a Alejandro. Tan solo necesitaban su consentimiento. María intentó sonreír, pero la frente contraída y el nudo en el pecho se lo impedían. Se abanicó con la mano, en un esfuerzo por dejar entrar el aire de alegría que la envolvía. «Eres un milagro, Javier», fue todo lo que pudo pronunciar al abrazarlo.

Veinte días después, la operación se llevó a cabo en Montevideo. La cirugía duró varias horas, durante las cuales María no dejó de cruzar la sala de espera, de esquina a esquina, como un animal enjaulado. Cada paso resonaba con un eco ansioso. A ratos tomaba asiento, se arreglaba el cabello y revisaba el celular. Intentaba tejer el gorrito para bebé en el que trabajaba, su nuevo proyecto tras terminar la bufanda azul de Alejandro, pero ni siquiera su pasatiempo favorito conseguía distraerla. Los nervios y el nudo en el pecho no desaparecían.

María se acarició el vientre, cuya piel se sentía tensa y en expansión. Sus *jeans* favoritos ya le apretaban y la mandaban al baño con frecuencia. Javier, en cambio, esperaba el resultado de la cirugía con calma. No albergaba dudas sobre el proceso. Todo saldría bien. Eso fue lo que prometió a María al momento de firmar el contrato, junto a un acuerdo de confidencialidad. En el documento, renunciaba a ejercer acciones legales contra Gryning frente a cualquier complicación surgida durante o después de la cirugía.

El temblor del lápiz en su mano había transparentado sus emociones. «Aquí dice que la empresa no responde si algo pasa. Y que tampoco puedo siquiera hablar del tema», susurró con aprehensión y ojos suplicantes. Javier la convenció de firmar.

Cuando por fin apareció el cirujano, tras seis horas de espera, el aire de la sala se tornó eléctrico. María aguantó la respiración y sintió los músculos tensarse, como si se preparara para recibir un impacto. Pero las noticias fueron positivas. Excelentes. «La cirugía ha sido un éxito —anunció el médico con los brazos abiertos—. El paciente descansa en la sala de recuperación. Todo indica que la respuesta ha sido completamente favorable».

María liberó con fuerza el aire almacenado y sintió que se le aflojaban las rodillas, justo en el instante que más deseaba brincar de emoción. Javier la sostuvo por los hombros y ella le apretó la mano, casi eufórica. Era su manera de agradecerle a él, a Dios, al universo. «Es un milagro», repetía una y otra vez.

Mientras tanto, adentro, en una habitación de un blanco aséptico, tendido sobre una camilla y cubierto por una ligera sábana, Alejandro abrió los ojos.

No supo dónde estaba y le sangraba la nariz.

III. El peñasco de Sísifo

Un par de semanas de rehabilitación física, junto con fatigantes sesiones de terapia ocupacional, le permitieron a Alejandro volver a caminar. Era un avance espectacular, aunque los efectos de su extensa hospitalización iban más allá de la atrofia muscular en las piernas. Su aspecto físico exhibía un notable deterioro.

Cada tarde, María le retiraba el parche detrás de la oreja para verificar el proceso de cicatrización y limpiar la zona de intervención quirúrgica. Mientras tanto, él permanecía en silencio, con la vista fija en el espejo de pie que mantenían junto al clóset. La piel suelta en los brazos y cuello le daba un aire enfermizo.

¿Cuántas veces había fantaseado con adelgazar para lucir mejor? Cumplido su deseo, la realidad estaba lejos de lo imaginado. A esto, se sumaba el ritmo dispar con que le crecía el cabello tras ser rasurado para la operación, que le recordaba al césped de un jardín descuidado. Su apariencia evocaba la imagen de un molde de plastilina derretido.

Para entonces, María ya le había contado sobre el fallecimiento de su madre. Lo hizo una tarde después del almuerzo en que se le sentó al lado, le sujetó la mano y le acarició el

rostro. Alejandro no supo qué responder y no reaccionó de ningún modo. En general, no tenía de qué quejarse. A pesar del embarazo, que ya se le notaba al desvestirse, María lo atendía y cuidaba con esmero, radiante de felicidad.

Además, él había recuperado la estabilidad económica del hogar tras cobrar todas sus inversiones bursátiles y, con eso, pagar las cuentas hospitalarias. Finalmente, no necesitaba salir de casa, algo que le resultaba muy cómodo, pues Javier era el encargado de hacerle seguimiento al proceso posoperatorio y lo visitaba en su domicilio.

Cada dos semanas, Javier aparecía por la tarde y se encerraban en una habitación a solas para realizar todo tipo de pruebas psicológicas, cuyos resultados eran enviados a Suecia. El resto del tiempo, su cuñado teletrabajaba desde la casita que había arrendado a varias cuerdas de distancia, calle abajo, por Valenzuela Puelma.

La noticia de que el fiscal atropellado había despertado del coma, fue reportada con timidez. La atención del público demandaba emociones vertiginosas y titulares espectaculares. Era el impacto de las desgracias lo que generaba mayor interacción en redes sociales. Para Alejandro, lo irónico era que su recuperación constituía la noticia más impresionante de la que nunca se enteraría la prensa.

Por las mañanas, salía a caminar por el condominio y aprovechaba para tomar aire fresco. A veces, usaba la bufanda azul tejida por María durante su convalecencia, aunque lo hacía más por ella que por él mismo. Cada vez, cojeaba menos, a pesar de que la cadera emitiera un clac clac que acompañaba sus pasos. Todo marchaba bien: el embarazo de su mujer se desarrollaba sin complicaciones y él pronto estaría en condiciones de retomar una rutina normal; sin embargo, una sola complicación le aquejaba: no era feliz. Aunque, al pensarlo bien, tampoco estaba triste. En realidad, no sentía mucho de nada.

Una tarde, durante una sesión con Javier, decidió mencionarlo: experimentaba problemas para sentir emociones. Era frustrante, pues sabía que estaban allí, pero solo de manera superficial. Era como si una barrera de plástico se le interpusiera en el camino o no pudiera subir el volumen de una canción que sonaba de fondo. Javier tomaba notas frenéticas de todo lo que escuchaba y le preguntó qué sintió al ver la primera ecografía del bebé. Alejandro contestó que no era lo que esperaba.

—A veces nuestras expectativas son contraproducentes —le aclaró su cuñado—. No existe una forma correcta para alegrarse de las cosas.

Pero ese no era el problema, explicó Alejandro. Desde que se casó, ser padre era su mayor anhelo, justo hasta el día en que lo atropellaron. ¿Cómo podía cambiar eso de un momento a otro? Era poco natural. Algo malo le ocurría, aseguró. Además, le pasaba lo mismo en otras áreas de su vida.

—Debe ser culpa del robot que me pusiste en la cabeza.

Javier levantó la mirada de sus notas y se retiró los anteojos. Le explicó que sentirse distanciado de sus emociones era una consecuencia normal de la lesión traumática. Le pidió paciencia. «Las emociones están en absoluta ligazón con el funcionamiento de nuestras conexiones neuronales», dijo y entrelazó los dedos en el aire, a modo de ejemplo. Si las conexiones fallaban, entonces *Kurera* lo solucionaría. El microbot, incluso, tenía la facultad de liberar nanobots capaces de operar a nivel celular y emitir impulsos eléctricos para estimular conexiones sinápticas.

—Esta tecnología que me dices: ¿ocupa Inteligencia Artificial de aprendizaje automático supervisado o no supervisado? —quiso saber, algo sorprendido ante su propia pregunta.

—Qué interesante. No sabía que conocieras del tema.

Alejandro no respondió. Javier le aseguró que *Kurera* se valía de ambas, y otras más, pero enfatizó en la importancia de manejar las expectativas durante el proceso de sanación. No debía olvidar que todavía existía daño cerebral.

»Me alegro mucho de tenerte de vuelta, Alejandro —le confesó—. Estaba cansadísimo de espantar cuervos revoloteando alrededor de mi hermana —añadió con un suspiro—. Los hombres jóvenes ya no tienen los mismos códigos de honor que antes, ¿verdad?

Alejandro se encogió de hombros. En otra época, un comentario así lo habría ofendido, pero ya no era el caso. Atravesaba un profundo desencanto por la vida. Una suerte de vacío existencial que no aplacaba ni con sus mejores recuerdos. Por las noches, creía sentir al pequeño robot deslizarse a través de los recovecos húmedos y sinuosos de su cerebro, tal como un insecto atrapado en medio de un laberinto caliente de carne palpitante. Comenzó a experimentar fantasías suicidas. No por tristeza ni desesperanza, sino por la simple y absoluta carencia de sentido. A pesar de ello, dudaba en tomar acciones al respecto. María y el bebé dependían de él. Una suerte de brújula moral interior se erigía como la última barrera de su humanidad en crisis.

Una tarde, ingresó al baño del dormitorio, se desvistió por completo y examinó su cuerpo. Las cicatrices del accidente se expandían como manchas rosadas sobre su piel seca y poco elástica. Las marcas en su brazo derecho, donde los cirujanos le instalaron pernos metálicos, se destacaban con una notoriedad. Se preguntó si la placa en su cabeza activaría las alarmas del aeropuerto. Distráido, extrajo la navaja de su rasuradora y sintió el roce áspero y frío de la hoja contra la piel. Hace muchos años había leído que el vértigo no consistía en el miedo a caer, sino al rechazo experimentado por quien sentía el impulso de arrojar al vacío. Era la respuesta

aterrorizada de la propia consciencia ante la seducción de dar aquel último paso irrenunciable.

«Sería tan fácil, tan fácil», repitió. Presionó la hoja contra el brazo y aparecieron las primeras gotas de sangre. No era la primera vez que lo hacía. Ocupó el filo como un pincel. Observó la carne abrirse como una pequeña boca hambrienta. No le tembló la mano. Delgados hilos escarlata encontraron el camino hasta su muñeca.

—Suelta la navaja. —Escuchó de pronto, como un susurro directo al oído. La voz lo tomó por sorpresa, resbaló en la baldosa y cayó sentado sobre la tapa del inodoro. El corazón le latía acelerado. La hoja rebotó en el suelo y se deslizó con un pequeño chirrido metálico—. Ya lo tienes, ¿te diste cuenta?

Alejandro echó un vistazo a ambos lados sin encontrar a nadie. Estaba solo en el baño, aunque las palabras resonaban en su cabeza con una nitidez cristalina, como si su interlocutor estuviera tan cerca que fuera capaz de aferrarle la cabeza entre las manos.

»Acércate —ordenó el Intruso. Lo peor es que la voz sonaba como la suya.

Con un ligero temblor en las manos, Alejandro se apoyó en la pared y, mediante pasos cautelosos, se aproximó al gran espejo ubicado sobre el lavamanos. Le parecía una experiencia surreal, onírica.

Se posicionó frente al cristal, en el cual no encontró a su propio reflejo, sino a alguien más. Un hombre que lucía como él, pero que no lo era. Un sujeto que llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás, con una barriga voluminosa y una actitud jovial, cargada de vida. Era exactamente como se recordaba antes del accidente. ¿Cómo era eso posible?

Un escalofrío metálico recorrió su espina dorsal, al advertir que el tipo le sonreía, mientras él se mantenía boquiabierto. El doble también estaba desnudo, pero carecía de mar-

cas y cicatrices. Su piel lucía sana, vibrante, con un tono distinto al suyo: menos marchito, más joven, un contraste marcado frente a su persistente palidez.

El doble levantó una mano y Alejandro, por impulso, lo imitó. «Los sueños siempre parecen reales mientras estamos en ellos», pensó y extendió el dedo índice. El reflejo no correspondió el gesto. Entonces, lo aproximó al vidrio, pero apenas hizo contacto con el frío cristal, experimentó una descarga de electricidad que le sacudió la mano. Se alejó de inmediato, con un grito atrapado en la garganta, y se sujetó la muñeca. El pulso le palpitaba en la sien.

«Por favor, no», pensó. «No soy mi madre. Yo no... Era ella la que... Cuando era niño...».

»Mírate —rio burlón el Intruso—, cagado de miedo. Te escuché lloriquear acerca de que no sientes nada. No se nota. —Un hormigueo se apoderó de las piernas de Alejandro, como si fueran a colapsar bajo su propio peso. No fue capaz de contestar—. ¿No vas a decir nada? Todo tengo que hacerlo yo —continuó el reflejo, con una sonrisa amplia, aunque cierta torcedura, justo en la comisura, insinuaba un desprecio inquietante.

—Basta. No estoy loco. No soy yo el que... —rebatía Alejandro y apretó los dientes.

El doble soltó una carcajada.

—Tantas excusas para no aceptar que regresaste del otro lado y odiaste lo que encontraste. Te viste a ti mismo como realmente eres: un hueón pusilánime que desperdició su tiempo. Mírate las manos tiritonas. Estás vivo. Puedes sentir igual que siempre. Es la vida de mierda que elegiste, la que te hace creer que no.

—No sé quién eres —balbuceó Alejandro.

—Sí que sabes.

Volver al trabajo fue más desagradable de lo que esperaba. El encanto por su antigua rutina laboral era un recuerdo perdido. Por eso, la actitud distante con la que se presentó en el piso ocho, la que fue confundida por sus colegas con estoicismo, ganándole renovada admiración y respeto. Sentado en la silla reclinable, frente a su escritorio de siempre, revisó el correo institucional y comenzó a organizarlo en carpetas con etiquetas de acceso rápido. Era mejor acostumbrarse.

El ascenso esperado había sido asignado a una colega más joven. «Ocurrió mientras usted estaba hospitalizado, fiscal. Por eso lo dejaron fuera del concurso», le explicó la secretaria, incómoda. Pero esa no sería la única consecuencia del accidente. El juicio por homicidio terminó anulado producto de su incomparecencia y se fijó una nueva fecha para varios meses más tarde. Como consecuencia, el imputado salió de prisión preventiva y se encontraba bajo arresto domiciliario. Johan se llamaba el chico: un joven de poca estatura, con tatuajes ridículos alrededor de la cara. «Qué pendejo de mierda —pensó Alejandro—. A todos aquí les vino bien mi muerte temporal».

Volver a preparar el juicio, sería un fastidio: tanto trabajo para meter preso a un tipo que ya no le importaba. Para peor, la defensora representaba a Johan con pasión, convencida de que se trataba de un caso de legítima defensa, y argumentaba que el disparo contra el padre buscaba rescatar a la madre de ser asesinada por su marido. Pero Alejandro no le creía. El orificio de la bala había entrado por la espalda y el chico ya era un adulto. Incluso, se veía algo musculoso. De ser cierta la tesis de maltrato, existían otras formas para detener al padre sin dispararle por la espalda. Su actuar no cumplía el estándar legal.

Aun así, la situación lo forzaba a perder el tiempo entre diligencias inútiles y coordinaciones policiales, como tomarle declaración a la madre del imputado, única testigo, quien no aportó datos relevantes y se limitó a suplicar por la libertad de su hijo. Alejandro estaba acostumbrado a recibir ese tipo de solicitudes desesperadas. Y las detestaba. «Cálmese. No va a conseguir nada de esa forma», le advirtió a la señora al verla echarse a llorar en la sala de declaraciones. Transcurridos varios meses desde aquella tarde, y todavía sin creer la versión del chico, Alejandro carecía de todo interés por el desenlace de la causa. Le daba igual si Johan salía libre o si cumplía los quince años solicitados al tribunal.

Terminada la primera semana de retorno laboral, un grupo de colegas lo invitó a almorzar. Salieron del edificio institucional y atravesaron la explanada del Centro de Justicia. Pasaron entremedio de los familiares andrajosos que esperaban la libertad de sus seres queridos. Ninguno de los fiscales les dirigió la mirada, aunque todos los presentes se hicieron a un lado.

Entraron a un local de paredes celestes. Alejandro se sentó de espaldas a la entrada y fingió interés por la conversación. No importaba que, por momentos, ni siquiera pudiera escuchar bien lo que decían sus colegas, debido al elevado volumen de la televisión colgada en la pared, justo por encima de sus cabezas, que transmitía el noticiero. La noticia del día era el homicidio de un hombre a manos de su vecino, tras ser confundido con un ladrón.

El canal había destinado un reportero a recorrer las calles para conocer la opinión de la gente. Una pareja de transeúntes culpó al presidente; un turista, lo atribuyó al fenómeno migratorio; y hasta hubo quien culpó a la propia víctima por andar solo de noche, vestido de negro, justo antes del toque de queda. Las autoridades lamentaron el homicidio y refor-

zaron la recomendación oficial del gobierno: «Si usted presencia actos sospechosos o delictuales, alerte a las autoridades y no se involucre. Quédese al margen». Pero la gente ya ni aviso daba.

Los platos llegaron calientes, mientras sus colegas seguían animados, pero la atención de Alejandro permanecía fija en el espejo del fondo del local, donde su reflejo se mantenía de pie y se desplazaba alrededor de las mesas. De pronto, sus miradas se enredaron y sintió una especie de hipnotismo. Desde hacía días que ya no temía la posibilidad de haber enloquecido. Una fascinación especial le provocaba verse a sí mismo siendo otro. Y el doble parecía ser otra persona por completo diferente.

El hechizo se rompió en el instante en que el reflejo levantó un vaso del mostrador y lo estrelló furioso contra la pared. El estrépito del cristal quebrado explotó en sus oídos, pero nadie más se sobresaltó. Los pedazos de vidrio estallaron junto a la mujer de la mesa contigua y, a través del espejo, Alejandro la vio herida. Un grueso riachuelo oscuro le corría por la mejilla desde el triángulo de vidrio incrustado que le emergía de la sien abierta. El ají de gallina en su plato llevaba manchas rojas que parecían un condimento, pero no lo eran.

Cuando la mujer se llevó a los labios el vaso de pisco *sour*, Alejandro advirtió las gotas de sangre camufladas sobre el amargo de angostura. Giró la cabeza para advertirle, pero al desviar la mirada del espejo, comprobó que la mujer no tenía herida alguna. Ser el único capaz de ver la grotesca escena, le causó gracia. Fue la primera vez que respondió a la mirada de su falso gemelo con una sonrisa. Hace días que no pensaba en suicidarse.

Esa tarde, al retirarse del trabajo, reparó en un furgón negro estacionado afuera del acceso vehicular de Fiscalía. Era la tercera vez que lo veía. Las ocasiones anteriores habían sido afuera del condominio de su casa. No tuvo dudas de que se

trataba del mismo vehículo, pues llevaba roto uno de los focos delanteros. Alguien lo seguía, pero ¿por qué? Intentó reconocer el rostro del conductor, pero la distancia se lo impedía.

— ¿No voy a decirle nada a ese hueón? —lo cuestionó su reflejo alojado en el espejo retrovisor.

— Pronto —respondió.

Con el tiempo, Alejandro se acostumbró a la presencia constante de su doble. Ya no lo reconocía como un Intruso, sino como un aliado que lo acompañaba a través de cualquier superficie reflectante que se le cruzara en el camino. Cierta magnetismo en su presencia misteriosa, lo empujaba a querer conocer más sobre él.

Una tarde, mientras conducía su automóvil por la Autopista Central, el doble le ordenó que pisara el acelerador a fondo, pero Alejandro negó con la cabeza, pues ya iba demasiado rápido. «¡Hazme caso, hueón!», insistió con voz de mando. Y por alguna brumosa razón, que no sería capaz de explicar después, obedeció.

El motor rugió y el vehículo vibró como si fuera a desintegrarse, mientras el silbido del viento se colaba por la ventana. Alejandro estrujó la superficie gomosa del volante, con tal fuerza que le dolieron las muñecas. Cambió de pista una y otra vez, adelantó vehículos dejando atrás bocinazos y luces altas a modo de protesta por parte de los rezagados. Ignoró a todos, apretó los dientes y continuó. Colores borrosos le inundaron la visión, mientras conducía con la urgencia de un desquiciado al borde de perder el control de la máquina.

Tomó una salida al azar, se retiró de la autopista y aparcó en el primer estacionamiento que encontró. Estaba fuera de una botillería. Apagó el motor y exhaló con fuerza, como si

acabara de emerger del mar. Traía la camisa empapada, la espalda pegada al asiento. El corazón le golpeaba el pecho, furioso, al ritmo de un tambor. Lo había logrado: seguía vivo. Pero, mejor aún, se *sentía* vivo. Más vivo que en mucho tiempo, al menos.

Su reflejo lo estudiaba con satisfacción desde el retrovisor.

—Necesitaba esto, ¿cómo supiste que...? —Suspiró Alejandro, derritiéndose en el asiento, mientras una energía exquisita le recorría los músculos con pequeños pinchazos de dolor placentero. Era como si hubiese vuelto a habitar su propio cuerpo—. ¿Dónde estuviste todo este tiempo? ¿Por qué ahora?

—Siempre estuve aquí. Eras sordo. Ahora, entra a la botillería y cómprate un pisco. A la noche hay carreras por la Costanera.

Un mes más tarde, María lidiaba con su propio tormento. Su cuerpo cambiaba al ritmo implacable de la gestación, el apetito aumentaba y, con frecuencia, le dolían los pechos, aunque lo que más le dolía era el corazón. Alejandro era una sombra en su vida y se sentía abandonada por él. Solo Javier la acompañaba a los controles médicos y la apoyaba en el proceso. Cuando su ginecólogo le preguntaba por su marido, se inventaba excusas que sus mejillas, rojas de vergüenza, se encargaban de desmentir.

La soledad volvía a ser una constante en su vida, pero ahora era peor. Sentirse sola con Alejandro a su lado era humillante y su autoestima fue la primera en acusar el golpe. ¿Qué hacía su marido encerrado en el baño todos los días al llegar a casa? Para descifrarlo, un día se quedó escuchando detrás de la puerta. Alejandro conversaba con alguien, aun-

que no distinguió las palabras. Era extraño, porque su teléfono estaba en el velador, conectado al enchufe. Pero lo peor fue escucharlo reír: una risa espontánea y sincera como ninguna que le hubiera dedicado a ella desde el accidente.

Esa noche, le revisó los bolsillos de las chaquetas y pantalones en busca de algún celular secreto. No encontró nada, pero la sospecha estaba instalada: su marido la engañaba con otra mujer. Al menos, esa era la idea cruel que anidaba en su cerebro como un montón de huevos de araña. No era descabellado, reflexionó. Tras la cirugía, Alejandro no le había hecho el amor en ninguna ocasión ni tampoco exhibió interés en la posibilidad. Se mantenía flácido en todo momento, ajeno a ella y su deseo. Ni siquiera le había alegrado la bufanda que tejió para él.

Recopiló las sospechas y se las llevó a Javier. Este se rio al escucharla, lo que la hizo apretar los labios al ruborizarse. María exigió que no se burlara y se acarició el abultado vientre para calmarse. Javier le posó la mano sobre el estómago y le preguntó si el bebé estaba dando pataditas otra vez. Ella le pidió mantenerse en el tema. Su hermano se disculpó y le explicó que, según los reportes neurológicos, Alejandro todavía no conectaba con su libido. Al percibir la incredulidad por parte de su hermana, Javier insistió en que su marido no la engañaba. Los monitoreos cerebrales daban cuenta de la baja actividad registrada en el hipotálamo, lugar donde se origina el deseo sexual. Aunque intentara tener relaciones con ella, era poco probable que el cuerpo se lo permitiese.

Sin estar del todo satisfecha con la respuesta, María le compartió otras inquietudes. Alejandro llevaba meses sin reaccionar a la muerte de su madre. Además, parecía tener recuerdos falsos: historias inventadas sobre su matrimonio, las que narraba con detalle y convicción. «¿Cachai la hueá? Es rarísimo, po. Y aparte conoce palabras en sueco. Me dijo

que el nombre de tu empresa significa «amanecer» y que *Kurera* es «curar». Lo metí al traductor y era cierto, pero no pudo explicarme cómo lo supo». Javier tomó notas en el celular y la tranquilizó. Explicó que *Kurera* era capaz de transmitir cierto tipo de información, lo que probaba su utilidad para facilitar el aprendizaje de idiomas.

En relación con la muerte de la madre, contestó que ella misma le había contado que su marido creció en un ambiente difícil, con una madre que luchaba con problemas de salud mental. Quizás era un tema complejo para él, lo mejor era mantenerse al margen. Lo único problemático, admitió, era la creación de recuerdos falsos. Se comprometió a solicitar un monitoreo profundo a la Central.

—¿Y ellos qué pueden hacer?

—Si hay algo por ajustar, la Central lo puede resolver de forma remota.

La conversación culminó en un punto muerto. María se levantó a buscar un ganchillo de metal a su cartera, lugar donde siempre guardaba un repuesto de emergencia, y aprovechó para avanzar en el enterito de bebé que había comenzado a tejer. Momentos más tarde, ambos hermanos se sentaron en el amplio sofá del *living* y vieron —o escucharon, en el caso de María— una película mediocre.

Al caer el sol, Alejandro volvió a casa. Venía de la oficina. Llevaba semanas sumergido entre los archivos de su atropello. Ingresó agitado, saludó con un gesto de mano desde la entrada y subió las escaleras con prisa. Entró al dormitorio y se encerró en el baño. De pie frente al espejo, apoyó ambas manos sobre el lavabo y se abofeteó con fuerza. El ardor en la mejilla lo anclaba al presente, lo enfocaba en la realidad difusa que, a ratos, creía que se le deslizaba entre los dedos.

Durante los primeros encuentros con su misterioso doble, se había convencido de que se trataba de una extensión de su propio inconsciente. Una suerte de conexión consigo mismo,

quizá facilitada por el robot estacionado en su cabeza. Un asistente, por así decirlo, materializado a partir de sus propios deseos reprimidos. Un eco liberado dentro de su mente.

Ahora, comprendía que estaba equivocado.

La superficie del espejo se onduló frente a sus ojos y cambió de consistencia hasta adoptar una forma líquida, densa y viscosa, que fluía como cascada de mercurio en direcciones contrapuestas. Desde el otro lado del cristal, el doble le sonrió con una mueca retorcida y un fulgor en la mirada que no reconocía en sí mismo. Cada día parecía más joven: ya no se peinaba hacia atrás y tampoco quedaba rastro de canas en el bosque oscuro de su cabello, que le enmarcaba el rostro como ramas de sauce llorón. Su piel tersa le brindaba un aspecto diez o quince años menor.

Aunque Alejandro no pudiera recordar esa chispa de astucia en los ojos, ni esa mandíbula afilada, era todo lo que anhelaba ser. Todo a lo que se aferraba, pero no solo por su apariencia. Era mucho más que eso. Mucho más que él mismo. Se trataba de una criatura imposible, desbordante de certezas. Un faro erigido sobre un roquerío de dudas y vacilaciones. Su mera existencia insolente desafiaba las normas de la realidad.

Mientras otros se ahogaban en la fantasía de la individualidad exaltada, aterrados de enfrentarse a su propia mediocridad, el hombre detrás del espejo les recordaba una verdad brutal: nadie era especial. Solo la acción liberadora permitía conocerse a uno mismo y separarse del resto. Un mensaje que calaba en Alejandro, repugnado por su propio historial de vida titubeante y timorato.

«Lo que prometiste en el auto. Muéstramelo ahora. Muéstramelo bien», pidió con la boca seca y los ojos urgentes. El espejo reaccionó de inmediato y la imagen reflejada mutó de colores. Los adornos escogidos por María desaparecieron junto con la ducha, las paredes y el techo. Por encima de la

superficie del cristal, se regaron miles de gotitas de colores que pintaron un cuadro en movimiento. Una escena conocida. Un recuerdo perdido: la mañana gris, el semáforo en rojo con el parque O'Higgins al fondo, la aceleración del automóvil blanco, sin placa patente. Su propio rostro contorsionado de espanto al prever el impacto. La sangre viscosa atrapada en el entramado caliente de la parrilla del vehículo. La abolladura sobre el capó. Manchas negras sobre el asfalto. Finalmente, el portón de fierro de una casa desconocida y el brochazo carmesí sobre el parabrisas: testimonio de un esfuerzo desesperado por ocultar su participación.

«Llévame a esa casa», murmuró, anhelante. No lo movía la furia ni la venganza, sino una necesidad visceral de respuestas. Llevaba semanas estudiando el caso de su propio atropello sin conseguir nada. Necesitaba correr la cortina que escondía la verdad y obtener el exquisito subidón adrenalínico que ello le provocaría. Único placer que se creía capaz de experimentar.

Una carcajada explotó en sus oídos con la fuerza de una ola de mar. La escena en el espejo se desmoronó frente a sus ojos, disolviéndose como si le hubiesen arrojado diluyente encima. De nuevo, reapareció el verdadero reflejo de su baño: frío, cargado de adornos inútiles, toallas grises. Las cosas volvían a su lugar. También lo hizo su doble, partido de risa, aparecía al otro lado del espejo, apoyado en el lavamanos. Alejandro podía verlo todo, otra vez. Todo, menos a sí mismo.

Entonces, se echó a reír.

IV. El fuego robado

Niklas Svensson, director de Investigación y Desarrollo, no levantó la mirada cuando Lars entró a su despacho. Esperó

que el hombre atravesara la mitad de la oficina antes de reconocer su presencia. La oficina del directivo era tan amplia que intimidaba y contaba con un ventanal que ofrecía una vista panorámica de Estocolmo. Desde la altura de la torre Gryning, la ciudad se desplegaba como un mosaico vibrante: los edificios de colores cálidos, las fachadas de vidrio de los rascacielos y el dinámico centro tecnológico de Kista, cuyas estructuras de acero reflejaban la exigua luz del sol.

Lars, acostumbrado a trabajar en la planta baja, en el laboratorio, no podía evitar sentirse insignificante frente a semejante perspectiva. ¿Por qué alguien dispondría su escritorio de espaldas a un horizonte tan imponente? Los motivos escapaban a su comprensión. Niklas no le ofreció asiento, así que Lars permaneció de pie con las manos cruzadas frente a él. El director fue directo: requería una actualización de los resultados obtenidos durante el último mes sobre *Kurera*. Las rondas de inversión estaban estancadas y la junta directiva exigía un catalizador que reimpulsara el financiamiento del proyecto. Además, el departamento de ventas presionaba por avances concretos para organizar la venta de prescripciones a entidades de salud privada, esenciales para alcanzar sus metas trimestrales.

Lars infló el pecho con teatralidad y se mostró orgulloso de reportar que el proyecto avanzaba de acuerdo a las expectativas. En pocos meses, *Kurera* había probado beneficios duraderos en cada una de las diez áreas estratégicas determinadas por la junta directiva. En particular, destacaba la capacidad demostrada para detener el avance de enfermedades degenerativas, como el Alzheimer, frente al cual se observaba una leve reversión en el caso de algunos pacientes. Además, los ensayos clínicos sobre enfermedades no prioritarias estaban por comenzar, con voluntarios listos para la cirugía tras firmar el contrato.

Hasta la fecha, ningún sujeto de prueba había experimentado efectos secundarios graves, como demencia o episodios psicóticos. Los únicos dos fallecimientos registrados se debían a sus estilos de vida inseguros. Una situación ya resuelta con la recuperación de ambos dispositivos. Situaciones sin relación con el procedimiento, pero que eran parte del riesgo de aceptar vagabundos como sujetos de prueba.

El directivo se mostró satisfecho, eso debería bastar para aplacar el hambre de las víboras que lo presionaban. Pero cuando Lars se disponía a retirarse, Niklas lo detuvo. Solicitó un informe específico respecto al estado de avance y situación del sujeto de prueba X-002. Lars sintió un nudo en el estómago, había estado tan cerca de eludir la pregunta. Los informes no eran concluyentes, aclaró, y acomodó la postura sin bajar el mentón.

Un levantamiento de cejas fue todo lo que Niklas Svensson requirió para exigir explicaciones. La luz que entraba por el ventanal se oscureció con el paso transitorio de una nube gris y la expresión del director se endureció. La oficina olía a desinfectante y Lars sintió la tensión acumulándose en las piernas. Respiró hondo. Sabía que todo el mundo era un vendedor y era el momento de vender su producto: la confianza.

Destacó el logro médico de *Kurera*: despertar del coma al sujeto de pruebas X-002 en tan solo una hora, un éxito que fortalecía la confiabilidad del dispositivo como una solución radical para el sector de la salud. Pero Svensson le interrumpió de inmediato con una reprimenda. No aceptaría perder el tiempo con respuestas vagas. Probar la capacidad médica del dispositivo no era el objetivo de ese caso.

Lars se disculpó, tragó saliva y continuó. De la lectura de los reportes periódicos proporcionados por el microbot, en relación con el resultado de las pruebas psicológicas, era posible comprobar la consecución de varios objetivos. En primer lugar, la supresión permanente de la libido del usuario.

Un desarrollo significativo que podría significar contratos millonarios con cárceles privadas americanas interesadas en el proyecto. Además, la barrera de intensidad emocional, implantada en el sujeto, demostraba ser consistente y estable en el tiempo, con total represión de sentimientos explosivos como los celos o la ira. Tampoco existía evidencia de sentimientos de culpa o depresión, lo que corroboraba el éxito de *Kurera* respecto a la manipulación emocional de sus usuarios.

Niklas Svensson le miró con desconfianza. Algo faltaba en el reporte. La espectacularidad de los resultados contradecía la vacilación inicial de Lars. Este asintió, nervioso. El motivo era la aparición de factores impredecibles que alteraban los resultados. Si gobiernos aliados requerían adaptar a *Kurera* para temas tan delicados como neutralizar prisioneros de guerra, población carcelaria, enemigos políticos, y todo tipo de agentes peligrosos o indeseables, entonces debían producir un producto infalible, algo que todavía no podían garantizar hasta que recopilaran más datos.

El verificador en Chile, Javier Ulloa, había reportado comportamientos preocupantes en el sujeto X-002: presencia de heridas autoinfligidas, recuerdos falsos, participación en carreras clandestinas y constantes interacciones con entidades inexistentes. Además, los escaneos cerebrales mostraban picos de adrenalina en aumento, como una espiral ascendente. Situaciones compatibles con la posibilidad de que el sujeto estuviera adoptando conductas temerarias como método de rechazo instintivo a la barrera psicológica impuesta. Una posibilidad que no estaba confirmada, pero peligrosa.

La tensión en la sala era palpable. Lars, aún de pie, deseó más que nunca salir corriendo. Niklas Svensson permaneció en silencio. Se acarició la barba, mientras evaluaba la situación. Preguntó por los escenarios probables de desenlace para el caso. Lo más factible era un suicidio, confesó Lars, tal como ya ocurriera con el predecesor, el sujeto de pruebas X-

001. La diferencia, explicó, era que el nuevo sujeto de pruebas era mucho más impredecible. En el caso del primer experimento, el voluntario se arrojó a las vías del tren por motivos simples: la incapacidad de experimentar placer y encontrarle sentido a la vida. Su muerte constituyó una decisión racional, no emocional. Un fracaso provocado por el rotundo éxito de *Kurera* en bloquearle toda emoción. Una victoria pírrica, si se quiere.

Desde entonces, el dispositivo había sido recalibrado. La nueva versión implantada en el sujeto X-002 operaba con mayor sutileza. Dirigida solo a las emociones más intensas sobre las cuales sus inversores manifestaron interés por suprimir. Pero, la puesta en práctica, contradecía los pronósticos optimistas del laboratorio. Momentos atrás, se había mencionado que el sujeto de pruebas X-002 hablaba solo. Ahora, el dispositivo quería saber si existía la posibilidad de que el hombre fuese víctima de alucinaciones causadas por el dispositivo.

Lars se rascó la nuca. Confirmó que el sujeto mantenía interacciones con personas inexistentes, algo comprobado por el verificador Javier Ulloa, quien instaló micrófonos en su baño; sin embargo, los mapeos cerebrales no detectaban actividad irregular que sugiriera alguna anomalía provocada por la tecnología. Esto complicaba el escenario. En opinión de Lars, lo más probable era que si el sujeto de pruebas X-002 insistía en desafiar la barrera emocional, terminara muerto. Siendo el orden de probabilidad: un suicidio, un accidente o el resultado de un consumo abusivo de sustancias psicotrópicas.

Niklas Svensson golpeó la mesa con el puño y maldijo la situación. Había sido demasiado impulsivo al aprobar el experimento con tan poco tiempo de preparación. Cegado por la necesidad de entregar resultados rápidos, el acuerdo con Ulloa le había parecido perfecto: despertar a un hombre de un coma a cambio de someterlo al experimento más delicado

de la compañía. Y sin pagarle. Se suponía que las fallas habían sido advertidas y solucionadas. Al menos, eso le informaron desde el laboratorio. Aquel equipo de mentirosos mediocres dirigidos por el mentiroso y mediocre de Lars, ya pagarían las consecuencias.

Por ahora, lo que más le preocupaba era imaginar la pesadilla logística de recuperar el dispositivo en caso de que el sujeto de pruebas X-002 se volara la cabeza. No podía ordenar la desactivación del implante sin trasladar un equipo de extracción al país, ya que X-002 caería en coma y el dispositivo sería detectado en cualquier tomografía hospitalaria. Siendo que la tecnología de *Kurera* no podía caer en manos ajenas.

Además, enviar al equipo de Montevideo tampoco era viable: en Chile no contaban con instalaciones adecuadas para la extracción, un procedimiento mucho más complejo que el de instalarlo. Necesitaban equipamiento adecuado para evitar dañar el dispositivo. La única opción sería secuestrarlo y trasladarlo a la sede en Uruguay, pero era un plan demasiado arriesgado y ruidoso.

Lo peor era que la junta directiva lo culparía si el proyecto fracasaba. Niklas Svensson se reclinó en la silla. Ninguno de los gobiernos financiadores mantendría la inversión si *Kurera* no conseguía entregarles sujetos dóciles, por completo neutralizados. Y mucho menos considerarían comprar el producto e implementarlo en su territorio, si lo único que producían era maníacos suicidas. Por ahora, su mejor jugada era esperar.

El único respiro para Niklas Svensson consistía en que, al no ser ciudadano europeo, si la bomba de tiempo conocida como X-002 estallaba, lo mejor sería que ocurriera en otro continente. Lejos del primer mundo. En alguna ciudad muy alejada, probablemente selvática y perdida de Sudamérica.

V. La espiral ascendente

El tipo del furgón negro no lo dejaba en paz. Podían pasar dos o tres semanas sin que apareciera, hasta que, de improviso, Alejandro lo detectaba tres carros más atrás en la autopista o estacionado a una cuadra de su casa, con las luces apagadas o esperándolo en una gasolinera. Lugares tan casuales como forzados.

Cada vez que la oportunidad lo permitía, Alejandro descendía del vehículo para encararlo, pero el sujeto escapaba con rapidez. Se trataba de un cincuentón que siempre usaba lentes de sol, corte de pelo militar y barba canosa. Alejandro no le reconocía de ningún lado, pero no dejaba de cuestionarse si el tipo deseaba ser visto. Quizá pretendía hacerlo sentir perseguido, paranoico. Tal vez por eso no cambiaba de vehículo... A menos que sí lo hiciera y él no fuera capaz de notarlo.

«¿Quién crees que sea este hueón?», le consultó al hombre al otro lado del espejo. Su reflejo respondió que debía ser un espía de la empresa sueca, enviado para monitorearle los movimientos, para asegurarse de que todo anduviese bien. La respuesta tenía sentido. Tal vez las pruebas psicológicas de Javier estuvieran revelando más información de la que le convenía. De ahí, su preocupación por dar varias vueltas impredecibles al merodear la casa que el Vigilante, nuevo sobrenombre con el que bautizó a su doble, le había enseñado a través del espejo. Nadie debía seguirlo hasta el lugar.

La existencia de la casa no solo era su secreto, sino la prueba irrefutable del carácter sobrenatural del Vigilante, pues en su interior encontró estacionado al sedán blanco que le atropelló en mayo. Era tal como el Vigilante se lo había mostrado en la visión del espejo. La marca y el modelo coincidían con los registros de las cámaras de seguridad que cap-

taron la fuga del vehículo, aunque las imágenes fueran demasiado borrosas para identificar al conductor. Al menos, ahora sabía dónde buscar.

Durante dos semanas, rondó la casa de manera intermitente. Por desgracia, el trabajo y el toque de queda limitaban su tiempo. La casa quedaba en Recoleta, a cuarenta minutos de la suya, un obstáculo logístico que lo forzaba a retirarse antes de lo deseado. Peor aún, todavía no obtenía un vistazo del propietario, aunque sospechaba que en el domicilio habitaban, al menos, dos personas, porque incluso cuando el sedán blanco no estaba estacionado, escuchaba música desde el interior.

Era indiscutible que su deber como fiscal demandaba haber aportado el domicilio a la investigación, a pesar de no poder justificar de dónde obtuvo la información. Pero no quería que la policía se entrometiera todavía. Era un asunto personal. Deseaba rastrear a su presa, sorprenderla de improviso y, al final, dominarla. No era justicia lo que buscaba: era el éxtasis del cazador, el subidón de adrenalina que lo hacía sentirse vivo. Así permaneció por tres semanas, hasta que le ganó la impaciencia.

Una tarde, salió del trabajo, tomó la autopista en dirección al norte y condujo hasta llegar a Recoleta. Se aseguró de que nadie lo siguiera y estacionó fuera de la casa vigilada. En el auto se cambió el traje por ropa deportiva. El sedán blanco no estaba aparcado en el patio y por la calle caminaban trabajadores de regreso a casa. Estaba listo, pero debía esperar un poco más.

—Tu esposa sabe que pasa algo raro —murmuró El Vigilante desde el retrovisor—. Se le nota. Debiste haber ido a lloriquear a la tumba de tu madre.

—No sabes lo que fue crecer con ella. Los trastornos mentales...

—No me vengas con hueás. Todo lo que has visto, yo también lo he visto. Debiste haber ido y fingir. Tu mujer estaría más tranquila.

Alejandro ignoró el comentario y prestó atención a la radio por primera vez en mucho tiempo. Entre canciones repetidas, la publicidad le arrancó una sonrisa irónica. Una tienda que solo vendía prendas irrepetibles: ejemplares de un solo modelo para «demostrarle al mundo lo único que eres»; nuevos estudios de tatuajes para resaltar la individualidad y el trillado anuncio del gobierno llamando a evitar entrometerse en situaciones sospechosas. «No hay nada más importante que cuidarse uno mismo», recitaba la voz de la ideología oficial.

Todo le parecía ridículo. Una sociedad educada para esconderse durante el toque de queda, presos de un miedo etéreo, canalizando su desesperación en sentirse especiales. La adoración por lo superficial: identidades diluidas, personalidades plásticas y tatuajes distintivos. Bacterias que buscaban demostrar que *eran alguien*. «Sujetos tan comunes y vulgares como sus pequeñas ambiciones», pensó. El Vigilante sonrió satisfecho. Era exactamente lo que él también creía: nadie es especial.

Poco rato después, ya no quedaba gente transitando por la calle, todos habían entrado a sus respectivas casas. Alejandro descendió del automóvil, mientras el sol se batía en retirada, otorgándole al cielo un color naranja apagado. Caminó hasta la casa con un par de ganzúas en la mano. Conocía el truco a la perfección. Había condenado a cientos de sujetos por irrumpir en casas ajenas con esa técnica.

Frente al portón, posicionó la ganzúa de tensión en la parte inferior de la cerradura y presionó con cautela hacia la derecha. Su pulso era impecable. Insertó el gancho y levantó los pernos, uno a uno, los que fueron emitiendo un pequeño clic. El portón se abrió sin resistencia, dando paso a un patio

descuidado. Las marcas de llantas sobre el césped maltratado y un naranjo marchito, sin frutos, le brindaban al lugar un aire de abandono. En poco tiempo anochecería y el sedán blanco tendría que regresar antes del toque de queda. Pero si no lo hacía, esperaría lo que hiciese falta. Aunque se le hiciera tarde o tuviera que dormir fuera. Inventaría algo, una excusa, se las arreglaría. No podía esperar más.

Atravesó el jardín y encontró la puerta de la casa entreabierta. Ingresó con sigilo, con la agilidad de un depredador. Nunca se había sentido tan vivo, ni siquiera en su juventud. Altas paredes cenicientas delataban la antigüedad de la construcción. «Ya no las hacen así», pensó. Las tablas del piso crujióron bajo su peso con un sonido suave que le sonó excitante. Con movimientos calculados, introdujo la cabeza en el *living*. No encontró a nadie dentro, aunque el sofá ajado, los cojines desordenados y un cenicero lleno de colillas indicaban la presencia reciente de alguien.

Débiles rayos de luz se filtraban por la puerta abierta y el tragaluz, lo que alargaba las sombras de la tarde. Alejandro pasó junto a las escaleras y avanzó por el pasillo, apoyado en la pared para descargar su peso y así evitar que las tablas delataran su presencia. A mitad del corredor, escuchó una respiración uniforme proveniente de la primera habitación a la derecha. Tenía razón: dos personas habitaban el domicilio.

Un fuego delicioso ardió en su estómago. Abrió la puerta con delicadeza, pero la madera hinchada gimio agudo. Dentro, un joven dormía tumbado sobre la cama, el rostro decorado con desprolijos trazos negros, como marcas de tigre. Alejandro lo reconoció de inmediato.

—Johan Fuentes —dijo y su voz gruesa quebró el silencio como un martillo al atravesar una ventana.

El joven despertó de golpe y abrió los ojos como platos, preso de la confusión. La figura a contraluz parada frente a

él, era una sombra que su mente aún somnolienta no era capaz de descifrar. El arco de las cejas, el temblor en los labios y la rigidez del cuerpo, transparentaban su vulnerabilidad.

»Ahora entiendo todo —dijo Alejandro y contuvo una risa—. Tan patético como siempre.

Johan gimoteó al incorporarse sobre la cama y retroceder hasta que la espalda chocó con la pared. Respiraba rápido, superficial y tanteaba el muro, como si buscara un agujero en el cual esconderse o un arma. Apestaba a miedo, un hedor pegado a la piel como aceite.

Alejandro permaneció inmóvil bajo el umbral de la puerta. Saboreaba cada una de las emociones desplegadas por Johan. El joven le provocaba aversión con su pelo graso, *jeans* rotos y tatuajes grotescos, que le contorneaban el rostro para aparentar algo que no era. Porque el chico no era un tigre, sino un venado asustadizo. Un animalito de ojos brillantes y oídos tensos ante los pasos del cazador.

Como fiscal, Alejandro había dedicado su vida a capturar delincuentes, pero nunca así. Arrinconándolos, quizá, pero nunca..., aterrorizándolos. Esto era nuevo y envolvía una sensación de poder embriagadora. Sintió el subidón de adrenalina dispararse por su cuerpo. Era justo lo que buscaba.

—Usted no tiene nada que hacer aquí —se quejó Johan, con la voz temblorosa de un ratón asustado.

—Sí sé —contestó Alejandro—. Tu madre me atropelló. Tú estabas preso.

—Nnn..., no —balbuceó Johan—. Esta es mi casa. ¡Fuera!

A través del rabillo del ojo, Alejandro distinguió un movimiento a su izquierda. Dirigió la mirada hacia el lugar y encontró al Vigilante, quien le saludaba desde el espejo al final de la habitación. Compartieron una sonrisa. Su doble le hizo gestos con golpes de puño, alentándolo a continuar.

—Tú y tu madre me querían muerto. Bueno, aquí me tienen. Conmigo no se jode. Puedo entrar a tu casa cuando

quiera. Te juro que les voy a cagar la vida. Se van a secar en la cárcel, pero, antes, voy a visitarlos mientras duermen. No voy a descansar tranquilo nunca más. Te voy a despertar con un combo en la nariz, ¿me escuchaste? Igualito a como lo hacía tu papá.

»Porque recuerdo que declaraste que nadie vino a ayudarte, a pesar del escándalo. Entonces, tampoco vendrán cuando te reviente a patadas. A menos que todo lo que declaraste haya sido mentira, que tu papá nunca te haya pegado y que lo inventaste pa matarlo. Igual como lo intentaron conmigo. Eres mío, pendejo culiao. Tú y tu mamá.

La amenaza surtió un efecto inesperado. El rostro de Johan se vació de emociones, como si el miedo y la confusión se le hubiesen arrancado de golpe. Su expresión mutó. Contrajo la frente, endureció la mirada y comenzó a respirar por la boca, como una bestia al exhibir ambas hileras de dientes. Sus hombros subían y bajaban. La mueca de venado en su rostro se desvaneció y se transformó en una hiena.

Alejandro, satisfecho con lo que había logrado —descifrar la verdad, confrontar al responsable y obtener la adrenalina que tanto anhelaba—, decidió que era suficiente. Dio media vuelta para marcharse, pero el rugido de Johan lo detuvo. El joven se le abalanzó encima con una fuerza brutal que lo arrojó contra la pared del pasillo. La casa pareció remecerse por completo. Ambos cayeron al suelo enredados, pero Johan era más rápido. Se movía como una serpiente y tomó la delantero. Se subió sobre Alejandro, pero este le enterró los nudillos en el muslo dos veces, arrancándole quejidos de dolor.

Enfurecido, Johan le estampó un puñetazo en el ojo, que iba dirigido a la nariz, pero que Alejandro alcanzó a evitar. Aun así, el golpe hizo que su cabeza rebotara contra las tablas de madera. El dolor en la nuca era abrasador, pero Alejandro no se detuvo. Con un pesado bofetón derribó a Johan hacia

un costado, dejándole la marca de los dedos en el rostro. Habiéndoselo sacado de encima, jadeó con dificultad e intentó levantarse. Fatigado por el esfuerzo, fue como si todo el peso de la edad le aplastara de súbito.

Johan, en cambio, se puso de pie con un salto. Se paró frente a él y, de una sola patada, le adormeció el brazo y le quemó el pecho, vaciándole de aire los pulmones. Finalmente, con la planta del pie empujó a Alejandro de vuelta a la habitación. Este cayó rendido y el chico cerró la puerta por fuera y se alejó cojeando. Momentos después, reapareció para trabar el picaporte de la puerta con un mango de escoba.

—¡Ya vay a ver, conchatumare! Espérate nomás lo que voy a traer —bramó Johan al subir las escaleras hacia el segundo piso. Su voz delgada se amplificaba y tomaba cuerpo a través del eco de la vieja casa.

El aire en el dormitorio estaba viciado. Alejandro se levantó con esfuerzo, tiró y empujó la puerta, pero no cedió. Le dio una patada y la arremetió con el hombro. No había caso. Estaba atrapado. Echó un vistazo alrededor. La oscuridad reinaba, apenas interrumpida por un último rayo de luz natural que se colaba a través de una persiana rota. La única ventana de la habitación estaba sellada con barrotes de metal y finos hilos de telaraña temblaban sobre ella.

Se desplazó hasta el fondo de la habitación, donde colgaba un espejo. El olor a humedad le punzaba la nariz y el estómago le daba vueltas. Se detuvo frente al cristal para buscar a su mayor aliado. Pero, por primera vez en meses, no encontró al Vigilante del otro lado. Solo estaba él, su verdadero reflejo, mostrándole tal cual era en realidad: lerdo, torpe e insípido. ¿Se había quedado solo? Viejo, inútil, débil. Y una ráfaga de pavor helado le rasgó el pecho. Obtuso, gordo, flácido.

—Debiste haberlo matado —reprochó la voz oscura del Vigilante. Alejandro sintió alivio al escucharlo, aunque no pudiera verlo.

—Te necesito, vuelve ahora —dijo, sin saber si ordenaba o suplicaba.

—¿Por qué no lo mataste? —insistió el Vigilante.

Alejandro sintió que la araña metálica implantada en su cabeza se movía, inquieta. Patas de acero quirúrgico que recorrían caminos palpitantes. Un dolor agudo le punzó detrás de la oreja, como si un par de colmillos se le clavarán en los pliegues carnosos del cerebro.

—Porque soy un fiscal de la República. Ahora, ayúdame —rogó y escuchó los pasos de Johan crujir sobre la madera del segundo piso, bajando las escaleras—. ¡Por favor! Este hueón viene armado.

—Acéptame contigo. Es la única manera.

—Sí, sí. ¡Sácame de aquí!

La cabeza le ardía como si la placa de metal en su cráneo hirviera. Buscó al Vigilante en los detalles del reflejo. Acercó el rostro al cristal hasta empañar el vidrio. Los pensamientos le volaban en todas direcciones. Necesitaba huir de allí, pero... ¿Escapar para qué? La pregunta le cayó como un balde de agua fría. ¿Acaso algo le importaba de verdad? «Por supuesto que sí», se dijo, preso de una revelación personal. Deseaba vivir. Vivir para recuperar su vida, a su esposa. Para ver nacer a su hijo.

Comprendió la terrible serie de errores cometidos desde mucho antes de entrar a la casa de Johan. Se reconoció enfermo, tal vez del mismo mal que aquejaba a su madre. Necesitaba ayuda profesional. ¿En qué había estado pensando al comportarse como un delincuente de poca monta? Pero, sobre todo, ¿dónde estaba el maldito Vigilante?

Afuera, las pisadas de Johan revelaron su posición a los pies de la escalera. Se encaminaba hacia el dormitorio donde

se encontraba atrapado. De pronto, el espejo palpitó con vida propia y Alejandro por fin reconoció a su doble en la imagen. Siempre había estado allí. Lo supo cuando el rostro envejecido y triste de su reflejo le sonrió con una mueca torcida que no era la suya. Los ojos se le ensancharon de sorpresa. Antes de poder reaccionar, una mano negra emergió desde el otro lado del cristal, trizó el vidrio y le retuvo por la nuca.

Quiso gritar, pero una segunda mano, negra como el petróleo, viscosa como un tentáculo, cruzó el espejo y le afirmó la quijada. Entonces, un grueso chorro de denso engrudo negro, proveniente del *otro lado*, le rellenó la boca con tanta fuerza que le desencajó la mandíbula. La sustancia descendió por su garganta hasta robarle el aire. Un sabor nauseabundo a cobre le inundó el paladar. Comenzó a convulsionar y todo se fue a negro.

Johan entró al cuarto apuntando con la pistola plateada que su madre guardaba en el segundo piso. Lo que encontró allí lo desconcertó tanto que bajó el arma en un intento por comprender el escenario. Al fondo de su habitación, con los brazos extendidos y el cuerpo tembloroso, el fiscal se retorció en movimientos irregulares. Entre gruñidos y resoplidos, emitía todo tipo de sonidos guturales, mientras el torso y las extremidades se sacudían con violencia.

Bordeó la cama, caminó hacia Alejandro con cautela y alzó el arma. El fiscal convulsionaba con los ojos en blanco y la boca demasiado abierta, desde la que caían espesos hilos de baba blanca. Se estaba muriendo o algo, pensó Johan. Las manos le picaban y temió que la pistola se le resbalara. Notó un fuerte olor a combustible. Al acercarse, se dispuso a golpear a Alejandro con el mango de la pistola para derribarlo de una vez por todas. Pero no lo hizo. Lo detuvo el espanto

de constatar la expansión imposible del estómago del hombre, cuya barriga creció hasta simular un embarazo avanzado. «¿Qué mierda...?», gimoteó, asqueado.

De repente, el cuerpo del fiscal se detuvo y su estómago se contrajo, como un globo al desinflarse. Alejandro bajó los brazos con una calma insólita, elongó el cuello y, con un movimiento rápido, se encajó la mandíbula de vuelta en su lugar, la que chasqueó húmeda. Probó abrir y cerrar la boca. Funcionaba de nuevo. Aquel instante fue el último que tuvo Johan para disparar el arma. En cambio, dudó, paralizado como un venado en la carretera a punto de ser atropellado por un camión.

Lo que ocurrió a continuación sucedió como un rayo.

Alejandro se giró hacia Johan veloz y de un solo mordisco le arrancó un pedazo de la nariz. Johan soltó la pistola, mientras la sangre brotaba de su herida, con grumos y burbujas. Lloró de dolor. Levantó las manos de forma instintiva para contener la hemorragia, pero no fue capaz de llevárselas a la cara. Dolía demasiado. Sintió un sabor amargo y oxidado que se le colaba en la boca. Le tiritaron las piernas. Y, en medio del pavor, miró a Alejandro, quien le escupió en la cara su propio trozo de nariz cercenado.

Media hora más tarde, cuando el sol de febrero era solo un recuerdo, la madre de Johan retornó a casa. Como lo hacía siempre, aparcó su hatchback, color rojo, en el patio, recogió la cartera y descendió del vehículo. Cerró la reja y guardó las llaves en el bolsillo. Al entrar a casa, notó la puerta abierta y se molestó. Le había solicitado cientos de veces a su hijo que la mantuviera cerrada. Eran tiempos peligrosos, de delincuencia desbocada. Avanzó por el pasillo y le pareció extraña la oscuridad reinante. Llamó a su hijo sin obtener respuesta. Aguzó el oído y escuchó un ruido extraño. Un susurro áspero que se repetía a intervalos irregulares.

Encendió la gastada ampolleta amarilla del pasillo, que entintaba las paredes con un brillo cadavérico. Los tacones de sus botas resonaron por el corredor junto a cada paso. El sonido áspero se volvió más fuerte. Le recordó al ruido de los lustradores de botas de Avenida Huérfanos, cuando cepillaban un zapato de cuero. Al llegar a la habitación de su hijo, encendió la luz y vio a un hombre arrodillado sobre un cúmulo de ropa. Restregaba con fuerza una virutilla contra un objeto en el suelo. Este era rojo, blando y húmedo, similar a un trozo de carne cruda antes de ser arrojado a la parrilla. No comprendió lo que veía y la sorpresa le impidió reaccionar.

«Tranquila, que ya te toca —gruñó el Intruso, sin dirigirle la mirada—. Mira, ¿qué te parece? Tal como imaginé. Tanto tatuaje solo para esconder a un hueón común y corriente. Desechable como cualquiera». Fue, entonces, que la mujer entendió la visión demencial que su cerebro le impedía asimilar. El desconocido estaba arrodillado encima del cuerpo inerte de Johan, desollándole el rostro con una virutilla. Restregaba y refregaba con fuerza el estropajo de alambre fino sobre la carne viva de su hijo.

Ya no quedaban rastros de sus facciones. Tan solo alcanzaba a distinguir unos pocos jirones de piel, situados cerca de las orejas. La nariz de su niño estaba reducida a un colgajo. Y la madera del piso estaba hinchada de tanto absorber sangre acumulada en un extenso charco. De inmediato, la mujer enloqueció. Perdió la razón y emitió sonidos incoherentes. Luego, gritó, tan fuerte y agudo, que tal vez alertase a los vecinos para llamar a la policía. Algo que nunca sabría si ocurrió.

Bastó un solo golpe con la cache del arma para partirle la cabeza, del modo en que se quiebra la cáscara de un huevo. Un chorro escarlata salpicó las paredes y retornó el silencio. El Intruso se sacudió la mano. El mango de la pistola que la mujer había escondido en el segundo piso, estaba empapado,

decorado con pequeñas astillas de cráneo y pintitas de materia rosada, que asemejaban las estrellas en el cielo de febrero.

VI. La ola más grande del mundo

El agotamiento de María era palpable. Con treinta y ocho semanas de embarazo, cada día era un desafío y esperar dos semanas más para el parto programado, se le hacía eterno. Ya solo deseaba que el proceso terminara pronto. El insistente dolor en la parte baja de la espalda y la constante presión en la pelvis, le dificultaban las tareas más simples. Hacía demasiado tiempo que no dormía de corrido por culpa de las incontables visitas al baño, la incomodidad en la postura y un calor veraniego que asfixiaba.

A veces, en medio de sus desvelos, contemplaba el techo o, todavía peor, la espalda ausente de Alejandro, a quien culpaba de la sensación de soledad que la atormentaba. El hombre que nunca la acompañó en sus visitas al médico ni hizo parte del proceso. Para María era como si su marido hubiese muerto aquella lejana mañana otoñal, atropellado por el sedán blanco. Odiaba la situación y le empañaba la vista darle vueltas al tema, pero no se permitía llorar. En poco tiempo, sería la madre de una criatura indefensa. Era su deber comportarse como la mujer fuerte que era. O que anhelaba ser. Porque solo quien ama entiende la paradoja de endurecer el corazón para mantenerlo suave y tierno.

A la hora del ocaso, la temperatura cedió un poco. La noche llegó rápido, pero Alejandro todavía no regresaba a casa, a pesar de la proximidad horaria del toque de queda. María se preguntó dónde andaría, pero se negó a escribirle. Si lo sorprendían los militares fuera de casa, tendría que arreglárselas solo. Quizás inventaría una excusa basada en su cargo de fiscal. Algo que nunca haría el hombre del cual se enamoró, pero quien ya no existía. En última instancia, cada

quien debía cuidarse a sí mismo, como repetían los anuncios del gobierno.

Abrió el refrigerador, sacó un yogur natural y le añadió un puñado de almendras. Comió sentada frente al televisor hasta que le vibró el celular. Era Javier, quería saber si Alejandro estaba en casa. «¿Y el detective privado que mandaste pa seguirlo?, ¿sabrá dónde está?», su forma de hablar era precipitada, algo poco característico de él.

María resintió el súbito interés, después de que su hermano la reprendiera al enterarse de la contratación. Protestó, pero Javier no le hizo caso. Estaba preocupado. Las lecturas del cerebro de Alejandro habían arrojado resultados alterados. «Si llega a casa, dile que me llame», le dijo antes de cortar la llamada.

María hizo su mejor esfuerzo por aparentar despreocupación, pero no fue capaz de engañarse a sí misma. La llamada la había alterado. Quiso tejer para distraerse, pero su mente no la dejaba en paz. Envío un nuevo mensaje a Javier, preguntándole si era grave. La respuesta tardó varios minutos: «Viene en camino para acá».

«¿Cómo? ¿A la casa de él? Qué extraño —pensó—. ¿Qué chucha estaba pasando?». Empezó a agitar el pie contra el suelo, como si una frenética canción de *rock* marcara el compás de su ansiedad. Los minutos se le hicieron eternos, luego de que arrancara el toque de queda y Javier dejara de contestarle los mensajes y llamadas. Sintió que merecía una explicación, así que renunció al orgullo y marcó el número de Alejandro, pero tampoco obtuvo respuesta. Entonces, recibió un mensaje suyo: «Estoy donde Javier. Por favor, ven. Es urgente».

Se le heló la sangre. Alejandro jamás le pediría algo así, a menos de que fuera una emergencia. Sin pensarlo, cogió su cartera y se dirigió a la puerta. Pero, al asomarse, recordó que no le sería posible caminar diez cuadras, mucho menos por

una calle tan inclinada. Necesitaba inventar una solución. Pensar fuera de la caja, como se exigía cuando se entrampaba con la escritura de un guion. ¿Qué haría uno de sus personajes bajo esa situación?

Se le ocurrió una idea. Buscó en la agenda del teléfono el contacto de Carlos, el detective privado. Le llamó, con el corazón palpitándole en el oído. Al otro lado, escuchó la voz consternada del hombre. Lo primero que hizo María fue preguntarle dónde estaba su marido. Se trataba de una trampa en la cual el detective cayó de inmediato.

— ¿Cómo que no sabes? Y yo te estoy pagando, ¿para qué?

— Discúlpeme, señora Ulloa. Desde hace semanas que don Alejandro ha conseguido evadirme.

— ¿Y no se te ocurrió decírmelo? Me tienes botando la plata. Esto incumple nuestro contrato.

Carlos intentó justificarse, pero María cortó con un chistido. Era una emergencia. Le ordenó que viniera a recogerla lo antes posible. Necesitaba traslado hasta la casa de su hermano. El detective privado soltó una risita incrédula. Imposible, objetó, los militares lo detendrían si salía a la calle. Pero María amenazó con despedirlo, no pagarle el último mes e incluso demandarlo por incumplimiento de contrato. Así consiguió asustarlo lo suficiente como para ofrecerle una salida: olvidarse del altercado si la venía a buscar.

«Si te paran, les dices que vas camino a socorrer a una mujer embarazada. O, mejor todavía, que vas a buscar a *tu* mujer embarazada, a punto de dar a luz. Míenteles, díles lo que sea. Ocupa una placa vieja, tu credencial, ¡lo que tengas! Me da lo mismo». La presión surtió efecto. El hombre accedió, pero propuso ciertas condiciones: solo haría el viaje de ida y cobraría el triple de su tarifa habitual. María estuvo de acuerdo.

Media hora después, Carlos la esperaba afuera del condominio. Se subió con dificultad a la van negra. Era un vehículo

llamativo, con el foco delantero roto, y María se cuestionó si acaso había contratado al sujeto correcto. Era bastante reconocible. Carlos llevaba puesta una chaqueta institucional apretada y una credencial que pertenecía a un club de tiro, no a la policía.

«¿No les hacen devolver las casacas al pasar a retiro?». Carlos no respondió. Le solicitó la dirección a la que se dirigían. Alegó que ya lo habían parado tres veces en el trayecto y no quería abusar de la suerte. No fuera a ser que le tocara un milico muy joven, de poco criterio, o uno viejo, con el suficiente como para no creerle sus excusas. Encendió el furgón y bajaron por la calle inclinada.

Al poco rato, se encontraron fuera la casa de Javier. Antes de bajar, Carlos le puso una mano en el brazo. «Señora, ¿le puedo dar un consejo?», preguntó sin esperar respuesta. Era cierto que no consiguió pruebas de que su marido la engañara, reconoció, pero eso no significaba que las cosas estuvieran bien. Su esposo estaba metido en algo raro, de eso estaba seguro.

María lo fulminó con la mirada, sin molestarse en agradecerle. Descendió del vehículo y se quedó parada un momento debajo de la arboleda, cuyas ramas azotadas por el viento parecían susurrar advertencias y delirios. El furgón se alejó calle abajo hasta desaparecer a la vuelta de una esquina. Ella se ajustó la cartera al hombro y respiró profundo. Sintió al bebé moverse dentro suyo y se acarició la barriga para calmarlo.

Escuchó música de fiesta sonar dentro de la casa. Encontró la reja entornada, atravesó el caminito de piedras rodeado de césped y llegó hasta la puerta de madera de la casa, que también estaba abierta. Dentro, una luz roja intensa coloreaba las paredes del interior y proyectaba sombras afiladas que se retorcían como figuras siniestras. Apenas puso pie dentro de la casa, se tapó la boca para ahogar un grito de espanto.

En medio del salón, Javier la observaba suplicante desde una silla a la cual se encontraba amarrado. Los anteojos rotos le colgaban torcidos y un delgado río negro le bajaba de la nariz hasta desembocar en los labios. Solo tenía una mano libre, la cual Alejandro —quien se mantenía de pie detrás de él— le presionaba contra la mesa del comedor.

De inmediato, María confrontó a su marido. Reuniendo todo su coraje, le ordenó que liberara a su hermano. Pero, a pesar de utilizar el tono de voz más autoritario que fue capaz de encontrar en su registro vocal, no se atrevió a acercarse un solo paso. Alejandro sonrió y le agradeció por venir. La estaban esperando. Su marido exhibía un moretón bajo el ojo y la camisa rasgada a la altura del cuello. Con gesto casual, le ordenó que le arrojara su celular. Ya no lo necesitaría, dijo.

María, incapaz de procesar la situación, obedeció con manos temblorosas. Su teléfono cayó pesado sobre la mesa y Alejandro se lo guardó en el bolsillo. «Listo, ahora suéltalo», le pidió, pero Alejandro negó con la cabeza. Javier era un espía, afirmó, un sapo que ya había confesado sus crímenes. Desesperada, María intentó defender a su hermano y se autoinculcó. Fue ella quien contrató al detective privado para seguirlo. Javier negó con la cabeza y recibió una bofetada de vuelta.

«Ustedes, los niñitos Ulloa con sus máscaras y doble cara», lamentó y alcanzó un cuchillo carnicero que empuñó con firmeza. Apoyó el filo sobre la mesa, justo por encima de uno de los dedos de Javier, quien se sacudió e intentó liberarse. Un esfuerzo inútil, pues su captor le azotó la mano contra la madera y se la inmovilizó con una fuerza brutal. María no daba crédito a la situación. Rompió en llanto y tuvo que apoyarse en el sofá, junto a la puerta, para no derrumbarse. Le rogó a Alejandro que soltara a su hermano, pero el hombre

no la escuchaba. Al contrario, le insistió a Javier que confesara la verdad a María y presionó el cuchillo hasta dibujarle una larga línea roja sobre el dedo índice.

«Soy una buena persona, por favor —rogó Javier. Y, luego, con un destello de valentía, acometió contra su cuñado—. Tú fuiste quien... Tú tenís que darle explicaciones a mi hermana». Alejandro rio y dirigió la mirada hacia María, quien comenzaba a experimentar fuertes dolores en la barriga y se acababa de derrumbar sobre el sofá. Le confesó haber encontrado al responsable de atropellarlo, haber entrado a su casa, romperle el cráneo y arrancarle la piel.

María sollozó de dolor y se revolvió encima del sofá. La cartera se le resbaló y cayó a sus pies. El sufrimiento que experimentaba era tanto físico como emocional, al punto de transformarse en espiritual. Un torbellino de espanto le acuchillaba la espalda y se le metía debajo de las uñas. Se tapó los oídos para no escuchar más atrocidades y detener el retumbe de la música electrónica. Alejandro la invitó a la calma. No reconocía maldad en sus actos. Los consideraba necesarios y justos. Pero, lo más importante, aseguró, es que se hacía responsable de sus acciones, a diferencia de Javier.

—¿Ya viste? No me da miedo la verdad, hueón —dijo Alejandro inclinándose sobre su cuñado—. Ayer había dos asesinatos y hoy solo queda uno, yo. Pero ¿qué hay de ti? Trabajai en una empresa que experimenta con seres humanos, conchetumadre. ¡Los ayudas a crear esclavos! ¿Y tú erís una buena persona? Destruiste a tu familia por un sueldo, maricón. Cada momento que respiras, la humanidad se acerca más a la catástrofe. Yo no soy el monstruo aquí. Siempre fuiste tú.

Javier intentó liberarse una vez más, pero, al darse cuenta de la inutilidad del esfuerzo, alegó desafiante:

—Ya entendí. Te veo, *Kurera*. Tomaste el control. Esto llega hasta acá. Código de desactivación de emergencia: Amarillo-cuatro-setentaisiete-Alfa-Azul-quinientos-tres.

Todos aguardaron un momento, en silencio, pero nada ocurrió. Alejandro sonrió con ternura y le acarició el cabello a Javier. Después, lo volvió a abofetear.

—Todo este tiempo escaneándome el cerebro y nunca entendiste. No soy tu robot.

Acto seguido, Alejandro presionó el cuchillo con toda su fuerza y le cercenó a Javier el dedo índice de la mano derecha. Lo hizo como un cocinero al cortar un bastón de apio. El dolor fue instantáneo. La expresión de su cuñado se desfiguró hasta volverlo irreconocible. Por un instante, el hombre se quedó congelado con la boca abierta en una mueca deforme, sin aire para gritar. Una muestra de horror parecida a la de María, cuya respiración se cortó por completo al presenciar la escena.

Con un movimiento rápido, antes de que Javier recuperara el aliento, Alejandro le rellenó la boca con un paño de cocina que sofocó sus alaridos y los convirtió en gemidos roncacos, apenas audibles. Y, sin darle tiempo para recuperarse, cargó de nuevo todo su peso sobre el cuchillo y le mutiló el dedo medio. La intensa luz de color rojo, que decoraba la sala, tiñó la sangre que chorreaba de un negro lúgubre. Sobre la mesa del comedor, comenzó a formarse una laguna. Javier se sacudió con violencia en el asiento, pero Alejandro lo retuvo bajo su control.

María cayó del sofá, protegiendo su vientre mientras sollozaba. El corazón le latía desbocado, las lágrimas le corrían el rímel y aulló por su hermano, por su bebé, por su marido. Hubiera preferido desmayarse. La lámpara de fiesta, que ella misma le había regalado a Javier para su cumpleaños, brillaba roja al fondo de la sala, convirtiendo cada sombra en un

ser abominable, como aquellos que cada uno llevaba en su interior.

Calambres atroces le recorrieron la parte baja del abdomen y la espalda. Una especie de electricidad inclemente la inmovilizó. María intentó escapar de la escena, aunque fuera de forma mental, mientras escuchaba los gritos sofocados de Javier. Visualizó la playa con la que soñaba siempre, la del mar recogido, pero esta vez vio la ola más grande del mundo alzada frente a ella. Una muralla de muerte negra, colosal, que se elevaba por más de veinte metros de altura y que avanzaba con el estruendo de un tren de carga. Cerró los ojos con fuerza cuando escuchó el cuchillo de Alejandro chocar por tercera vez contra la mesa.

La silla, a la que estaba amarrado Javier, se sacudió con pequeños brincos. María hubiera deseado gritar, pero el tsunami en su cabeza bramaba como una bestia cósmica. «Por favor, detente... —sollozó de pronto una María jadeante, encogida en el piso—. Creo..., que tengo contracciones. El bebé ya viene...». Las oleadas de adrenalina que le recorrían el cuerpo, consecuencia de las extremas muestras de horror y angustia, habían desencadenado el trabajo de parto antes de lo esperado. Eso fue lo único capaz de captar la atención de Alejandro, quien lo interpretó como una excelente noticia. La policía no tardaría mucho tiempo en capturarlo, pero, a través del niño, podría partir de nuevo. Era su mejor oportunidad.

El hombre bajó la mirada hacia Javier, quien ya no se agitaba en la silla. Por el contrario, con la mirada extraviada, parecía aturdido por la pérdida de sangre que todavía brotaba de los tres muñones en su mano. Con voz suave, le murmuró al oído: «Siempre te creíste especial, Javier, pero nunca lo fuiste. Si tuviera tiempo, te mostraría lo insignificante y común que eres bajo esa piel. Quizá se lo muestre a tu hermana».

Sin vacilar, Alejandro levantó el cuchillo y se lo clavó a su cuñado en la nuca, con tanta fuerza que la punta de metal llegó a asomarse por debajo del mentón. El cuerpo de Javier se sacudió y gruesos borbotones de sangre se regaron sobre su falda y el piso. María profirió un alarido desgarrador y se afirmó el vientre. Reunió todas sus fuerzas para gritar por ayuda y que los vecinos la escucharan por encima del estruendo de la música, pero Alejandro se arrodilló a su lado y le cubrió la boca. Disfrutaban de la mejor fiesta, dijo, con luces, música, reencuentro y el milagro de la vida. «Por favor, no lo arruinemos», le pidió. Navegarían la tormenta juntos como matrimonio.

Ella observó los pies inmóviles de Javier, el último pariente que le quedaba desde la muerte de su marido en mayo, y le estalló el corazón en mil pedazos. Jadeó, se limpió las lágrimas y asintió. «Así está mejor, chiquita —la felicitó Alejandro con aliento putrefacto—. Vamos a sacarte ese bebé. Lo quiero como no te imaginas. Espérame, que voy a lavarme las manos, buscar toallas y vuelvo».

El hombre se levantó y se dirigió al baño. La luz blanca recortó una ventana de frescura en el suelo, entre tanta penumbra teñida de rojo que inundaba la sala. María entendió que debía calmarse. Ya no podía contar con nadie más que sí misma. Alejandro había dispuesto todo para que pareciera una fiesta y así enmascarar cualquier ruido extraño que pudiera alertar a los vecinos. Una jugada calculada que la obligaba a pensar con rapidez. Proteger al bebé era su única prioridad.

Volvió a preguntarse qué harían sus personajes narrativos en una situación así, pero el dolor de una nueva contracción le cercenó los pensamientos. Se acomodó de espaldas en el suelo y, con el brazo, tanteó el sofá hasta encontrar un cojín que ponerse bajo el cuello. Cada segundo que dejara pasar, la sorprendería en una situación más desventajosa.

A un costado, en el suelo, encontró su cartera. Con la mano temblorosa, la abrió y dejó caer el contenido debajo del sofá. Alejandro reapareció con una sonrisa amenazadora. Apagó la luz blanca y avanzó hacia ella con calma. Cargaba un par de toallas enrolladas bajo el brazo y llevaba consigo el espejo descolgado del baño. Anunció haber arrojado los celulares al inodoro. Ya no les necesitarían, explicó con calma. Se trataba de un momento familiar. Alejandro se inclinó sobre ella y, sin delicadeza, la levantó de las caderas para extender el par de toallas bajo su cuerpo. María se esforzó por mantener el control de su respiración, pero el dolor la hizo temblar.

«Esto servirá —dijo, casi para sí mismo, y apoyó el espejo del baño contra una silla del comedor, mientras lo contemplaba—. Es curioso...». El hombre deslizó su dedo índice por encima de la superficie del cristal, como si quisiera cerciorarse de que estuviera limpia, pero María intuyó que se trataba de algo más. Percibía en Alejandro una fascinación extraña, delirante, que le envolvía la voz. Aun así, tumbada de espaldas, no consiguió ver aquello que el espejo reflejaba, ni tampoco el motivo de la súbita distracción de esa cosa que se hacía pasar por marido.

Alejandro dejó el espejo apoyado contra la silla y retomó su atención sobre ella. Su presencia opresiva enrarecía el aire de la sala. María no le esquivó la mirada, desafiante, pero justo en ese instante un chorro cálido se le escurrió por los muslos y la alertó de que había roto bolsa. Ya era muy tarde para intentar escapar.

El parto fue una agonía que se extendió por dos horas. Alejandro la asistió, pero, antes de eso, utilizó un trozo de tela fijado con cinta adhesiva para ahogarle los gritos. Una vez que el proceso terminó, cuando por fin el bebé nació, el hombre le cortó el cordón umbilical con el cuchillo que había hundido en el cuello de Javier. Se trataba de un niño, cuyo llanto se expandió por la sala. María, entre lágrimas y sudor,

sentía las toallas bajo su cuerpo empapadas y pegajosas. Observó a Alejandro levantar al recién nacido y acercarlo a su rostro, como si quisiera susurrarle un secreto. Cubiertos de sangre, padre e hijo, brillaban rojos en la penumbra.

De repente, el llanto del bebé se detuvo de golpe. María, con la visión nublada, no entendió lo que ocurría. Extendió los brazos para suplicar que le entregaran a su hijo, pero Alejandro la ignoró. Le dio la espalda, avanzó hacia el espejo y se contempló en él junto al niño. La desesperación de María fue total hasta que, al fin, el hombre dejó de murmurarle cosas al bebé, la miró y, con una sonrisa, se lo entregó. Acto seguido, le arrancó de un tirón la cinta adhesiva de la boca y ella escupió el trozo de tela. María abrazó el frágil cuerpo de su hijo con fuerza y lloró de alivio al sentir que este se le acomodaba contra el pecho.

—Dime, ¿cómo te..., gustaría que...? —murmuró María, pero su pregunta se perdió bajo la potencia de la música electrónica.

—¿Qué? No te escucho —respondió Alejandro y formó un cono con la mano alrededor del oído.

Con un ademán, ella le pidió que bajara el volumen de la música, pero él se negó. Rechazada su solicitud, volvió a repetir la pregunta. Fastidiado por no alcanzar a escuchar, Alejandro se inclinó hacia ella para oírla.

—Este hijo no es tuyo —susurró María cuando lo tuvo lo suficientemente cerca. Al mismo tiempo que, con su mano, alcanzaba uno de los objetos desparramados bajo del sofá.

El rostro del hombre se torció de indignación, pero ella ya había conseguido su objetivo. Lo tenía a la distancia que necesitaba. Entonces, alzó el ganchillo de *crochet*, con toda la energía que le quedaba, y se lo clavó en el ojo, con tanta fuerza que el palillo de metal se le enterró por completo dentro del cráneo, abriéndose camino furioso hasta penetrarle el cerebro.

María aulló de ira y dolor. Alejandro solo alcanzó a abrir la boca en un gesto mudo de sorpresa antes de que una sustancia viscosa, de color blanco, rojo y rosado, se le desparramara por la mejilla como una vela derretida. María lo empujó a un lado y el cadáver cayó de espaldas con los brazos extendidos. El ganchillo sobresalido de la cuenca ocular apuntaba al techo como bandera en la cima de una montaña.

Con el bebé firme contra el pecho, intentó ponerse de pie, pero su cuerpo no respondió. Se apoyó en un costado y comenzó a arrastrarse hacia la puerta de entrada. Cada movimiento le pelaba los codos, pero el dolor no la detuvo. Dejó tras de sí un rastro viscoso de coágulos y sangre, hasta por fin alcanzar la salida.

La visión de la noche despejada le hirió de melancolía. La luna resplandecía con fuerza sobre los techos de las casas, todas sumidas en la oscuridad con sus luces apagadas. En su mente, la ola del tsunami ya había arrasado pueblos enteros, derribado hogares y desmembrado personas. Y en medio de la furia desbocada del mar, atestado de basura, cuerpos y escombros, por un instante, distinguió su propio reflejo en el agua. ¿Qué hacer si la ola no era otra cosa que todas las personas que conocía?

Inhaló hondo y sintió que su hijo, aunque en silencio, respiraba con normalidad. Reunió la mayor cantidad de aire que pudo. Y gritó. Fueron alaridos animales, desgarradores, de los que jamás se imaginó capaz. Pidió socorro, rogó por su niño. Y, con cada palabra, removió el endurecido cúmulo de dolor que almacenaba en los pulmones hasta destrozarse la garganta y sentirla áspera, y rasposa. Luego, gritó un poco más.

Cuando finalmente se quedó en silencio, tumbada en la entrada, a punto de perder el sentido, observó la luz del porche de la casa de enfrente iluminarse. Entonces, imploró a

Dios que los vecinos decidieran involucrarse esta vez. Aunque fuera esta única vez.

Respiró con dificultad y una dura lágrima le rodó por la mejilla, entremedio de imágenes de muerte líquida que le inundaban la mente. Echó un vistazo hacia el interior de la casa, una última mirada hacia aquello que acababa de perder para siempre. Allí estaban los cuerpos inertes de su marido y su hermano, bañados en luces rojas y cubiertos de manchas oscuras, derribados sobre los sueños trizados de toda una vida.

Pero había algo más.

De golpe, se le cortó el aliento al cruzar la mirada con el espejo del baño, apoyado contra la silla del comedor. En el reflejo, se encontró con sus propios ojos desencajados, la mueca de dolor y la piel ensangrentada. Pudo verse a sí misma, pero nada más. Fue inútil aguzar la mirada e intentar arrastrarse de vuelta: el espejo no mostraba rastros del bebé que cargaba firme contra el pecho.

Aparecía sola.

Llevaba las manos vacías.

DAVID KOLKRABE
**FÁBRICA DE
LENGUAS MUERTAS**

Primera parte

El día en que Mónica desapareció fue el día en que mamá perdió la razón. Yo le decía, desde luego, que no se preocupara, que ella estaba joven y que seguro se había escapado con su novio o sus amigas. Madre, cálmese, le dije. Seguro, hoy regresa o mañana en la mañana. Hoy vuelve, repetí al día siguiente, y al siguiente, hasta que, pasado un mes, cuando ya no tenía sentido decir nada, Mónica apareció. No llegó con una gran sonrisa, como era natural en ella, ni tanteando el terreno por miedo a que la regañáramos, sino que apareció medio muerta en un callejón de La Galería, la plaza de mercado de la ciudad.

Por aquel entonces, a la par que trabajaba en un *Call Center*, ingresé a un taller de literatura que dictaba Orlando Escobar en la biblioteca del Banco de la República. Aunque, en principio, mis horarios no me lo permitían, logré convencer a la lideresa de campaña que me dejara salir temprano para poder recoger a mi hermanita en sus clases, inventadas claro, de danza. Mónica se prestó para la estafa e incluso me acompañó una vez al trabajo vestida con una falda colorida, tenis y una blusa que decía *Dance* para que mi jefe se comiera el cuento.

Debo decir de Mónica que, antes de aquel evento, que luego bauticé como La Tragedia, era la niña más alegre y optimista del mundo. Además, era mi cómplice y confidente. Me ayudaba con las tretas para robarle las tajadas del almuerzo a mamá, mentía si yo se lo pedía por la razón que fuera, me ayudaba a gastarle bromas a la familia y nos contábamos todo. A pesar de tener apenas trece años, me escuchaba con la seriedad de una mujer que había vivido años y me daba consejos, a veces no los mejores, pero que agradecía con cariño.

A ella fue a la primera persona que le conté sobre Érika. Ingresó al taller de Orlando Escobar una semana después que yo, y se sentó en la esquina del salón a leer mientras iniciaba la sesión. Orlando entró y le pidió que se presentara. Ella se levantó y fue en ese momento cuando sentí el deseo de hablarle. Dijo que era estudiante de Cine, fan de Scorsese, Tarantino y Kubrick, y que su interés en el taller era mejorar en la escritura de guiones y narración de las historias. Me cautivó la propiedad y seguridad con la que lo dijo, con una sonrisa que dejaba ver parte de su dentadura blanca y homogénea.

¿Y cómo es ella?, me preguntó Mónica. Muy inteligente, respondí, aunque, en realidad, no lo sabía, pero lo intuía. Es alta, casi como yo, morena, pero no morena morena, sino como dorada, ¿me entiendes? Ella asintió. Es de bustos y caderas grandes —cómo odiaba esas palabras, pero a mi hermanita había que hablarle con eufemismos—, y sus piernas son gruesas y largas. ¿Te gusta entonces?, preguntó de pronto. Miré a Mónica y pensé que ya había crecido y que ya sostenía ese tipo de conversaciones con ella. No, mentí. Es muy pronto. Tendría que pasar más tiempo con ella para saberlo.

Una noche, a la salida del taller, Érika me llamó y me preguntó hace cuánto escribía y si había publicado en alguna parte. Desde niño, le respondí, y no, no he publicado nada aún. Ella se quedó pensativa por unos segundos, en los que quise devolverle las preguntas o decirle «¿y tú?», pero no me salió ninguna palabra. Eres muy bueno, dijo al final. Gracias, respondí. Estoy trabajando en una película independiente, de bajísimo presupuesto, y estamos buscando a un guionista o escritor que le dé una revisada al libreto. Eres bueno en los diálogos, ¿verdad? Asentí. No hay paga, no tenemos dinero para eso, pero tu nombre aparecería en los créditos. Lo dijo todo como un estallido, casi sin respirar o sin hacerlo, creo

que con miedo a que la interrumpiera y le dijera que no, o le preguntara cosas vergonzosas — como el pago — antes de que ella lo dijera. Al fin y al cabo, siempre es mejor dar la información transparente antes de que el interlocutor pregunte.

Su estrategia funcionó, porque acepté sin chistar. Aunque también pudo ser que quería pasar más tiempo con ella, y cómo decirle que no, o que estaba emocionado por tener mi primer «trabajo» como escritor. De todos modos, era consciente de que a los escritores no les pagaban y que si querían vivir de la literatura, debían ser profesores o, como Orlando Escobar, dar talleres de escritura. Quizá fueron ambas razones por las que acepté. ¿Les ha pasado que ven a una mujer de lejos y no pueden dejar de mirarla? — en la estación de bus, en la fila del supermercado, en el aula de clase —, y que, aunque objetivamente no es la más hermosa, tiene algo, un quién sabe qué, quizá un aura, ¿que les atrae a ustedes y solamente a ustedes? Eso me ocurrió con Érika.

Al día siguiente, conocí a todo el equipo de producción, que no era grande. Mario, cuyo nombre no era en realidad Mario sino Camilo, pero que recordaba a Mario Bross por su tamaño y textura — además, me contó Érika, una vez se dejó crecer el bigote, porque viajó a Chile y le gustó esa moda —, era el camarógrafo; Tatiana, un poco más alta que Mario, llena de tatuajes en el pecho y con unos senos que le pesaban, era la encargada del vestuario; y los actores, que tenían su propio grupo y prácticamente solo hablaban entre ellos. Érika, por su parte, era la productora, directora y la que les daba instrucciones a todos.

La película, que no era realmente una película, sino un cortometraje, era la adaptación de un cuento de terror de un escritor de la ciudad, más conocido en el extranjero que en su propio país. De hecho, yo no lo había leído ni escuchado jamás. En resumen, en el cuento un hombre regresa a su ciudad natal por la muerte de sus padres y para heredar una vieja

casa que perteneció a su familia por generaciones. El hombre, que se dedicaba a restaurar fotos antiguas, encuentra, en la sala, una gran fotografía de su bisabuela, que nunca conoció, pero a la que todos en la familia se referían como la mujer más bondadosa y bella que había existido.

Le causa gran curiosidad porque el cuadro, aunque muy ajado por los años, muestra a una joven de nariz aguileña, demacrada, fea y que, según el protagonista, da cierto aire de maldad. Picado por la curiosidad, decide restaurar el retrato y descubre que, en efecto, la mujer era feísima, pero también que es una fotografía *posmortem* y que, gracias a un diario que encuentra en el sanalejo, era una mujer horrible. La joven lo asquea tanto que, en un arrebato de ira, rompe la fotografía por la mitad. La imagen se mueve y un terremoto parte la casa en dos.

El problema, dije cuando Érika me preguntó si podía ayudarles, es que era una historia llena de acciones, casi sin diálogo. Quizá pueda haber un acto introductorio en el que el abogado le entrega la casa al protagonista. Ahí podemos enterarnos de que él se dedica a restaurar fotografías, que la casa ha sido parte de la familia por generaciones y que a la bisabuela la describían como a una gran mujer. Lo demás, creo, es responsabilidad de la directora, que las acciones que realiza el protagonista cobren sentido y claridad. Esto último lo dije despacio, como tanteando el terreno, esperando, de alguna manera, que no se molestara por mi honestidad. Lo que menos quería era que me dejara fuera del proyecto. Ella sonrió y me dijo que justamente algo así estaba pensando, pero que no lograba aterrizar la idea. Para eso estás acá, Damián, concluyó.

La Tragedia ocurrió el día en que me reuní con todo el equipo para presentarles mi propuesta de guion. Llegué un poco tarde y con la cabeza aturdida de contestar llamadas, con una presión en el pecho y las manos temblando por los

nervios. ¿Y si no les gustaba mi propuesta? ¿Y si Érika se decepcionaba de mí? Al fin y al cabo, me integró al equipo porque pensó que yo era bueno. Eso dijo, aunque yo no estaba seguro. Orlando Escobar me había destruido, uno por uno, los cuentos que presenté en el taller y apenas en una ocasión mencionó un fragmento y dijo que estaba muy bien desarrollado. No usó estas palabras, pero entendí que el resto de mi literatura era una porquería.

Una vez le confesé a Érika mis inseguridades, inseguridades que yo consideraba muy bien justificadas, y me explicó que uno no podía hacerle mucho caso a los críticos literarios —porque Orlando era de algún modo un crítico literario: leía nuestros textos para opinar sobre ellos—, porque siempre tenían que decir algo. Su ego se enaltecía cuando destruían a un autor con propiedad.

Aunque Mario hizo algunas sugerencias y Érika me pidió alargar una escena, a todos les gustó mi propuesta. Yo estaba consciente de que le faltaba mucho para ser un gran texto, pero, para los fines del cortometraje, encajaba perfecto. Tatiana, que no opinó, me pidió que me quedara en el ensayo —primero practicarían con el borrador del libreto, harían prueba de vestuario y de fotografía antes de iniciar la grabación— y me dijo al oído, para que nadie escuchara, que estaba muy guapo. Agradecí con una sonrisa y me quedé.

No había visto a Tatiana con esos ojos, porque ya estaban puestos, desde el principio, en Érika, pero me le quedé mirando. No estaba fea la muchacha. Recuerdo que pensé en lo *atrevida* que era, aunque no era la palabra que buscaba, quizá sinvergüenza o transparente, y que, si me lo proponía, podía llevármela a la cama. Era un poco más alta que Mario, pero mucho menos que Érika, de piel blanca y pelo negrísimo. Era delgada, aunque tenía senos grandes y nalgas más bien planas. No quiero detallar los pensamientos que me invadieron en ese momento, pero todo me pareció tan fácil y a la mano,

que por un momento pensé en dejar de lado mis fantasías con Érika, quien, hasta el momento, solo había mostrado un interés profesional hacia mí.

Esa tarde, luego del ensayo, salí con Tatiana. Hice tiempo y esperé a que Érika se fuera —vivía en Villamaría, así que tenía que coger temprano el bus— y cuando le pregunté a Tatiana dónde vivía, me ofrecí a acompañarla una parte del trayecto. Caminamos hacia El Cable, en un recorrido que me pareció eterno, porque no teníamos mucho de qué conversar, hasta que le pregunté por sus aspiraciones y se desató. Me dijo que aspiraba a estudiar Diseño de Modas, pero que no tenía dinero para pagar la matrícula en la universidad, una privada, la más costosa de la ciudad. Estuvo hablándome de diseñadores a los que ella admiraba, de la teoría del color, la combinación de prendas y nuevas tendencias de la moda. Aunque poco me interesaba el tema, le hice las preguntas de rigor y me mostré emocionado. Le expliqué que no sabía casi nada al respecto, pero que me entusiasma aprender.

Luego, caminamos hasta la BBC y pedimos una jarra de cerveza Cajicá. Poco a poco, la conversación se enrutó por caminos más convencionales y en los que me desenvolví mejor. Me contó que vivía sola hacía más de tres años, que se fue de casa cuando cumplió los dieciocho años, porque no soportaba a sus padres y que, desde entonces, trabajaba en lo que fuera con tal de comer. Me lo decía con una sonrisa eterna, como si lo que me estaba contando fuera una bella historia con final feliz.

Trabajó en almacenes como vendedora, aunque odiaba vender, en un *Call Center*, de cajera en un supermercado y, una vez que no tuvo con qué pagar el arriendo, aceptó la propuesta del dueño de acostarse con él por plata. Esto último me lo dijo, claro está, cuando la cerveza se le subió a la cabeza. En algún momento, consideré irme de puta, me dijo mientras mostraba sus dientes. Aguanté tanta hambre que lo

pensé de verdad. ¿Qué hiciste entonces?, pregunté. Ella bebió de su Cajicá y respondió sin dejar de mirarla: conocí a Érika.

En sus propias palabras, Érika apareció en su vida como un ángel. En ese entonces, a pesar de que el gordo grasoso dueño del apartamento la incitaba a repetir el trato, Tatiana estaba en una situación cada vez peor. Hubiera podido regresar a casa de sus padres, claro, pero el orgullo y el deseo de guardar su integridad eran más grandes. No me contó qué ocurrió con ellos, nunca lo hizo, aunque debió ser algo muy malo como para decidir no hablarles más.

En todo caso, una tarde decidió empacar maletas e irse a Samaná. Le diría al gordo que era un cerdo, que le daba asco, que jamás se volvería a acostar con él ni por todo el dinero del mundo —aunque en el fondo esto fuera falso—. Luego, se marcharía de Manizales e iniciaría su nueva vida lejos, donde nadie la conociera. Si iba a ser puta, que no fuera en su ciudad. Dio una última vuelta, o creyó que sería la última, y se despidió de los pocos conocidos que tenía.

La miseria te deja sin amigos, me dijo. Nadie quiere rodearse de la pobreza ni de los miserables. Recorrió la Avenida Santander en medio de una suave lluvia, como si el clima la despidiera con nostalgia, y se encontró a Mario resguardándose en una carpa de aguardiente. Estaba junto a una mujer mucho más alta que él —lo cual no era extraño, porque Mario era casi un enano—, grande y morena, que más tarde conocería y se presentaría como Érika, cineasta en etapa de reclutamiento.

Entonces, ¿buscas actores?, le preguntó, no tanto por interés, sino por tener algo de qué hablar. Actores ya tengo, respondió Érika. Vas a la Facultad de Artes y pululan como cucarachas. Más bien busco... Tatiana no recordó qué le dijo con exactitud, pero le retumbó en la cabeza cuando dijo la palabra «vestuario», y fue ahí cuando, en verdad, le prestó aten-

ción. Al día siguiente, ya trabajaba en una agencia de cine independiente, cosa que nunca se le hubiera ocurrido, y vestía a los actores del montaje. Entonces, ¿no te prostituiste?, pregunté al final, más por morbo que por interés. No, dijo ella y bebió de su cerveza. Me alcanza para vivir y disfruto mi trabajo.

Creo que, más que disfrutarlo, Tatiana lo amaba. Me habló de él por más de una hora, con los ojos húmedos y la mirada fija, mientras terminábamos la primera jarra y pedíamos la segunda. Yo la escuchaba emocionado. Por un lado, pocas veces alguien habla de lo que le apasiona de manera tan desinhibida. Lo hacen con una emoción que contagia, así el tema sea el más aburrido de todos. Por el otro, la tenía justo donde deseaba: Tatiana se acercaba a mí cada vez más, o yo a ella, me hablaba de frente, sentía su aliento y su aroma a pachulí —que nunca me ha gustado, debo decirlo, pero que esa noche era un afrodisiaco—.

Pensé que, en cualquier momento, podía besarla y ella me correspondería; que, luego, al terminar la jarra, me ofrecería a llevarla a su casa y me quedaría a dormir —a hacer el amor, a coger, a follar sin tapujos ni tabúes por el alcohol, con ella—. En una pausa para ir al baño, aproveché para revisar mi celular. No lo sentí sonar por la música —un *rock* ochentero que me gustaba—, el mareo o la excitación. Tampoco me había percatado, hasta entonces, de los múltiples mensajes que mamá me había enviado por WhatsApp.

«¿Estás con tu hermana?», decía en uno. «Tu hermana no ha llegado», decía en otro. «Damián, conteste, por favor, decía un tercero». Luego, siete u ocho llamadas perdidas que no escuché. Eran las once de la noche, temprano para una adolescente que está descubriendo la vida. Así se lo hice saber a mamá y le dije que no se preocupara. No respondió mi mensaje, sino que me llamó. Contesté. «He llamado a sus amigas,

a los papás, a sus otros compañeros del colegio, a los profesores, y nadie sabe de ella —me dijo con la voz cortada, no sé si llorando, muy afectada de todos modos, y sin aire—. Venga, por favor».

Mientras Tatiana regresaba del baño, pagué la cuenta y me acabé mi vaso. Le expliqué la situación y me ofrecí a llevarla a casa —lo hice como una última jugada. Esperaba que, en el trayecto, mamá me llamara y me dijera que Mónica ya había aparecido. Luego, le contaría a Tatiana, suspiraríamos aliviados y entraríamos a su apartamento a seguir con la charla—. Ella, sin borrar su sonrisa, esa estúpida sonrisa, dijo que esperaba que todo saliera bien y rechazó mi ofrecimiento. Aún queda media jarra, dijo. No la podemos desperdiciar.

Regresé a mi casa con la amargura de haber dejado a Tatiana sola y con la pregunta de si aquella oportunidad se repetiría. Érika, como ven, había desaparecido de mi panorama y estaba presente como un vago recuerdo romántico. A veces, cuando uno está muy necesitado de compañía, de afecto, prioriza lo seguro sobre lo anhelado y, por lo general, uno se arrepiente después; sin embargo, ¿realmente Tatiana era «lo seguro»? No lo supe a ciencia cierta, mas eso era lo que mi ego de hombre quiso suponer.

Mamá hablaba por teléfono en la sala cuando llegué. Conversaba con el papá de Mónica —que no era el mío— y escuché que tenía amigos en la SIJIN, que los iba a contactar e iniciar un operativo de búsqueda. Toda esa situación me pareció de película. «Mamá —le dije cuando colgó—, Mónica debe estar con algún muchacho pasándola bien. —Intenté hacer una broma, sacarle una sonrisa, disminuir un poco la tensión—. Y tú aquí preocupada, mientras ella se está vistiendo para venir a casa».

Mamá se quedó callada, con el ceño fruncido, y me pidió que me tomara la situación en serio. Ahora, sé que no fue el

comentario, ni el tono adecuado, pero iba con unos tragos en la cabeza y los pechos de Tatiana en la mente. Mamá se quedó en la sala esperando a que Mónica llegara, yo me acosté a dormir. Me levanté al otro día, con algo de dolor de cabeza y una sed insoportable, y descubrí, ahora sí con la mente clara, que Mónica no llegó esa noche y que mamá dormitaba en el sofá. Mi hermana tampoco apareció ese día, ni los siguientes, y aunque la SIJIN sí inició el operativo desde el primer momento, no encontraban noticia de su paradero.

En esos días de angustia es cuando uno se da cuenta de que la vida es una gonorrea. A pesar de mantener el corazón destruido, las lágrimas brotando de manera latente por la incertidumbre por el paradero de Mónica, la mente a diez mil revoluciones por minuto en un constante pensar, imaginar, crear escenarios... A pesar de que la vida se vuelve insoponible, la rutina continúa. Mamá se quedaba en casa, siempre a la espera, mientras yo debía ir a trabajar.

Cómo hubiera deseado gritar mientras respondía llamadas, decirles a los clientes que su problema, que se les hubiera caído el internet o que tuvieran un cobro extra, no era realmente un problema, que entendieran y dejaran de joder, que no podían ser tan egoístas, tan imbéciles, que nada se comparaba al dolor de tener una hermana desaparecida. Lo de ellos no eran verdaderos problemas. Pero no podía. Tomaba un respiro para soportar los gritos y el enojo de los clientes, como si fuera mi culpa el mal servicio de la empresa, y responder: «Sí, señora. Le pido una disculpa por la falla». O «sí, señor. Entiendo su molestia y tiene toda la razón. Intentaré darle una solución en minutos. Por favor, espere en la línea».

Cuando regresé por la noche, mamá seguía en el sofá, en posición de espera, tal como la había dejado en la mañana. Por un momento, se alegró cuando me sintió llegar —se levantó del sofá y abrió los ojos como dos soles—. Luego, se volvió a echar y me preguntó sin mucha energía cómo me

había ido. No quise preguntar por Mónica, para qué si era obvio, y me metí a la cocina a preparar algo de comer. Noté, porque solo los platos del desayuno estaban sucios, así como por la disposición de las ollas, que mamá no había comido nada en todo el día.

Pensé en su dolor, que también era el mío, y cómo se pierde el apetito. Pensé, y de eso estaba seguro, que incluso mamá hubiera preferido dar su vida por no pasar por lo que estaba pasando. Tuve ganas de llorar. Preparé dos arepas con queso, un chorizo para cada uno, chocolate espeso, y lo llevé todo a la mesa de té. Tome, le dije a mamá. Debe tener mucha hambre. Ella me miró a los ojos. Nunca voy a olvidar esa mirada, tan triste, tan profunda, que gritaba por ayuda y que le clamaba a Dios por algo de compasión. ¿Dónde está Mónica?, me preguntó.

Quizá parezca que asumimos una actitud pasiva frente a La Tragedia, que debimos salir a buscarla incansablemente, preguntarles a sus amigas por ella, dónde la habían visto por última vez, qué sé yo; esas preguntas de rutina que, sin embargo, el papá de Mónica nos prohibió hacer. «Deje que la policía haga su trabajo», le dijo a mamá, y le dio a entender que si nos inmiscuíamos, la investigación se vería perjudicada. Así que no hicimos otra cosa que esperar y seguir, hasta donde podíamos, con nuestras vidas.

Esa tarde me citaron en el estudio para presenciar el primer ensayo con mi guion. La idea era escuchar a los personajes, que los diálogos sonaran con naturalidad y, en todo caso, corregir lo necesario antes de la grabación. No asistí, obviamente, y recibí una llama de Érika por la noche. Estaba emocionada porque, en sus palabras, le encantó el guion y la puesta en escena. «Eres un genio —me dijo—. No me equivoqué al elegirte». Le respondí que gracias y, aunque intenté alegrarme, o al menos fingí que me ponía feliz, Érika notó mi

estado de ánimo. «¿Qué te pasa?», me preguntó. Supe, entonces, que Tatiana no le había contado que había salido conmigo la noche anterior y, menos, que me fui porque Mónica no llegaba a casa. «Dime, por favor —insistió—, ¿qué te ocurre?». Suspiré y le dije, como quien no quiere la cosa, que mi hermana llevaba dos días sin aparecer, que no sabíamos nada de ella.

Los días siguientes fueron un suplicio y lo único que los hizo soportables fue la compañía de Érika. Quizá aquí dé la impresión de que pasaron rápido —al fin y al cabo, en las páginas hay que ser concreto y preciso—, pero el tiempo avanza muy despacio cuando uno espera una noticia tan importante. Se estira y se estira como un chicle que se resiste a romperse. Mi desempeño en la empresa disminuyó, tuve varios problemas con clientes, traté mal a algunos, y aunque mi jefa estaba enterada de la situación, me dio un ultimátum.

Érika se ofreció a recogerme todas las tardes al salir del *Call Center* —y aunque me negué por vergüenza, no había quién le dijera a ella que no—. Me llevaba a casa, nos preparaba algo de comer a mamá y a mí, o pedía un domicilio sin avisarnos y conversaba con nosotros sobre todos los temas. Todos, menos sobre Mónica. «Mija —le decía mamá—, no tenemos con qué pagarte todo lo que haces». Y ella solo sonreía y decía que el mejor pago era nuestra compañía. Yo agradecía esos momentos de dispersión, y creo que mamá también, pues su ánimo mejoró y cada vez la escuché llorar menos por mi hermana. A mí me destruía no tener noticias. La incertidumbre. No saber. Creo que era preferible que nos dijeran que había muerto, que habían hallado su cadáver en algún sitio, en la situación que fuera. No importa. Era mejor eso que el silencio.

Regresé al estudio cuando me convencí de que, a pesar de todo, debía seguir con mi vida, aunque qué difícil, de verdad,

qué difícil era todo aquello. Me recibieron con alegría y a pesar de que, de esto estoy seguro, todos sabían sobre La Tragedia, ninguno la mencionó ni preguntó al respecto, cosa que agradecí. Tatiana me dio un beso en la mejilla y me dijo, con su sonrisa eterna, que le alegraba mucho verme. Le dije que a mí también me alegraba. Era cierto. No podía enojarme con ella, mucho menos culparla: no era su responsabilidad. Ha vivido tanto tiempo sola que, ahora lo pienso, le cuesta empatizar, apoyar y acompañar.

El ensayo me gustó. Era la primera vez que escuchaba, en la voz de actores, algo que yo había escrito. Aunque el protagonista del relato era mucho mayor al actor —al menos así lo imaginé— y el vestuario de la bisabuela, más moderno de lo que esperaba, el resultado fue satisfactorio. Solo hubo una escena que no se pudo representar y que Érika me pidió que repensara. El texto original cuenta que el protagonista leyó el diario de su bisabuela. En uno de los relatos que allí contenía, ella copulaba con el perro de un vecino, porque: «A falta de hombre, se le antojó perro».

Por la complejidad de adiestrar un perro para tal fin, y lo explícito —incluso ilegal, no estoy seguro— de la escena, era necesario modificarla. Era necesario, más no deseable, pues allí se mostraba la parte más podrida de su alma. Érika, además, quería ser lo más fiel posible al texto original. Propuse, entonces, que la escena se podía intuir, mientras el protagonista leía el diario. Eleonora, la bisabuela, entraría a un cuarto con el perro y la cámara se quedaría en la puerta cerrada, mientras el protagonista relataba y se escuchaban gemidos de fondo.

Cuando acabó el ensayo, Érika me dijo, más como una orden que como un ofrecimiento, que me llevaría a casa, que la esperara. Tenía un Spark GT que perteneció a su papá, me contó una vez, pero que se lo dejó a ella cuando se jubiló. Era pequeño, cómodo y, según le entendí, solo lo usaba para ella

y su familia. Cuando recordé eso, en el momento en que me subí al carro, sentí cierto cariño por Érika, ternura si se quiere, pues me imaginé que, de cierto modo, me consideraba parte de su familia, o bien, albergaba la idea de que lo fuera en el futuro. Uno piensa muchas maricadas cuando se siente mal.

El trayecto fue corto y me habló de lo emocionada que estaba por el ensayo. Elogió, de nuevo, el guion y mi capacidad creativa. Me contó sobre sus planes con el metraje: los concursos a los que lo enviaría; los festivales de cine en los que conocía a los organizadores y que, sin duda, aceptarían proyectarlo; de un amigo de un amigo que si le ayudaba, lo mostrarían antes de todas las películas de terror. Yo la escuchaba en silencio. La veía conducir, detallaba su perfil, sus labios carnosos y me emocionaba con ella al hablar del futuro. Luego, hubo unos segundos de silencio cuando nos detuvimos en un semáforo. Me miró a los ojos y me confesó que quería rodar una película. ¿Sobre qué?, le pregunté con admiración. No tengo la historia, me dijo con la mirada puesta sobre la avenida, quiero que tú la escribas.

Después de la sorpresa inicial, le dije que no, que nunca había escrito una historia tan larga, mucho menos pensada para el cine, que era una gran responsabilidad y que ni siquiera tenía alguna idea en mente. No importa, rebatió. Tienes suficiente tiempo para pensar. Yo intenté decirle que no estaba preparado, que seguro encontraría mejores escritores que yo —aunque en el fondo estaba emocionadísimo—, que no quería decepcionarla —esto era verdad—. Cerró la conversación cuando llegamos a casa. No respondió a mis quejas, sino que dijo que empezara el proyecto de una vez. Establecimos una fecha, quince días después, para hablar de la idea general de la historia. Me bajé del carro con una mezcla de sentimientos: emoción, miedo, incertidumbre, felicidad y, en el fondo, algo de culpa por seguir mi vida, pese a tener a

mi hermana desaparecida. Luego hablamos de tus honorarios, dijo, arrancó y se fue.

No era cierto que no tuviera ninguna idea en mente. Los escritores siempre estamos pensando, imaginando nuevos escenarios o, al menos, encontrando lugares interesantes en los que podrían desarrollarse las historias. Este último era mi caso. Antes de jubilarse, mamá trabajó casi toda su vida en una fábrica textilera no muy lejos de casa, llamada La Única. El edificio era gigante: cubría tres cuadras completas con cinco pisos hacia el cielo. Recuerdo que, de niño, mamá me llevaba los sábados al trabajo y me obligaba a permanecer callado durante las cuatro horas de su turno sabatino.

Luego, crecí, nació Mónica y dejé de frecuentar el lugar por quedarme en casa al cuidado de mi hermana-bebé. Así que mis recuerdos sobre la fábrica son borrosos: me entretenía con sopas de letras, *sudokus* o crucigramas —que, salvo las sopas de letras, nunca terminaba—, mientras en un gran salón, decenas de mujeres pedaleaban y confeccionaban en sus máquinas. No recuerdo más detalles que el olor a tela caliente y los pequeños residuos que se suspendían en el aire hasta caer al suelo.

De un momento a otro, la fábrica cerró. Fue algo intempestivo. Cientos de mujeres, porque solo contrataban mujeres, salvo en los puestos administrativos, quedaron desempleadas y nunca se dio una explicación formal al público. No era posible un problema económico, suponíamos nosotros, pues La Única era, si no la más importante, una de las más importantes textileras de la región. El trabajo era abundante, según mamá, y nunca se dieron señales de crisis. De hecho, y esto es información que ella me contó varias veces en todos estos años durante reuniones familiares en las que se suele recordar el pasado, los últimos meses habían sido muy prósperos para la empresa. Era tanto el trabajo y tan poca la mano de obra que les pagaban tres veces más por las horas extra.

De esa situación surgieron, cómo no, toda clase de chismes, teorías y leyendas: desde las más absurdas —que el dueño había sido infiel con una de sus empleadas y que su esposa, para perdonarlo, lo hizo cerrar la empresa. O que enloqueció y cerró—, hasta algunas que me parecían más sensatas, aunque no terminaban de encajar —que habían evadido tantos impuestos que los clausuraron o que varios empleados los demandaron en conjunto por explotación, ganaron y los hicieron quebrar—. Surgió, en medio de todo, una leyenda que me cautivaba, no por su verosimilitud, sino porque me helaba la sangre cada vez que mamá la mencionaba: que la fábrica era una fachada para ritos satánicos.

Dicho así, de la nada, suena extraño, lo sé, como si fuera el producto de la imaginación de un niño que quiere asustar a como dé lugar, pero lo cierto es que había algunos indicios que apuntaban a esa teoría —esto no quería decir que fuera real. Yo no creía en ella. Nunca lo hice. Al fin y al cabo, las mejores leyendas urbanas están basadas en historias reales o indicios que se pueden malinterpretar a su favor—. La fábrica, como dije, era inmensa, exageradamente grande y, según mamá, más de la mitad del espacio no tenía ningún uso. La zona de las máquinas ocupaba apenas una cuadra y las oficinas administrativas, poco menos de media.

¿En qué usaban o qué hacían con el resto del espacio? No se sabe. Cuando preguntaban, les decían que era la bodega. Como ustedes saben, esto no tiene sentido: primero, aunque la producción fuera muy elevada, casi dos cuerdas de tres pisos era demasiado espacio para servir únicamente de bodega; segundo, en términos prácticos y económicos, no conviene manejar tanto inventario. ¿O esa fue la razón de la quiebra?, ¿si es que quebraron? En todo caso, mamá solo conoció a un bodeguero, que ignoraba la existencia de la «Gran Bodega» y que administraba una pequeña en la misma zona de confec-

Otro indicio claro, según mamá, era que solo contrataban mujeres. Lo extraño no era eso en realidad, pues en esa época —y creo que incluso hoy—, la confección era un trabajo casi que exclusivamente femenino. Lo curioso era, en realidad, que las más jóvenes, las más nuevas, las despedían y no se volvía a saber nada de ellas. Aquello dio a pensar, dentro de la leyenda, que las usaban en sus rituales satánicos.

Era obvio que todo aquello fue divulgado con el afán de entretener y aumentar el misterio de La Única y que a la historia le agregaban, de voz a voz, más fantasía de la que podía tolerar la verosimilitud. Hay quien dice que vio imágenes extrañas una vez en las paredes, como si se tratara de un ritual; o que, a veces, olía a azufre y sangre dentro de la fábrica; o que el supervisor hablaba a veces en lenguas muertas, como si invocara a un demonio —siempre me pregunté cómo sabían que el idioma, si es que era otro idioma, ya no se hablaba—.

En todo caso, aunque a mamá le gustaba aumentar la leyenda, una vez le pregunté si todo aquello era verdad. Primero me dijo que sí, y me repitió la historia, pero, cuando se lo volví a preguntar, ahora en un tono más serio, se rio y dijo que no. Ella nunca notó nada raro en los supervisores ni vio símbolos extraños en las paredes e, incluso, me contó que una vez se encontró a una excompañera en el supermercado. Era jovencita, de unos dieciséis años, que le contó que la sacaron por no cumplir con la producción. El único misterio real de La Única, me dijo, siempre fue en qué usaban el resto de la fábrica.

Como ven, la fábrica abandonada era un caldo de cultivo perfecto para las más fascinantes historias. En sí misma, era escalofriante. Tenía un aura de misterio y una fachada antigua, que contrastaba con las modernas casas a su alrededor. Por la parte oculta, es decir, donde decían que funcionaba la bodega, no había puertas ni ventanas de acceso —solo unas

pequeñas en la parte más alta, a unos treinta metros del suelo—. La pintura blanca descarapelada mostraba el paso de los años y alrededor crecía vegetación. Por el único acceso a la fábrica, donde funcionaba la zona de confección, había una gran puerta que llegaba casi hasta el techo y unas ventanas enrejadas por donde se veía el interior: un salón amplio echado a su suerte, sin nada más que polvo y olvido.

Érika tenía los recursos y los contactos para filmar una gran película allá —de esto me enteré más tarde, cuando le conté mi idea—, lo que me emocionó aún más. Tenía que escribir una novela filmable, que se adaptara al formato de cine, que la gente disfrutara viendo. Esto, debo decirlo, iba en contra de mis principios literarios, si es que tal cosa existe, pero el deseo de ver una de mis historias en la pantalla grande, los superó. Hasta entonces, y lo digo ahora con una mezcla de orgullo y vergüenza, había considerado al cine comercial como una fuente de entretenimiento fácil y despreciable, en especial si era cine de terror, género al que se dirigía, sin proponérmelo, «mi» película.

Consideraba el terror hollywoodense un terror «hecho», en el que se repetían las mismas fórmulas una y otra vez, con el único propósito de entretener. Por eso, aunque disfrutaba de las historias de Shirley Jackson, E. A. Poe, Mary Shelley y Bram Stoker, rara vez iba al cine a ver alguna película, menos de terror —aunque debo ser sincero: en más de una ocasión empleé la estrategia de llevar a mi cita al cine a ver una película de miedo para que, en medio de los *jumpscares*, me agarrara la mano y se sintiera más próxima a mí. Era un truco trillado, es verdad, pero funcionaba, en especial si la mujer era asustadiza y de emociones fuertes. Los otros géneros no funcionaban tan bien: las películas románticas las enternecían o las deprimían, y nada más lejos de lo que uno deseaba; las de acción, las aburrían; las históricas, las llevaban a un estado intelectual que tampoco es conveniente—.

Por unos días, me concentré en escribir un esquema muy completo de la novela para mostrarle a Érika. La titulé, recordando al supervisor del que decían que hablaba en idiomas extraños, *Fábrica de lenguas muertas*. El título, que en sí mismo me gustó, me dio pie para pensar la historia. Habría ritos satánicos, gente que hablaba en latín o idiomas desaparecidos para comunicarse con los demonios, un secreto dentro de la fábrica, conspiraciones... No lo sabía bien. Tantas ideas al final son contraproducentes. Es difícil poner en orden la mente cuando el corazón salta excitado y la pasión es incontrolable.

Aquella tarea me ayudó a distraerme, temporalmente, de La Tragedia de Mónica. Para entonces, había transcurrido una semana y mamá, aunque seguía sin dormir bien, ya lo hacía en su cama y se le notaba con más ánimo. El dolor es eterno, pero hay que seguir adelante. Yo encontré en mi proyecto literario un medio de distracción, un espacio hacia el cual enfocar mis miedos, la incertidumbre y la rabia que me generó la desaparición y posterior hallazgo, en las condiciones en las que la encontraron, de Mónica. Eso permitió que mis días transcurrieran con relativa normalidad, sin la angustia permanente, como la de mamá, de esperar el llamado a la puerta, del timbre del teléfono, del policía que llegaba con noticias: su hija apareció. Viva o muerta, no importa al final, pero apareció.

Aquí no quiero que se me malinterprete. Claro que me dolía toda la situación de Mónica, me angustiaba que no hubiera rastro suyo, como si solo hubiera dejado de existir de un día para otro, sin testigos. El secuestrador —decidí pensarlo así, en masculino y singular, porque me pareció lo más probable— había sido demasiado cauteloso o la policía era muy inepta. O ambas. Todo eso lo pensaba y me imaginé diversos escenarios, las resoluciones posibles y me enfoqué en mi tarea. Sufrí La Tragedia, pero lo hice a mi modo, y no me pueden criticar por eso.

Érika recibió mi propuesta con agrado y me pidió que la escribiera de una vez. Recuerdo ese día como un buen día en medio de días grises. Nos citamos en el Santo Kaffeto del Triángulo. Ella pidió un Milo frío y yo, un americano doble. Me habló del taller, de lo que Orlando Escobar había enseñado las últimas sesiones, me dijo que se notaba mi ausencia y que ojalá regresara pronto. Le dije que sí, que lo haría. Érika me miraba con sus ojos oscuros y con una sonrisa gruesa. Desde La Tragedia, no había vuelto a verla como *mujer*, ni a ella ni a Tatiana, con quien no volví a conversar, ni a ninguna otra persona. Esa tarde, sin embargo, reparé en su rostro moreno bajo el mechón de pelo, en el lunar de su frente y en la piel cuidada, tersa, que deseé acariciar. Luego, me contó de la grabación del corto, que iba viento en popa, sin contratiempos, y que había conseguido, aún sin terminarlo, que fuera proyectado en las salas de cine durante octubre.

Me enteré de que su padre era director regional de Cine Colombia, o eso le entendí yo, y que no le fue muy difícil lograr que lo proyectaran. Eso me lo contó ella, de a poco, luego de que yo le preguntara insistentemente cómo lo había logrado. Me pidió que no le contara a nadie y prometí no hacerlo. La razón de su petición no fue, como pensé en ese momento, evitar que sus conocidos cineastas le pidieran favores, sino que se avergonzaba de su condición de niña rica y de los contactos que tenía. Intentaba ocultarlo como podía: usaba ropa sencilla, nada ostentosa, frecuentaba cafeterías baratas, adoraba la comida callejera y nunca hablaba de su familia, mucho menos de dinero.

La riqueza, sin embargo, como la pobreza, no se puede ocultar. Además de lo obvio, es decir, que nunca se la escuchaba quejarse por falta de plata o porque algo era muy costoso, como todos los demás sí hacíamos, sus prendas bien cuidadas o el carro que intentaba ocultar... Además de todo eso, de lo obvio, digo yo, llevaba un aura de riqueza, un *je ne*

sais quoi, difícil de describir: se notaba limpia, aunque no sé si esa sea la palabra, quizá pulcra, de pies a cabeza. Pero era un tipo de pulcritud diferente, porque los pobres también podemos ser limpios, como si tener dinero permitiera tener cuidados diferentes.

Érika, además, tenía un sentido de la justicia muy claro. Quizá por eso odiaba su procedencia. La vida es injusta, me dijo, porque nadie tiene la culpa, o el privilegio, de nacer en la familia, el contexto, el país, en las condiciones en las que nace. Y eso, Damián, determina la vida. «¿Y qué hay de los que superan su contexto?», pregunté. Es posible, respondió y le dio un sorbo a su Milo, pero para ellos es muchísimo más difícil.

El tema surgió cuando le dije que era muy afortunada por tener un padre con ese cargo. Lo dije como una felicitación genuina, un poco protocolaria, aunque ella lo tomó muy en serio. Luego, hablamos de Mónica y le dije que si no viviéramos en ese barrio, era muy probable que estuviera tomando café con nosotros. Ella asintió y yo pensé, primero, que también era afortunado de conocer a Érika. ¿Qué otra posibilidad tendría de filmar una película y aparecer en cine? Prácticamente, ninguna.

Luego, pensé en Mónica y le dije a Érika que aquello había sido una injusticia. Era injusto que le hubiera ocurrido algo a ella, que era tan buena —«es», me corrigió—. Era injusto que no supiéramos nada de su paradero. Era injusto que el hijueputa que la secuestró estuviera libre, seguro que estaba con sus amigos tomando cerveza, mientras nosotros padecíamos esta tortura a diario. Era injusto todo, todo, todo.

Poco antes de cumplir un mes de su desaparición, encontraron a Mónica en una calle de La Galería. Dormía, aunque más bien estaba como sedada o drogada, en medio de la mañana y aún con el uniforme del colegio. La encontró un pa-

trullero que hacía su ronda matutina y al que le pareció sospechoso que una indigente, cosa que supuso, estuviera vestida así. Mónica estuvo tres días en el hospital y luego regresó a casa sin decir una sola palabra. O bueno, no voy a exagerar, respondía lo mínimo, sí o no, generalmente con la cabeza, y notaba cómo se esforzaba por reducir las frases todo lo posible. Por ejemplo, en vez de decir «¿podrías traerme algo de comer, por favor?», como lo hubiera dicho en otro momento, ahora solo decía «tengo hambre». Su voz, además, era carrasposa, oscura, como si emanara de su interior, de su alma destruida y en estado de putrefacción.

La psicóloga nos sugirió darle tiempo para hablar, sin presiones, y aunque mamá se desesperaba al ver a una Mónica flaca, sin apetito y callada, a una Mónica que otrora era todo lo contrario, que de sus ojos expedía alegría y buen ánimo, no le preguntamos sobre el tiempo que estuvo ausente ni la presionamos a hablar. Al fin y al cabo, y esto lo entendía más yo que mamá, si no le contó nada a la psicóloga ni al equipo forense ni a nadie, menos nos contaría a nosotros.

Los exámenes físicos sí los permitió. Tenía marcas en las muñecas, como si la hubieran atado, también en los tobillos, aunque menos visibles, trece cicatrices en todo el cuerpo —cicatrices pequeñas, que parecían ser accidentales—, dos moretones en los brazos y signos de penetración vaginal y anal. No fue demasiado violento, nos dijo el doctor. No hay señales de lesiones importantes en ninguno de los dos conductos. El médico, un hombre gordo, seboso, que ahora pienso con asco y que seguro era un pajero empedernido, nos miró con una leve sonrisa que intentó ocultar y nos dijo, como si fuera obvio, como si al decirlo revelara una verdad absoluta, que debíamos considerar la posibilidad de que Mónica se hubiera ido de puta.

Sabíamos que aquello no podía ser. Mónica era una alumna ejemplar, tranquila, tenía su novio —esto no lo sabía

mamá—, un muchacho juicioso, ratón de biblioteca, y sus amigos eran como ella. Yo la conocía, era mi hermana, mi confidente: no se pudo haber ido por su propia voluntad; sin embargo, lo más hijueputa de todo es que, aunque uno esté seguro de algo, hay un pequeño clavito que golpea insistentemente en la cabeza hasta que penetra. El silencio de Mónica me hacía reflexionar y las cucarachas se fueron metiendo en mi cabeza hasta que llegué a considerar que sí era una posibilidad. Gordo seboso.

Con Mónica en casa, la vida se hizo un poco más soportable. Comía poco, pero comía; conversaba lo mínimo, luego un poco más, sobre diferentes cuestiones, menos sobre La Tragedia: el clima, la escuela —a la que no había regresado aún—, sus amigas —que le escribían insistentemente al celular—, la telenovela vespertina que empezó a ver con mamá, sobre el futuro, sobre la posibilidad de regresar al colegio. Conmigo hablaba de sus proyectos y de los míos. Decía que quería hacer muchas cosas en la vida, que la quería disfrutar al máximo y, entonces, me daba cuenta de que vio la muerte muy de cerca. «¿Qué te pasó, hermanita? ¿Qué te pasó?», preguntaba en mi mente. Nunca me atreví a decirlo en voz alta para no descompensarla.

Segunda parte

Fábrica de lenguas muertas

A Damián lo conoció por Érika, igual que a Lorena, a Esteban, Elizabeth, en fin, a todo el equipo de rodaje. A Érika, en cambio, la conoció por obligación, se hizo su amigo por obligación, porque crecieron juntos, cómo no, por obligación. No tiene relevancia contar aquí que sus madres eran muy amigas, tan amigas que decidieron embarazarse al mismo tiempo, vivir, primero, en el mismo edificio; luego, en la misma casa y llevar a sus hijos al mismo colegio, a los mismos

parques y a los mismos destinos en vacaciones. Así pues, aunque eran tan diferentes el uno del otro, crecieron como amigos, casi hermanos, de la única manera en que hubieran podido serlo. Si, al contrario, se hubieran conocido años más tarde, luego de su nacimiento, se hubieran detestado, por lo menos ignorado, gracias al carácter alegre de Érika y a lo ermitaño que era Mario.

Es difícil pensar qué lo llevó a tal estado psicológico. Su madre, aunque divorciada, le brindó amor y, a menos que crecer sin padre lo hubiera traumatizado, no hubo, en la infancia de Mario, un evento significativo que lo llevara a retraerse en sí mismo. Además, y aquí hay que decirlo, si criarse sin padre hubiera sido la causa, la mitad de la población estaría traumatizada. De ese modo, Mario, que en realidad no se llamaba Mario sino Camilo, pero llamémosle así por su parecido con Mario Bross: no hablaba con nadie más que su mamá y Érika, a veces también con la madre de Érika.

Salía únicamente cuando era día de filmación o cuando su amiga lo obligaba a acompañarla, bien al centro comercial, a comer un helado o a tomar una cerveza. De resto, se atrincheraba en su habitación, encendía su Xbox y jugaba Halo o GTA o veía películas —le gustaban las de Pasolini, Spasojević y Deodato, principalmente— o se sumergía en los libros de Bram Stoker, Lovecraft, Shirley Jackson, Gaston Leroux y, en especial, de Maurice Level. De hecho, aprendió francés, un francés fluido, en menos de tres meses, para leerlo en su lengua original.

Es necesario que nos pongamos en contexto. Mario era el camarógrafo de un cortometraje que Érika producía. Como se sobreentiende, ella era cineasta y él, su asistente. Pasó por varios cargos hasta que demostró habilidades con la cámara. El corto, además, le gustaba, porque se acercaba mucho a sus intereses: una historia de horror con escenas de sangre, zoo-

filia y maltrato infantil. Era un cóctel de muchas de las perversidades de Mario en menos de quince minutos de filme. Por esa razón, debemos entender por qué Mario, muy contrario a su costumbre habitual, se hubiera inmiscuido tanto en la grabación del corto, incluso más allá de sus funciones.

De hecho, Damián pensó de él, cuando lo conoció, que era un gran tipo, amable, conversador, propositivo. «Te presento al escritor», le dijo Érika. «Mucho gusto —respondió Mario y le dio la mano a Damián—. Tengo algunas sugerencias respecto a los diálogos que me gustaría que escuchara. Quizá nos podamos tomar ahora un café y conversar». Así lo hicieron y a Damián le agradó la pasión con la que Mario hablaba de los encuadres, la fotografía del filme, algunos detalles en el guion y las escenas. Nimiedades en realidad, pero que para Mario significaban mucho.

Esto ya se lo dije a Érika —le explicó Mario a Damián—. Quizás a usted lo escuche más, pero Lorena... ¿Quién es Lorena?, preguntó Damián. Ella, señaló, la de cabello crespo. ¿La actriz? Sí. Ella, le decía, no me gusta para el papel de Eleonora. ¿Por qué no? Porque es fea. Damián se rio. Ella no es fea, para nada. Está bien, no lo es, continuó Mario, pero Eleonora, la protagonista —sí sé quién es—, tiene una belleza casi divina. Es blanca, de pelo lacio lacio y negro, piel tersa, jovencita y una figura muy bien moldeada. Lorena, bueno, es morena y crespa. De verdad, creo que no encaja con la historia. Mario se contentó cuando Damián le dijo que se lo diría a Érika y que tenía razón —aunque no creyó realmente que tuviera razón—.

Esa noche, en el claustro de su habitación, tal como hacía antes de dormir, Mario cerró la puerta con seguro, encendió el computador y se bajó los pantalones hasta las rodillas. Entró, como de costumbre, a las páginas porno que conocía, que no eran pocas, y se empezó a tocar con timidez, mientras encontraba alguna imagen que le llamara la atención. Es difícil

entender el proceso mental que lo llevó de ver las escenas más explícitas a pensar en Lorena y cuánto le desagradaba que representara a Eleonora. Quizá porque en una escena vio a una mujer siendo montada por un perro y aquello le recordó al corto. Quién sabe. El caso es que pensó en Lorena y pensó en que Eleonora debía ser interpretada por otra persona.

Buscó alguna actriz que se pareciera a su Eleonora, a la de su imaginación, para verla de perrito, mientras un hombre grande pujaba tras ella. La buscaba blanca, de pelo negrísimo y piel tersa, como ya dijimos, pero, además, aunque Mario no sabía exactamente cómo se vería ello, la buscaba con cara de inocencia, transparente, ingenua. La buscaba también joven. No vale la pena recorrer los pensamientos y el sentimiento de frustración de Mario al no encontrar una actriz o *amateur* que llenara sus expectativas. Por más maquilladas y vestidas de colegiala que estuvieran, el pasar de mil hombres —o mujeres o animales, los gustos de Mario no tenían límites— por sus camas les borraban la inocencia.

Cerró sus páginas y entró al ya inutilizado Hi5. A Mario nunca le gustó el nuevo Facebook, al que todos migraron, sino que se quedó en la fortaleza de esta red social, donde se sentía seguro, aunque ya nadie la usara para nada. Esto, dicho así, puede parecer una nimiedad, pero es importante para entender cómo era Mario. No le gustaba lo nuevo, odiaba salir de su zona de confort. De hecho, si no es porque iba a morir en poco tiempo, hubiera usado Hi5 hasta que, años más tarde, lo cerraran definitivamente. Hubiera caído en depresión y no saldría de su habitación por mucho tiempo. Pobre Mario. Al menos, como dijimos, no ocurrió, porque apareció muerto en la fábrica de La Única un par de meses después.

Decíamos que entró a Hi5 y buscó, en los contactos que tenía, fotos de chicas que se parecieran a su Eleonora. Las fotos eran viejas y olvidadas, propias de una red social que tenía una docena de usuarios activos en todo el mundo. Se veían adolescentes, jóvenes, blancas, pelinegras, con un corte emo, que en la época era moda, pero que Mario detestaba. Buscó espacio: no encontró nada. Al final, con la erección casi abajo, apagó el computador y se acostó. Cerró los ojos y, por primera vez desde que tuvo acceso a Internet, utilizó la imaginación para darse placer. Pensó, como es obvio, en su Eleonora.

El ritual de onanismo se repitió varias noches, no muchas, hasta un día de grabación en que conoció a Mónica. Damián fue al set de paso, a conversar con Érika sobre el nuevo guion, algo breve, y se llevó a su hermana que justo salía del colegio. Mario la vio con su falda café de cuadros hasta las rodillas, su chaqueta marrón y chaleco naranja. «Qué uniforme tan feo», pensó, pero pronto su juicio se diluyó cuando la miró a la cara. Cerró los ojos, apartó la mirada y volvió a observar con detalle. Además de las ya mencionadas cualidades, Mónica era, para Mario, el más fiel retrato de Eleonora. No solo eso, sino que, además, era la protagonista de su imaginación nocturna.

Se preguntó, como sería lógico preguntarse en esos casos, si acaso la conocía de algo; si se la había encontrado en algún momento o al menos había visto su foto, de modo que quedó grabada en su cerebro y el subconsciente la trajo en sus ensueños. Reflexionó, hizo memoria, concluyó que no, aunque eso uno nunca lo puede saber a ciencia cierta. Cuánto de lo que hemos vivido no lo recordamos y cuánto de lo que recordamos no lo hemos vivido.

La visita de Damián, y por ende de Mónica, fue breve. Apenas unos minutos. Fue tan corta que a Mario le pareció que lo que le haya dicho a Érika, fuera lo que fuera, hubiera

podido decirse por teléfono. ¿Tan rápido se va?, le preguntó Mario cuando Damián pasó a despedirse. Solo le quería mostrar el set a Mónica, que estudia aquí cerca. «Claro, ese uniforme tan feo ya lo había visto antes», pensó. A unas cinco cuadras, si no es que menos, estaba el colegio Santa Inés, colegio solo de mujeres, y a esa hora era la salida.

Mario, como ya hemos dicho, vivía en su propio mundo y no solía prestarle atención a los detalles de afuera. Si ahora, en cambio, lo percibimos sociable, atento y detallista, es porque, como han de suponer, el encuentro con Mónica le despertó una sensación hasta el momento desconocida. Mónica le dijo chao con un movimiento de manos y una sonrisa coqueta —coqueta para Mario, amable para los demás—. Chao, respondió él, con el corazón en la garganta. Se le quedó mirando: el pelo le llegaba hasta la espalda; la falda cubría los muslos; las piernas delgadas, blancas, largas, llevaban las medias arremangadas hasta la mitad de la pantorrilla. Sus pasos le parecieron delicados y pensó que, como Eleonora, podía llegar a ser la mujer más perversa en la intimidad.

Esa noche, y las que le siguieron, Mónica fue la protagonista de las ensoñaciones onanistas de Mario. La idea de que una mujer tan dulce pudiera hacer las peores cosas, lo excitó como nunca. La imaginó, por dar algunos ejemplos, sobre un hombre grande, enfurecida, cabalgando; de rodillas, en medio de varios sujetos desnudos, complaciendo a uno y otro sin descanso; en una orgía como centro de atención; siendo montada por un perro, uno grande, un pastor alemán; y muchas otras escenas que incluso a mí, un narrador omnisciente sin emociones ni voluntad, me asquean de tal modo que me rehúso a reproducir aquí.

Por primera vez, abrió una cuenta en Facebook. No se nombró Mario, ni Camilo, sino Kartu Garansi, por la tontería de que fueron dos palabras que encontró en un manual de instrucciones mientras pensaba qué nombre usar. Tampoco

usó una foto suya de perfil, sino que descargó una imagen de Vegeta y la subió. Aunque el crecimiento de la red social era exponencial, todavía era común que, en especial los adolescentes, usaran nombres extraños e imágenes de anime.

La interfaz, más por costumbre y prejuicio, le pareció sosa y sin vida, pero se sorprendió cuando, al teclear el nombre de su casi hermana, Érika, encontró tantas con el mismo nombre y tan activas en la red. Luego, la encontró a ella: Érika Pineda. Era un perfil recatado, con pocas publicaciones sobre cine, su opinión sobre una que otra película, una crítica que giraba alrededor de la industria cinematográfica en el país, *trailers* y notas de prensa. Su foto la mostraba de espalda, junto a una palma de cera.

Él, recordó, tomó esa foto. Fue en el Valle del Cocora, una tarde que lo obligaron a ir de viaje familiar. Es una buena fotografía, pensó, y sucumbió ante una especie de orgullo. Miró la foto de nuevo. Intentó reprimir la excitación que le provocó ver las nalgas de, llamémosla, su «hermana», de ahora en adelante, porque así se criaron y así se veían el uno al otro. «Qué culazo», pensó, pero desvió luego la mirada. Nunca se lo había dicho, aunque ella sí a él, pero la quería y era, con total certeza, la única persona en la que confiaba.

La voz de Érika en la sala lo sacó de sus pensamientos. No se podía distraer. Su objetivo, encontrar a Mónica, era claro, incluso, creyó él, fácil. No se equivocó. Buscó a Damián en la lista de amigos de su hermana. «Damián Mirlo». Tenía el dibujo de una mujer desnuda, atractiva y con gafas, que leía un libro, como foto de perfil, con una descripción que decía «Intelligence is sexy». Le pareció un intelectualoide de mierda, aunque no quiso indagar más en su cuenta. Fue directo a su lista de amigos: «MoNiKhAa GuTiErReZ».

La tipografía del nombre, como recordarán los que vivieron su adolescencia en esa época, correspondió a una moda

entre los jóvenes. La obsesión no era únicamente por los nombres, sino que toda publicación, chat o comentario, debía incluir, de carácter obligatorio, la combinación aleatoria de mayúsculas y minúsculas, así como el uso excesivo de haches y zetas. Escribías así, o no eras popular. Estas reflexiones, claro está, son posteriores. Mario no tuvo tiempo de pensar en la tipografía porque, primero no le interesaba y, segundo, era tan normal que se daba por hecho, incluso desde la época del Hi5.

Mónica sí tenía fotografías de ella: una con sus amigas como foto de perfil, ella sola en su cama, en la calle, en el parque, en el colegio. Eran muchas, pero ninguna mostraba más de la cuenta, como a Mario le hubiera gustado descubrir. Se conformó con las fotos en las que llevaba puesta la falda del colegio, en las que se le veían las piernas, solo un poco, apenas encima de las rodillas, y una en la que vestía un esqueleto que le dejaba ver los hombros y el pecho. Las descargó en su computador, en la carpeta privada que creó con su pornografía favorita, y las estuvo repasando una y otra vez. Se bajó los pantalones, se acarició hasta terminar, no más de treinta segundos, en los que se imaginó a Mónica en la figura de Elenora, mientras era montada por un pastor alemán.

A pesar de lo poco convencionales, y quizá grotescas, de sus fantasías, Mario se conformaba con ellas y únicamente con ellas. Unos meses atrás, en el cumpleaños de Érika, tuvo la posibilidad de besar y acostarse, o violar, a una de las amigas de su hermana. A ver, no me refiero a violarla a la fuerza, sino como consecuencia del alcohol en la sangre de la muchacha. A la una de la mañana, cuando Mario estaba encerrado en su habitación jugando Halo, la mujer entró. Por indiscreción de Érika, se enteró de que Mario no solo era virgen, sino que nunca había besado a nadie.

La escena, vista por un espectador imparcial como yo, resultaba tragicómica. Mario se quedó pasmado mientras era

levantado, como títere, de su silla y vuelto a sentar en la cama. El estado de la mujer era lamentable: aún tenía restos de vómito en su boca. Así y todo, besó a Mario en el cuello y luego en la boca, mientras lo tocaba por encima del pantalón. Él se dejaba hacer, aunque no correspondía el beso por no saber cómo. Cuando sintió que el bulto del pantalón estaba endurecido, bajó la cremallera, el pantalón y el bóxer, hasta dejar a la vista un pequeño tronco en medio de un arbusto frondoso. Ella lo agarró con los dedos en un vaivén que, por poco, lo hace acabar. Descendió despacio, por su pecho, luego el abdomen, hasta alcanzar su miembrito, que se asomaba tímido entre la maleza. Se lo llevó a la boca. No se sabe si fue el alcohol, el olor a rancio o el esmegma abundante, pero la mujer dio unas arcadas y vomitó en el suelo.

«Sigue tú», le dijo cuando se recompuso un poco. Se quitó la blusa como pudo y se bajó el pantalón, tanga incluida, hasta las rodillas. Finalmente, se recostó y se quedó dormida. A pesar de la fuerte erección de Mario, y de que por primera vez observaba unos senos y una vulva en persona, no la tocó. Se sentó en su silla *gamer* y se masturbó hasta acabar. Llamó a su hermana y le dijo que su amiga, de quien nunca supo el nombre, entró como loca y que lo quería violar. Usó esa palabra, medio en broma, medio en serio, y Érika se echó a reír.

Por eso era poco probable suponer que Mario se aproximara a Mónica de alguna forma, ni de saludo, pues con total certeza se hubiera quedado pasmado algún día que ella le dirigiera la palabra. Hola, mucho gusto, diría Mónica. Él la ignoraría, sin decir ni una sola palabra, y ella pensaría que el tipo, casi enano y grasoso, era un maleducado, sin sospechar que se moría por dentro; sin embargo, y pese a toda lógica, que suele perder la guerra contra la pasión, Mario la esperó al día siguiente a la salida del colegio.

Era una casualidad no tan grande —de esas que ocurren en las ciudades pequeñas— que el estudio de filmación quedara en el barrio Milán, igual que el colegio de Mónica, a unas pocas cuadras. Aunque hasta el momento no le había interesado, sabía muy bien el horario de salida de los estudiantes, pues, justo a esa hora, 4:30 *p. m.*, el barrio tranquilo y silencioso se convertía en caos por unos minutos que parecían eternos. Érika aprovechó ese horario e institucionalizó un receso.

Mario salió sin decir nada, como lo hacía de costumbre. De quedarse, estaría obligado a socializar o, al menos, a apartarlo; es decir, quedarse en silencio junto a un grupito que hablaba de quién sabe qué cosas. No lo hubiera soportado, así que cuando salió a la calle, nadie supuso otra cosa diferente a que iba por un tinto con tres cucharadas de azúcar. Caminó rápido, casi corrió, hasta el frente del colegio. Algunas niñas salían y poco a poco la masa fue aumentando. «Qué feos uniformes», volvió a pensar. Compró un café, lo endulzó y se sentó a contemplar las niñas que salían, no distinguía por edad, mientras esperaba a su Eleonora. Solo quería verla unos instantes, alimentar su imagen y así alimentar sus fantasías.

Mónica salió acompañada de una amiga. Reían. Ambas llevaban la falda marrón hasta las rodillas, la camisa y la chaqueta puestas, a pesar de que, aunque no hacía calor, el sol golpeaba fuerte a la cara. La amiga se despidió de Mónica con un abrazo y se subió a un pequeño bus que la llevaría a su casa. A Mario casi se le para el corazón cuando vio que Mónica atravesó la calle y se dirigió hacia él. No la miró de frente ni se encontraron sus ojos, pues él desvió la mirada y se ensimismó en el café. «En cualquier momento me saludará», pensó. ¿No eres tú el que trabaja con mi hermano, con Damián?, diría. ¿Qué haces acá?, ¿por qué no estás en el estudio?

¿Viniste a espiarme? Eres un perverso. Qué asco me das. Eso le diría, sin duda, supuso Mario.

Casi le explotó el corazón esos segundos, mientras ella caminaba hasta él. Gotas de sudor grasosas le resbalaban por las sienes, las manos se le humedecieron. Al final, la curiosidad le ganó, al notar que Mónica no se acercó. La buscó con la mirada y la vio subiendo a un bus. Aunque a todas luces Mónica no se percató de la presencia de Mario, ni lo hubiera reconocido si lo mirara a la cara; es decir, no había ningún riesgo de ser descubierto entre la multitud de padres de familia que esperaban a sus hijas, Mario prefirió tomar precauciones.

Regresó al set de grabación, no había terminado el receso, y fue directo al cuarto de utensilios. No necesitaba mucho. Quizá un sombrero, una barba falsa, en ningún caso solo un bigote —eso le hubiera agregado el Bross a su apodo—, o unas gafas de sol. Además, cambiaría su ubicación. Ya sabía que Mónica cruzaba la calle para tomar el bus, así que era mejor observarla desde más lejos, a un costado. Eso le bastaba.

En realidad, Mario solo deseaba verla todos los días, con eso era suficiente, sus piernas largas, su cara inocente, el pelo negro que le caía por la espalda y brillaba con la luz del sol. No era, como uno podría suponer, una obsesión sensual —sexual sí, porque las prácticas onanistas de Mario se dedicaron exclusivamente a Mónica—, ya que, dentro de sus deseos, no se encontraba tocarla ni hacerle el amor. Incluso, si queremos psicoanalizar a Mario, la atracción que sentía no era, en realidad, por Mónica, por la hermanita del guionista, sino por Eleonora, que era encarnada por ella.

Cuando la veía salir del colegio, no pensaba que se iría a su casa a ver televisión o a hacer las tareas, como en efecto ocurría, sino que, como Eleonora, visitaba a uno de sus múltiples amantes, o a varios de ellos al mismo tiempo, en orgías

de todo tipo, con hombres altos, bajos, negros, blancos, gordos, jóvenes, viejos; con mujeres igual de «inocentes como ella»; con perros grandes que la montaban uno tras otro. Si alguien le hubiera preguntado, cosa improbable, porque nadie sabrá nunca de sus fantasías, Mario, ¿y a vos te hubiera gustado participar en esas orgías?, o ¿a usted no se le antoja también tocarla, penetrarla?, Mario hubiera dicho que no. Su respuesta, si fuera sincera, es que prefería verla y disfrutarla siendo perversa.

Los siguientes tres días, en el receso de la filmación, Mario se escapó a observar a Mónica. Lo disimulaba durante toda la tarde, pero lo carcomía la ansiedad. Miraba constantemente el reloj. Érika, que lo conocía bien, lo notó extraño, solo un poco, pero también sabía que era mejor no preguntarle nada. Si algo le pasaba, tendría que ser él quien se acercara a contarle. Los tres días pasaron sin que ocurriera algo relevante. Mario, con barba postiza y gafas de sol —descartó el sombrero, porque ya nadie lo usaba—, se quedó a un costado, mientras Mónica salía del colegio y se iba, distinto a lo que supuso Mario, caminando en dirección a su casa.

Aquello le brindó una gran satisfacción a él, pues no tendría que observarla solo durante los minutos, mientras se despedía de sus amigas, cruzaba la calle y agarraba el bus, sino que la acompañaba desde lejos, unas cuantas cuadras, hasta llegar al set. El viernes solo tuvo que trabajar en la mañana. Érika lo había establecido así para que los foráneos pudieran viajar temprano y estar más tiempo en sus pueblos. Mario dedicaba los viernes a jugar videojuegos, por lo menos antes de conocer a Mónica, por lo que fue extraño para su madre y la madre de Érika —que no lo hemos dicho, porque es irrelevante, pero si alguien se pregunta por la extrañeza de la relación de ellas, debo aclarar que eran pareja y que lo empezaron a ser en una época donde sintieron la necesidad de ocultarlo—, que este les dijera que saldría a caminar.

¿Para dónde vas?, preguntó su mamá, algo extrañada. Al centro comercial, respondió sin titubeos. No nos puede parecer extraño que Mario saliera tan confiado, pues, aunque simple, reflexionó durante casi una hora la coartada de su salida. Primero, le pareció un exceso coger un bus, cosa que nunca hacía porque su hermana lo transportaba. Viajar veinte minutos, y otros veinte de regreso, para ver a una niña salir de la escuela y caminar unas cuadras, era un exceso.

En ese tiempo, pensó, podía dormir, hacerse una paja, ver un par de capítulos de One Piece o terminar la campaña de AOE II. Esta idea le pareció irrefutable y, en la privacidad de su habitación, se desnudó de la cintura para abajo con el fin de dejar de pensar en Mónica, luego de pensar demasiado en ella. La cura, dice el refrán, fue peor que la enfermedad. A pesar de haber manchado el tendido abundantemente, la erección se negó a desaparecer y la excitación, al contrario, aumentó.

Sus fantasías podrían tornarse más potentes si luego de verla en su mente como la puta más puta, la viera en vivo y en directo en su uniforme de colegiala. Esta idea, aunque se hubiera podido refutar con facilidad, se incrustó en Mario. Al fin y al cabo, estamos hablando de un pospuberto con el pene en la mano y los ojos puestos en una sola persona.

Hoy es el día en que desaparece Mónica. En el bus, asomado por la ventanilla, Mario vio a Damián caminando junto a Tatiana, qué cosa más extraña, pensó, ¿qué hacen aquí esos dos? Supuso entonces, y con razón, que, aunque no hubiera grabación, algunas cuestiones de guion y vestuario habían sido discutidas en el set. Puta madre, el disfraz. Cayó en la cuenta de que le tocaría estar sin él. Damián y Tatiana desaparecieron a la velocidad con la que se movía el bus. No podía arriesgarse a entrar al estudio, porque Érika podía seguir allí. Con ella nunca se sabía.

No vio el carro de su hermana cuando pasó por allá, aunque también era cierto que le gustaba dejarlo a varias cuadras, lejos, que nadie lo viera. Si entraba y ella estaba todavía, ¿qué le diría?, ¿qué iba por una barba y gafas de sol de utilidad? Imposible. ¿Para qué lo necesitas, Camilo? ¿En qué estás metido? Yo te conozco, soy tu hermana o tu amiga, lo que sea, qué confuso siempre ha sido nuestra relación, pero soy la persona que mejor te conoce y sé que estás en algo extraño. Camilo, háblame, dime algo. Por eso no se podía arriesgar. No tenía tiempo ni paciencia para soportar el sermón de su hermana. Era muy comprensiva, pero no podría decirle nada.

El cielo estaba gris cuando Mario se bajó del bus, a dos cuadras del colegio. No podía arriesgarse a que lo vieran — ¿quiénes? — bajarse ahí exactamente. Creyó que sería muy sospechoso, aunque, en realidad, no lo era en absoluto. Caminó hasta la esquina del colegio, aún faltaba media hora, así que se sentó en la tienda y pidió un tinto. Como toda tienda que vendía café, tenía en la calle mesas metálicas para que los clientes se sentaran a pasar el rato, mientras tomaban tinto, jugo, cerveza, y comían una empanada o un buñuelo. Sabía que el tiempo pasaba muy despacio cuando uno espera, no era tonto, así que sacó un libro de su morral.

Aunque Maurice Level siempre lo había satisfecho, sus *Contos crueles* ahora no le parecían tanto, más cercanos a una leve caricia, literatura rosa para niñas. Buscó su cuento favorito, «El reloj» y, aunque comprendía la tortura psicológica de dos amantes que esperan la hora de su ejecución, y el sonido estremecedor de las manecillas del reloj, del tic, tac que suena y retumba, a Mario le faltaba más: el despellejamiento vivo de un pobre hombre, como leyó en «Réquiem en Ex Mayor»; la decapitación de un amante, como en «La Perversidad del sueño»; sexo sucio y zoofílico, como en «Retrato Post-mortem», donde aparecía su amada Eleonora.

¿La amaba en serio?, se preguntó Mario. ¿Era posible amar a un personaje ficticio? Ustedes, como lectores, y yo, como narrador imparcial, diríamos que no, que es imposible, pero en la mente de un gordo virgen tenía todo el sentido. La amaba, sin duda, por su belleza, su ternura, pero, a la vez, por su perversidad. Era inteligentísima, claro, porque para hacerle creer al mundo que era un pan de Dios se necesita mucha habilidad. Era fuerte, con carácter, aventada y por eso le gustaba, pero la amaba, sobre todo, porque le había brindado más satisfacciones que ninguna otra *persona*.

Al final, no leyó «El reloj», solo unas líneas iniciales, sino que se perdió en sus reflexiones hasta que escuchó el timbre de fin de clases. Ese día, a pesar del cielo oscuro y el aire frío, las estudiantes salieron con un aire más festivo, con sus rostros más sonrientes, sin duda por el fin de semana que ya iniciaba. Mónica salió del edificio junto a dos de sus amigas. Llevaba la falda de cuadros marrón y la chaqueta bien cerrada del mismo color. «Mi Eleonora», suspiró Mario cuando la vio.

Sus compañeras vestían igual, de rostro fino y piernas delgadas ambas, una más alta y otra más baja, no mucho, que Mónica, pero eran detalles que a Mario no le interesaban. Pagó el café deprisa y se quedó observando la escena: las tres muchachas charlaban y reían y cotilleaban y se despidieron de una profesora que pasó por un lado y luego de otra compañera que esperaba el bus y caminaron las tres por la ruta de siempre.

El paso de las muchachas era lento y Mario lo sintió. Avanzaban sin prisa, como si no tuvieran que llegar a ningún sitio, como si no les importara más que permanecer juntas todo el tiempo posible. Mario se ajustó la chaqueta. Se aproximaba la lluvia y no llevaba sombrilla. «Ojalá no llueva», pensó. Y si lo hacía, ¿qué? ¿Dejaría de seguirla? De ninguna manera. Más bien, le preocupaba que las tres entraran a un

café a resguardarse del agua, lo cual dificultaría mucho su misión.

En este punto, como se ha de notar, Mario había tomado la decisión de seguir a Mónica todo lo que fuera posible, no solo hasta el estudio. No había, como en otros días, prisa por regresar al set de grabación ni por cumplir un horario para evitar sospechas, aunque, como ya dijimos, nadie vería en la actitud de Mario nada extraño, pues es difícil hallar lo raro en la rareza.

Hubo un obstáculo que tuvo que enfrentar. Era probable que Érika siguiera en el estudio y, aunque la probabilidad era escasa, no podía arriesgarse a pasar por ahí, despacio como iba, y que se la encontrara mientras salía a buscar su carro. De nuevo, llegó a él el posible interrogatorio al que lo sometería, más o menos similar al anterior, interrogatorio para el que no tenía paciencia ni tiempo de responder. Así pues, tomó la decisión más simple y obvia que se le ocurrió: rodeó toda la manzana, a paso rápido, casi al trote, lo que le provocó que sudara como marrano hasta la otra esquina. Una señora, que se resguardaba de la lluvia, se rio al ver correr a un gordito cuesta arriba y todo sudado.

Tomó aire cuando regresó a la calle principal, miró a ambos lados y no encontró a Mónica. «Jueputa», dijo. No le importó la lluvia intensa ni el hedor de su cuerpo, como a grasa de cerdo, sino que se quedó de pie, junto a un poste de luz, a la espera de su Eleonora. Sus cálculos no podían fallar: caminó, trotó o corrió, tan rápido que tuvo que llegar antes que ellas. A menos, claro, que corrieran por culpa del aguacero que ahora caía.

Mario esperó, a veces alentado, a veces decepcionado por sus pensamientos, hasta que vio caminar a Mónica hacia él en medio de la lluvia. El pelo empapado colgaba hasta los pechos y su mirada, aunque algo difuminada por la lluvia,

parecía sin vida, enfocada en su paso. Iba sola. Mario se petrificó cuando la vio tan cerca de él, como si hubiera aparecido de la nada. Tampoco se movió cuando pasó por su lado, casi rozándolo, con el paso firme y sin prestarle atención. Mario tardó en reaccionar, se espabiló un poco, y continuó al ritmo de Eleonora sin importarle nada.

Atravesaron todo el barrio de Milán. En la BBC, vio a Damián y a Tatiana que tomaban cerveza. «Estos dos qué», pensó sin darle más importancia. Eleonora pasó junto a ellos. Ni ella los miró ni su hermano a ella. Estaba tan embobado con los senos de su acompañante, que perdió la noción de la realidad. De Tatiana no podemos decir nada porque, aunque la vio una vez, con dificultad la hubiera reconocido. Luego, pasaron por El Cable, la zona rosa, atravesaron La Santander, veinte minutos a pie, hasta llegar al Parque Fundadores.

La lluvia caía monótona, fuerte, pero sin dar señales de querer cesar. Mónica giró por una calle abajo, hacia Linares, lo cual tomó desprevenido a Mario y lo regresó a la realidad. Mil pensamientos y preguntas llegaron a él, como si hubieran esperado todo este tiempo para aparecer. «¿Vive tan lejos? ¿Camina todos los días hasta acá? ¿Qué pasó con sus amigas? ¿Cuál es su prisa en llegar tan pronto? ¿Le habrá ocurrido algo a Eleonora mientras no la observé? ¿Por qué no saludó a Damián?». Y muchas más preguntas que no transcribo para no saturar al lector.

Bajó la calle empinada muy cerca de Mónica. En ese punto, parecía importarle poco la distancia. Todo el camino, ella no regresó la mirada ni giró la cabeza, aun al cruzar la avenida. Llegaron al cuartel de la policía, en el que no se veía ni uno solo, caminaron otra cuadra, doblaron a la izquierda y llegaron a la antigua fábrica abandonada de La Única. La fábrica ocupaba dos manzanas y, hasta donde se sabía, estaba en desuso. No era que Mario pensara con frecuencia en el lugar, solo lo veía desde el cielo cuando viajaba en Cable Aéreo,

pero pensaba que, seguramente, algunos indigentes lo habían ocupado para vivir.

Mónica rodeó la fachada blanca, desgastada por el tiempo y con algunos grafitis a su paso, dobló la esquina, se perdió por unos segundos de la mirada de Mario y, cuando él pudo doblar también, vio apenas su falda y pie que ingresaban por una puerta de madera, que luego se cerró. No basta ponernos en los zapatos de Mario para entender sus siguientes movimientos. Ni él mismo entendía por qué tenía una erección como piedra que, si no fuera por el tamaño, se le hubiera notado sobre el pantalón.

Como si no corriera riesgo su vida, cosa que ni se le pasó por la cabeza —en realidad, estaba como cegado—, caminó hasta la puerta e intentó abrirla sin éxito. No podía golpear, eso ni pensarlo, debía entrar con cautela, sin ser descubierto para no llamar la atención. Si Mario no estuviera como estaba, con el corazón a mil, la sangre en el vientre y la adrenalina por las nubes, se hubiera detenido en la esquina y regresado a su casa, mientras se preguntaba qué putas podía hacer una niña de quince años entrando en una fábrica abandonada. Pero si lo vemos desde los ojos de este Mario, era su obligación artística seguirla, pues en su cabeza no seguía a la hermana de Damián, el guionista, sino a Eleonora, la verdadera. «Ella no es Mónica —hubiera dicho—, es Eleonora».

El ruido de la lluvia se confundió con un susurro que le llegó al oído. Junto al arbusto, escuchó. Miró a un lado, al otro, y vio un arbusto frondoso que ocultaba una pequeña ventana sin vidrio. Caminó hasta allá, no era grande, pero con algo de esfuerzo, incluso él y su barriga entraban por ahí. Se deslizó de frente y cayó cabeza abajo, sin hacer ruido, del otro lado, en una especie de vueltacanela. Se limpió el polvo de la cabeza, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

El sonido externo menguó y, de a poco, pudo escuchar algunas risas, gritos y respiraciones agitadas de más adentro de la fábrica. Mario recorrió las paredes húmedas y desgastadas por el tiempo, pegado a ellas por temor a ser descubierto o tropezar con algo y, aunque la oscuridad no era total, se dejó guiar por sus oídos, que lo condujeron, primero, a otra habitación amplia y, después, a otra, desde la que se quedó observando la escena que le impactó, pero que luego lo obligó a bajarse los pantalones.

El salón era iluminado por algunas pocas velas que ayudaban a distinguir la silueta de las personas. Seis hombres desnudos, cuyos rostros no se reconocían desde la posición de Mario, rodeaban a Eleonora que, también desnuda, recibía sobre una mesa todo el vigor de un pastor alemán. No pasaron más de treinta segundos hasta que el perro se descargó dentro de ella y se retiró para que otro de los hombres, grande, fornido, con un miembro que ni en películas porno había visto Mario, tomara su lugar.

Eleonora gemía y gritaba, difícil saber si de dolor o de placer, mientras los hombres comentaban en un lenguaje o lenguajes que Mario desconocía. Hablaban, aunque esto nunca lo supo él, en latín, en hebreo y griego antiguo e incluían palabras y frases que, incluso a mí, me cuesta reconocer su origen. Eleonora también, aunque poco dijo, mencionó una frase en hebreo que significaba algo como «quiero más». Lo dijo y el hombre la levantó, se acostó en el catre y la puso encima. Otro hombre se paró detrás de ella e insertó, no sabemos por cuál agujero, su miembro.

Como esto no es una historia escrita por el Marqués de Sade, no quiero entrar en detalles, detalles que me asquean. Basta con decir que aquella faena duró más de una hora en la que Eleonora cambiaba de posición, arriba, en cuatro, misionero con el insaciable pastor alemán, hasta quedar pegajosa por la saliva, sudor y semen. Mario se masturbó todo el

tiempo, hizo un esfuerzo sobrehumano por no terminar, y no acabó sino hasta que el último hombre se satisfizo y se retiró de la habitación.

Como si con aquella descarga se hubiera liberado de un demonio que lo incitaba a la perversidad, la mente se aclaró, se subió el pantalón y se preguntó, por primera vez con pánico y miedo, qué estaba haciendo él ahí. Quiso salir corriendo, «¿quiénes eran ellos? ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Cómo era posible que Mónica...?». Echó un último vistazo a la habitación. Su Eleonora seguía sobre la cama, descansando, con la respiración agitada. En un ataque de valentía, propio de los cobardes cuando alguien insulta a su amada, Mario corrió hacia ella para saber si estaba bien y llevársela a su casa.

Pese al hedor de los fluidos, y a que traía el cabello tieso, Mario retiró el pelo que le cubría el rostro. Mientras lo hacía, acción que no duró más de un segundo, pensó en darle un beso, despertarla y ayudar a que se levantara y se fuera con él. La bañaría, le daría un chocolate caliente con queso, quizá una arepa si tenía hambre, y ella se enamoraría de él. Le descubrió el rostro y, sin embargo, eliminó todos sus anhelos en un instante.

Tú no eres Mónica, gritó, eres un monstruo. La mujer, con la ropa y cuerpo de Mónica, tenía en su rostro las cicatrices, granos y arrugas de una persona que lo ha vivido todo. La nariz era gorda, tenía ojeras marcadas y profundas, le faltaban tres dientes y los demás eran amarillos, hediondos como su boca, que olía a cañería, y que obligó a Mario a retroceder y a taparse la nariz. Tú no eres Mónica, repitió. La mujer se rio, se levantó y se acercó a él. Ella se está tomando un chocolate caliente en este momento, dijo. Su voz era gruesa, con el tono propio de los que llevan décadas fumando, bebiendo, trasnochando.

Mario, como cuando la vio la primera vez, cuando pasó por su lado, se petrificó. Su mente pedía a gritos que corriera, pero le fue imposible. Debo agradecértelo, continuó ella. Nunca nadie se había obsesionado tanto conmigo como para invocarme.

Eleonora, no Mónica en la mente de Mario como Eleonora, sino Eleonora, acarició la cara de Mario con ternura. ¿Recuerdas cuando me pediste matrimonio?, continuó ella. Lo hiciste una noche antes del orgasmo, mientras pensabas en mí. A Mario le salió una lágrima. Pues acepto. Se acercó y le dio un suave beso en los labios.

Tercera parte

Han pasado ya varios años desde que escribí la primera parte de este relato. Es verdad: edité y publiqué *Fábrica de lenguas muertas* en un pequeño tiraje que yo mismo financié, ay, luego de cuántos meses de ahorrar. Pero también es cierto que ese libro, que solo compraron mis amigos y familiares más cercanos, lo que no me permitió recuperar ni la mitad de la inversión, lo envié por decenas a librerías de segunda, con la esperanza de que llegara a nuevos lectores.

La película no se realizó. Mi relación con Érika se tornó extraña cuando leyó el manuscrito. No es, me dijo, lo que yo esperaba. Me quedé en silencio, atento a una explicación. No la hubo. La leeré a detalle y hablamos. Nunca volvimos a hablar del tema, ni yo quise presionarla. Después entendí que, al menos, debí cambiar el nombre de Mario, Érika, Mónica, de mí mismo. Quizás así se hubiera ofendido menos.

Ya no importa. Han pasado diez años, no sé dónde está Érika, qué hace, si continúa en el cine, y Mónica está todavía con mamá. Pronto, se graduará de abogada. Si retomé este relato, luego de tanto, es porque ayer me llegó un correo de

un remitente desconocido. Tardé en leerlo porque se había escondido dentro del *spam*. El correo decía lo siguiente:

De: tlquiceno57@hotmail.com

Para: damianmrilo@gmail.com

Asunto: La Tragedia

Estimado Sr. Mirlo,

Primero que todo, déjeme decirle que soy un fiel lector suyo desde que publicó «No somos nada» y, más adelante, «Sombras de un mismo día». He seguido su carrera con detenimiento, no solo porque somos de la misma ciudad, sino porque de verdad me atrapan sus historias. Desde la seguridad de la pantalla de mi computador (nunca me acostumbré al celular), veo sus entrevistas, sus videos y cuanta presentación que transmiten por Internet. No es una obsesión con usted, no me malinterprete, sino con el universo entrado que ha construido. Encuentro, aunque usted nunca lo ha mencionado en público, que tras sus historias se esconde una mitología que me intriga desenmascarar. Me encantaría, si le parece bien, que conversáramos sobre ello para mostrarle mis avances.

Pero ese no es el punto de este email. Como le digo, desde hace un tiempo su literatura me ha fascinado y me he propuesto a leerlo todo de usted y a releerlo; sin embargo, nunca había podido conseguir Fábrica de lenguas muertas que, si bien mencionan a veces en sus biografías, no hay ninguna referencia a ese texto en Internet.

Pero ayer ocurrió algo increíble. Como soy un hombre pensionado al que le sobra el tiempo, acompañé a José, un viejo amigo con el que juego ajedrez por las tardes, a recorrer las librerías de segunda para buscar un libro para su nieto. Como él es un viejo tacaño, nos concentramos en lo más barato. Ahí lo vi: una edición, aún sin destapar, pero amarillenta, de Fábrica de lenguas muertas, de Damián Milo. Intenté ocultar mi emoción, para que no me cobraran más, y lo compré en diez mil pesos. ¡Esa joya en diez mil pesos! Me despedí de mi amigo y me encerré en mi casa a leerlo.

Acabo de terminarlo y debo admitir que tengo sentimientos encontrados. No por el libro, que tiene destellos de la calidad literaria que se encuentra en los que le siguieron, sino por la historia. Hace muchos años, aquí en Manizales, una jovencita, quizás de unos catorce años, desapareció más de una semana y nunca se supo exactamente qué le ocurrió, ni quién lo hizo. La secuestraron y violaron, claro, pero eso se supo después, cuando la encontraron en la plaza de la Galería con su ropa de colegio.

¿Debo suponer que es la misma persona que aparece en Fábrica...? Al menos, se llaman igual. Usaban un uniforme idéntico, ambas estudiaban en el Santa Inés, tenían dos amigas, una más alta y otra más baja, y ambas vivían cerca de la fábrica abandonada de textiles, La Única. Además, este detalle me parece definitorio: Fábrica... se publicó alrededor de un año después de que ocurriera el secuestro. Así pues, mi querido autor, me llegan muchas preguntas que me gustaría aclarar. ¿Mónica es su hermana?, ¿la persona a la que le ocurrió esto hace tantos años?, ¿o solo la usó de inspiración para su primera novela? ¿Pudo conversar con ella sobre lo que le ocurrió? Si me lo pregunta, yo creo que no, pues el secuestrador sigue libre y vivo.

Seré franco, Sr. Mirlo. Sé quién fue el responsable del secuestro de Mónica y sé de primera mano qué ocurrió, qué pasó con ella, qué le hicieron. Se lo diré por el respeto que le tengo, pues es algo que pensaba llevarme a la tumba. Pero ya estoy viejo, cansado y sin ganas de mantener este secreto para siempre.

Solo confírmeme, por favor, si hablamos de la misma persona.

Un saludo cordial,

T.

No soy capaz de describir el vaivén de emociones que me llenaron mientras leí y releí el correo. Quise llorar, pero nunca fui bueno llorando, y terminé con los huesos fríos y trémulos. Quise responder de inmediato: «Dígame ya. Por favor, no se demore en la respuesta. Sí, Mónica es mi hermana. No, ella

nunca me contó lo que le ocurrió. Necesito saberlo», pero temblaba tanto y el hueco en mi pecho estaba tan grande, que no pude redactar una palabra.

Intenté, entonces, calmarme e ir a la cocina por un vaso de agua. Silvina notó mi rostro pálido y mis ganas de llorar. ¿Qué te ocurre?, me dijo, y yo, que tampoco podía articular palabra, le señalé el computador y le pedí que leyera. Respóndele, le rogué, y pídele que me cuente todo. Ella, en su sabiduría, se levantó luego de leer el correo, me preparó un té para calmarme y me sugirió que primero debería hablar con Mónica, preguntarle. Si ella no quiso hablar al respecto, debe ser por algo, dijo. A veces es mejor no saber.

Aunque le dije a Silvina que lo haría, nunca hablé con mi hermana. No quiero que reviva traumas, que se abra más la herida que, aunque nunca se cierra, se hace pequeña, ni que pase un mal rato por mi culpa. Prefiero callar.

Ahora, estoy sentado frente al computador. Ahora, llueve en una Ciudad de México que no me pertenece, pero que me recibió. Por la ventana, veo a unas niñas que se resguardan del agua. ¿Debo responder? Mi primer impulso es hacerlo, es mi deseo más primitivo, quizá el más vulgar. ¿Para qué?, ¿solo para saciar mi curiosidad? Lo haré. Es mejor conocer la verdad que no hacerlo. La ignorancia es de tontos, el conocimiento es poder.

¿Lo haré?

Las palabras de Silvina resuenan en mi mente.

A veces, es mejor no saber.

JOSÉ SERVÍN

LA IMPERFECCIÓN

I

Solo en sueños se permitía recordar, solo ahí encontraba el lugar para voltear. Se soñaba a los once años, en el estudio de papá. Los olores y las sensaciones intactos. Se sabía joven y curiosa, rodeada de libros viejos, pastas duras, víctimas del tiempo y tratos maníacos. Pizarrones atestados de anotaciones, letras apresuradas, tiza corrida y su polvo blanco en toda superficie. Soñaba con los esquemas amplificadas de anatomías humanas, en pares. Siempre presentes, los rostros de sus amados perdidos: su padre Jimeno, alto e imponente, y su hermana Aurora, hermosa y enferma. A veces, solo sus ojos; otras, sus ropas, nunca sus figuras completas.

Despertaba triste, a sus treinta y tantos, en ese cuartito de cama individual y buró de madera, entre esas cuatro paredes cubiertas de papel tapiz floreado hecho jirones. Se limpiaba las lágrimas, suspiraba y decidía ignorar su soledad, para comenzar un día más como la responsable de que el Orfanato de la Segunda Oportunidad se mantuviera a flote.

Antes de levantarse, sacó su laptop y la abrió para revisar su correo. Ninguna noticia del investigador privado, el séptimo en diez años. Ninguna noticia de la persona que buscaba. Antes de que la desilusión de cada día se apoderara de ella, un ruido dentro de las paredes la distrajo, una vibración concienzuda, familiar.

Un nuevo día comenzaba, la responsabilidad de veintinueve niños y niñas en la espalda. Despertó a los huérfanos con los gritos acostumbrados, nada de cordialidades, semejante lugar no permitía sutilezas. El correr en los pasillos, los ecos de vocecitas infantiles y pubertas en la vieja casona. Los pisos de madera crujían, como si la construcción, datada poco después de la revolución, se quejara de su ajetreada vejez.

Adria, de la misma o menor estatura que los huérfanos más grandes, con sus chinos esponjados y descuidados, cubierta con la misma chamarra ancha y pantalones de mezclilla que hacían sus caderas más prominentes, en medio de los huérfanos, de la población coja de la sociedad, de los tocados por la injusticia. Todos tomados de la mano con sus parejitas, una dinámica que había impuesto ella misma para evitar que se perdieran y otorgarles un poquito de la carga. «Sus parejas asignadas no son opcionales. Familiarícense con ellos, asegúrense de su bienestar. Su pareja es su responsabilidad y ustedes la de ella. No se separen. Son familia».

Era cansado hacerse cargo de todo. Lo que no admitía, lo que ocultaba al sonreír a sus adentros, era la superioridad que la acariciaba entre tanto huérfano. Ella sí había vivido una niñez completa, con sus padres y su hermana. No importaba que no recordara nada antes del incendio, tampoco que se sintiera coja sin su gemela, sin su Aurora. A su juventud le había tocado el paquete completo. Se regocijaba de saberse afortunada en medio de tanto miserable.

Esa mañana, Adria no devolvió los escasos buenos días de los pocos huérfanos educados, incluso ignoró a Alan, el huérfano mayor, sonriente frente a ella. Como todos los jueves, su día más odiado, se sentía exhausta. El cabrón del director seguía sin salir de su recámara. Era día de recibir provisiones y tenía una cita con Bere. Regañó y lanzó miradas inquisidoras a los pequeños insensatos, acostumbrados a sus alaridos de amargura.

Antes de las siete y media, los niños y adolescentes estaban formados en el jardín seco del patio frente a la casa. Adria revisaba ropas, uñas y zapatos. Los tres profesores llegaban. El director, el señor Guzmán, viejo panzón, hinchado y rojo por el alcoholismo, salió de su recámara y dirigió unas cuantas palabras vacías a los jóvenes: «Recuerden, muchachos. Esta vida es para gozarse. Estudien, aprovechen lo que les

ofrecemos, pero también disfruten, que el mundo está cada vez más cabrón».

Todos rieron, todos menos Adria, decepcionada de Guzmán y la manera en que su lengua ensuciaba la construcción de su familia, de los Valverde. Terminada la pobre intervención, se fueron al comedor, donde doña Justa había inundado el lugar con el olor del huevo con salchicha barata. Ahí, Adria notó al único niño sin par: el pequeño Abel, once años que parecían ocho. Lánguido y chaparro, de cabellos rebeldes que lo hacían ver cabezón y escuálido. Medio jorobado, con sus bracitos de palo y piernitas que amenazaban con romperse si pisaba demasiado fuerte. Comía pequeños bocados en la esquina de la segunda mesa. El único sin pareja, el número veintinueve.

Había llegado hacía poco más de un mes. Lo vio entrar a la oficina de Guzmán de la mano de Angelita, la trabajadora social, mujer sesentona de pelo teñido de rojo que la malmiraba, como si no confiara en su bondad. «Créame, no había lugar en otro sitio».

Adria lo vio, pequeño e insignificante, con esa mirada hambrienta y bañada en soledad, tan familiar y, por alguna razón, molesta. Sin decir nada, le rogaba cariño, cosa que generó lo contrario en la mujer. Las ganas de abrazarlo eran similares a las de patearlo. Una mueca, medio lástima, medio asco, y decidió aceptarlo, así sin presentarlo a nadie, así sin juntarlo con una parejita que pudiera hacerse trío. Nada. Lo lanzó a la boca del lobo, a los cuchicheos y a las miradas jui-ciosas de los otros niños. Y el pequeño Abel, desde el final de la mesa, en la esquina que usaría durante cada comida, la vería, igual de suplicante y aferrado a la esperanza de que esa mujer pudiera darle lo que necesitaba.

A las ocho de la mañana, se dividían a los niños y jóvenes en tres grupos, de acuerdo a sus edades. Cada uno se iba a una de las grandes habitaciones al fondo del primer piso,

acondicionadas como las aulas del orfanato. En esa construcción dormían, estudiaban y vivían sus vidas de caridad. Un sistema que don Jimeno Valverde, padre de Adria, había diseñado y que, después de su muerte, su esposa, doña Selene, continuaba con ayuda de varios comités culturales y educativos.

Muchos estaban en contra. Se trataba de una excepción en el sistema de educación mexiquense, sin atención psicológica ni estándares de verdad, solo por tratarse del modelo del erudito y bien conectado Valverde, un grande en México, en especial en Coyoacán, donde su familia había vivido desde siempre.

Una vez comenzaron las clases, Adria repasó con Guzmán las listas de necesidades, junto con las caridades que esperaban esa semana. Guzmán, como siempre, la veía, desparramado en su silla de piel gastada, con esa mirada protectora y cansada. La mujer lo agotaba de solo verla, con esa rectitud neurótica de la que no se deshacía.

—La mentada tía Naty habló. Viene el domingo. Nos ahorraremos la comida.

Adria puso los ojos en blanco.

—Esa sanguijuela...

—Sí, hija, sí. Es una mosca muerta, pero los niños la quieren...

—Que no me diga hija.

—Es de cariño.

—No necesito su cariño.

—Quizá no el mío, pero te urge el cariño de alguien, pinche chaparra amargada.

—Mejor váyase a emborracharse y a perseguir a sus japonesas chichonas, pinche viejo degenerado.

Ambos sonrieron. Hubiesen reído si no estuviesen tan hartos de todo. Los insultos los unían, los hacían tolerarse.

»Creo que tenemos ratas —dijo Adria, atenta a las paredes viejas de la oficina, adornadas con las fotografías viejas de Guzmán con don Jimeno.

—Ya se habían tardado.

Adria dejó la oficina, sus tenis hacían crujir la madera vieja con tedio y desaprobación.

Las clases transcurrieron normales, así como la hora de la comida. La mujer lo supervisó todo, encima la mirada del pequeño Abel, solo en su esquina. Adria lo ignoraba con gusto, para mejor ver a Alan, con Chucho, su amigo gordo a un lado, mientras hacía reír a los demás adolescentes, con su pelo rapado y brazos descubiertos, soldadito a medio desarrollar.

A las nueve de la noche, después de supervisar tareas, baños, la cena y gritarles que se metieran a la cama, notó al final del dormitorio, pegado al ventanal que dejaba ver un pedacito del centro de Coyoacán, a Abel, aferrado al marco de la ventana, como ave herida y atrapada.

—Dije que todos a la cama.

El niño se paró frente a Adria. Sonreía con esa mueca patética.

—¿Me cuenta un cuento?

—A la cama, dije.

El niño obedeció. Adria se asomó a la ventana. Las luces de una patrulla y una ambulancia iluminaban los árboles lejanos, cubiertos de humo negro. La mujer estuvo a punto de sentir algo parecido a la nostalgia, cuando recordó su cita. Se lo informó a Guzmán, que ya estaba en su tercer tequila de la noche.

—¿Quién es el valiente? —empezaba a arrastrar las palabras.

—¿Qué le importa, teporocho metiche?

Cruzó la explanada, de plantas secas y cemento desprendido por los terremotos, así como la puerta que se fundía con

el gran portón de madera, para encontrarse con el Tsuru que la esperaba en la esquina. Antes de llegar, se pasó los dedos por los chinos, como si pudiera hacer algo con ese desastre. Volteó para asegurarse de que nadie la viera y se metió en el coche.

—No mames, Adria. Llevo cuarenta minutos aquí.

Bere la recibió con su jetota, morena y redonda, de boca saltona. La expolicía odiaba esperar, especialmente en la esquina. Se sentía delincuente, poca cosa. Su humor no era el mismo desde que había sido expulsada del cuerpo policiaco.

—Ya te dije. Tengo que asegurarme de que los niños no hagan sus chingaderas.

—¿Cuáles niños? Esos cabrones tienen más pelos que tú y yo juntas. Que se me hace que me tienes esperando como pendeja, porque te los coges para que duerman rico los pinches angelitos, ¿verdad?

—Cállate, Bere. ¿Cómo dices esas...?

No la dejó terminar. Tomó su cabeza y la estrelló en el vidrio, solo lo suficiente para causar dolor, pero no romper el cristal, lo suficiente para que Adria no exagerara su reacción, pero sintiera su poder.

—No me calles, chiquita. Es una grosería.

Como siempre que se veían, la violencia dio lugar a la sensualidad. Adria se desabotonó la blusa y dejó que sus senos, en ese brasier de anciana, hipnotizaran a Bere, quien pasaría un buen rato prendada de ellos, mordiendo como bebé hambriento, mientras seguía estrellando la cabeza de Adria contra el vidrio.

»Te encanta, gorda de mierda —rugía Bere. Adria asentía.

Un par de insultos poco originales, dedos húmedos y el invasivo aroma del sexo encerrado las liberaron, aunque fuese por un ratito, de la pesadez de la vida.

Una vez terminado el pasatiempo, intentaron platicar un rato, pero, como siempre después del orgasmo, fue inútil. El mal humor de Bere regresó. Los intentos de conversación de Adria no rindieron frutos.

—Fue un día culero. Tres entrevistas y nada —le dijo Bere, a modo de despedida.

—Está bien. Mejor descansa. Hablamos mañana.

Un beso pequeño, de piquito. Ambas se vieron a los ojos, el parecido de una con la otra. La misma cara redonda, el mismo entrecejo fruncido. Incluso, el malestar tatuado en las expresiones. Y aun con las similitudes, en sus ojos se incendiaban las diferencias. A ambas se les escapó el mismo suspiro de tristeza. Adria bajó del auto y caminó al orfanato. Abrazada a sí misma, se sobó los brazos para no hacerlo con la cabeza golpeada.

Iba a abrir la puerta con manos temblorosas, cuando las luces de la patrulla la sacaron de la cómoda oscuridad. El auto se detuvo justo frente a ella y detrás un Datsun viejo que reconocía. Bajaron dos figuras, una adulta, otra pequeña. Se acercaron para revelar a Angelita, de la mano de un niño, pequeño y esquelético, seguramente desnutrido. Adria vio con disgusto a la mujer, como reclamándole el trabajo extra que le iba a aventar. Entonces, agachó la mirada para toparse con esa cara conocida. Se le revolvió el estómago, el dolor del golpe en la cabeza se transformó en cosquillas. Sus ojos se iluminaron. Recordó su sueño.

«¿Abel?».

II

Abel no soñaba. Su madre, en cambio, cuando vivían juntos, le hablaba de sus sueños, a veces con lujo de detalle, en especial cuando estaba bajo los embrujos de la heroína. Ahí era cuando la disfrutaba más, al menos al principio, cuando hablaba y hablaba de lo que soñaba, de sus deseos y fantasías.

Abel no decía nada, se acostaba junto a ella a escucharla y verla contenta, pues sabía que en un par de horas la mujer se hundiría en silencio y no tardaría en despertar de su trance para ser infeliz de nuevo y, entonces, Abel tendría que conseguir algo de comida o meterla a bañar o esquivar los golpes.

Esa noche, Abel soñaba por primera vez. No era uno de los sueños fantásticos de su madre, sino uno lleno de angustia. El niño flaco y ojeroso veía fuego, no como el de los tambores del centro cuando dormía con sus amigos, los vagabundos. Estas flamas eran gigantes, lo cubrían todo. Sentía su calor, abrasador y total. Escuchaba una voz, cuando sintió el zarandeo que lo despertó, empapado en sudor. La cara del director Guzmán lo invadía, su tufo de alcohol también. «Vamos, muchacho, levántate».

Por un momento, Abel creyó que estaba ante la presencia de uno de los niños fantasmas del orfanato. Escuchó la historia durante su primera noche en ese lugar. Alan, el huérfano mayor, se la contó con la satisfacción de quien huele el miedo ajeno. «Se aparecen cuando estás solo, cuando tienes miedo. Son pálidos, llevan en la cara sus últimos momentos, gritan y piden ayuda. Algunos dicen que predicen cómo te vas a morir. Así que cuidado, calaverita. Si ves a uno, fíjate bien en su cara, te podría estar diciendo tu futuro». Abel se tapó hasta la cabeza y así se quedó dormido.

El niño modorro se dejó llevar de la mano sudada del director, quien le hablaba con esa voz arrastrada y pastosa que poco lograba comprender. El frío de la madera en sus pies descalzos era lo que lo hacía entender que ya no soñaba. Aun al llegar a la oficina, donde la horrorosa luz amarilla lo cegó de momento, siguió oliendo el humo del sueño.

Olía a alcohol y a mugre. A la primera que vio fue a la señorita Adria, quien lo recibió con una mirada distinta, no esa de molestia que siempre le dedicaba. Había, por primera

vez, interés. Eso lo terminó de despertar. No se fijó en la mujer que tenía a un lado, la misma que lo había llevado a ese lugar, acompañada esta vez de otro niño, ambos sentados en las sillas donde su vida en el orfanato había iniciado.

—Abel —Adria sonaba dulce—, tenemos que preguntarte algo. —Se tardó un rato en formular la pregunta—. ¿Recuerdas tener un hermanito?

—Ya le dije que no tengo hermanos —dijo una voz rasposa, antes de que Abel pudiera contestar—. Quiero ver a mi abuela.

Volteó y lo vio, sentado en la silla, los pies colgando. Él, otro Abel. El rostro manchado de humo, sus ropas blancas sucias de negro. El pelo rebelde. Su mirada, parte de un mismo todo que Abel conocía. No importaba la furia que el niño despedía. Reconocía lo suyo en él.

—¿Es mi hermano?

—Su nombre es Ignacio. Y eso estamos averiguando —dijo Angelita, la trabajadora social. Su jovial pelo rojo desentonaba con su cara arrugada, pobremente maquillada.

Los adultos hablaban, los niños no escuchaban. Se veían, se reconocían. Abel sintió un calor especial, donde la soledad terminaba. Ignacio, por su parte, seguía atrapado en aquello que había vivido afuera. Sobre ambos, la mirada de Adria, invadida por los recuerdos truncos, por una sed que nadie notó.

Adria no tardó en llevarse a los niños al dormitorio. Abel no le quitó la mirada de encima a Ignacio. La mujer no dijo nada y los dejó en la cama de Abel, mientras preparaba la de al lado. Puso las sábanas sin mucho cuidado y, antes de irse, les dedicó una sonrisa de complicidad. «Descansen».

Ignacio se sentó en su nueva cama. Abel lo veía de frente.

—¿Por qué estás aquí?

—Déjame en paz. —Ignacio veía a la nada, los ojos bien abiertos.

—Yo estoy aquí porque mi madre no me quiso.

Ignacio vio a su doble, estudió las facciones idénticas. Desvió la mirada.

—Yo, porque la mía me quiso de más.

III

Cuando Adria sintió el sol de las nueve de la mañana en el rostro, fue que comprendió que era la primera vez, en años, que salía del orfanato a esa hora. Había irrumpido en la habitación de Guzmán. Aguantó los aromas agrios del borracho dormido y le gritó que se hiciera cargo.

—¿Y tú a dónde crees que vas? —le preguntó aguardentoso.

—¿Qué le importa, viejo briago?

Estaba entusiasmada por el sentido de propósito que había despertado el nuevo huérfano. No se quitaba la cara de espanto de Angelita de la cabeza, la descripción de lo que había encontrado en el incendio de la choza a unas cuantas cuerdas. El milagro que era que el niño estuviese vivo. La mujer había prometido regresar en cuanto encontrara a la abuela que el niño decía tener. Por eso debía aprovechar, antes de que lo reclamara.

Su entusiasmo era grande, también los nervios de ir a la casa de su niñez. Era octubre, solo visitaba a su madre un día antes de Navidad. El diez de mayo le mandaba flores y una carta.

Llevaba una maleta de ruedas que, vacía, rebotaba y amenazaba con voltearse cada tres pasos, igual que una petaca colgada de su hombro, también vacía. La residencia estaba a poco más de cinco minutos caminando. Un portón oxidado envuelto en enredaderas verdes y frondosas. La casa no se alcanzaba a ver, no desde hacía más de quince años. Tocó con

una llave y la sirvienta no tardó en salir, oaxaqueña, menor de edad, así como las buscaba su madre.

Adria no saludó a la empleada. Admiró las plantas y árboles descuidados que lo cubrían todo y hundían la casa en una oscuridad obligada. La residencia era grande, de un *beige* descarapelado que, conforme te internabas al jardín, se volvía negro, producto del incendio de años atrás. Su madre no había querido pintar la fachada después de la tragedia.

Parecía una casa con dos caras. Las puertas eran de herrería con vidrio manchado, imposible de ver adentro. Adria entró a la sala, los mismos muebles pasados de moda, sillones de terciopelo verde, jarrones dorados y pinturas al óleo de paisajes simplones y mal hechos. Vio por buen rato la pintura de la playa de Acapulco, con una niña en la arena, sola, viendo al horizonte, al océano infinito.

—Empecé a desayunar. No creí que vendrías —dijo doña Selene, mujer pequeña y delgadísima, de pelo blanco, mal sujetado en una coleta, y vestido morado vaporoso, que arrastraba. Sus arrugas sin maquillar se fruncieron al ver a Adria.

—Te dije que aquí estaría, mamá.

La anciana se dio la vuelta y regresó al comedor. Adria la siguió. La imagen de su madre sentada en esa mesa de ocho lugares, sola, con su mantel bordado y su huevo tibio en una copa, le pareció triste. Se culpó por no visitarla más seguido, al menos por ese instante.

—¿Quieres algo? La niña esta te puede hacer unos huevos. Es lo único que sabe hacer. Casi me mata hace un mes con su intento de tamales. Crudos. Casi me muero. No te avisé, pensé que andabas ocupada con tus huérfanos.

—No quiero nada. Vengo por algunas cosas de mi papá.

La anciana no le quitó la mirada a su huevo.

—Tu papá...

Regresó a su periódico. Impoluta, saboreó su pálido jugo amarillo. Adria se dirigió al estudio, al ala que nadie visitaba.

Cruzó una puerta de madera que la llevó a lo que parecía otro mundo. Paredes y techos negros, igual que las pocas cosas que aún quedaban ahí. Siguió por ese descanso hasta llegar a su destino. No había puerta, calcinada hacía mucho tiempo. El espacio era grande, aunque no tan grande como recordaba. Conforme pasaban los años, el lugar se encogía, igual que su madre, igual que ella.

El estudio de su padre era alto, rodeado de libreros atestados de obras y carpetas con información valiosa sobre las cosas que tanto interesaban al hombre: antropología, sociología, psicología, incluso misticismo y metafísica. Su decadencia dolía: todo chamuscado, las paredes negras y podridas, el piso tapizado de tapas de libro destruidas, uno que otro atisbo de hojas que se salvaron. Adria pasó por la gran mesa de metal, ahí donde su padre la sentaba junto a su hermana para jugar a los experimentos. Y al fondo, cubierto con una gran tela de manta sucia, el pizarrón que casi cubría el ancho de la pared.

Adria lo descubrió de un tirón, para revelar esa imagen que siempre la acompañaba. Dos figuras humanas, una junta a la otra, idénticas en su fisionomía. Anotaciones de todo tipo sobre cada parte del cuerpo. Eran ella y su hermana. Su padre había sido un gran dibujante, había detallado con sumo cuidado sus cuerpos desnudos, tan idénticos, tan perfectos. Especial esmero en los ojos, cafés con destellos verdes. Adria acarició la manita dibujada de su hermana, de su Aurora. Casi pudo sentirla, fría por la enfermedad. Lo mismo ocurrió con las manos cálidas de su padre al cargarla. El recuerdo amenazaba.

Se quedó un rato recargada en la mesa, antes de que el sonido de la escoba de la sirvienta en el patio la obligara a regresar a su misión. Detrás del pizarrón, bajo otra manta, se encontraba lo que había sobrevivido al incendio. Una pila de

libros, algunos rotos, otros quemados a la mitad; papeles escritos a mano, otros a máquina; una que otra carpeta con copias de otros trabajos; y, al fondo, el libro que buscaba, sobre una cajita de metal. Ambos le despertaron la viva imagen de su padre y sus cátedras. Abrazó ambos objetos y se prometió aprovechar la oportunidad que se le presentaba, atender lo que podía ser un llamado, así como lo había tenido su padre en su momento. Pensó en los huérfanos, Abel e Ignacio, tan idénticos como las gemelas del pizarrón.

Abrió las maletas y guardó todo lo que pudo. Lo hizo frenética, desesperada por comenzar. Salió del estudio, atravesó el comedor vacío y llegó a la sala, donde su madre esperaba frente al vidrio que la separaba de su jardín en ruinas. Parecía ver a través del cristal manchado.

—Me voy, mamá.

—¿Qué llevas ahí?

—Cosas de mi papá. Me corresponden.

Doña Seline no veía de frente a su hija, sino a través del reflejo en el vidrio.

—El domingo se cumple un año más. Los extraño tanto...

—Yo también, mamá.

—Esta vida se trata de extrañar a los que se van y revivir nuestros errores una y otra vez.

—Yo no revivo errores. No los recuerdo.

—Cuida esos libros. Son únicos.

Adria salió. No se molestó en cerrar la puerta ni la reja. Arrastraba la maleta de ruedas y soportaba la que colgaba de su hombro y chocaba en sus caderas. Sudó al recorrer esas mismas dos cuadras, todo para alejarse lo más posible de su madre. Siempre se arrepentía de verla, siempre terminaba con un hueco en el estómago. La anciana vivía envuelta en pesar y arrepentimiento, aun cuando todos sabían que había sido un accidente. Papá y sus velas, papá y sus descuidos. Al

llegar al orfanato, ignoró a Guzmán. «¡Regresaste! No puedes vivir sin mí, florecita amarga».

Se encerró en la última habitación del segundo piso, la que nadie usaba y alguna vez había planeado convertir en el salón de artes. Subió con trabajo las maletas a la mesa de madera y, sin recuperar el aliento, sacó el libro que la emocionaba, en alemán, la tapa parcialmente quemada. Soldado de guerra, apenas vivo, desesperado por seguir luchando. Alcanzó a leer el título, cubierto en ceniza: *Doppelgänger: die Vereinigung von Schatten und Licht*.

Adria sonrió. No hizo caso a la vibración bajo el piso, al sonido de la plaga que, sospechaba, invadía el orfanato. Entraba una tenue luz por la ventana. La iluminaba. Su sombra se extendía en el piso.

IV

No había huérfano que se le acercara a Abel. A todos les causaba algo: asco, disgusto, repudio. El niño observaba, era lo único que podía hacer. Veía la peculiar camaradería que surgía entre los veintiocho huérfanos, pacto sin palabras en el que, aunque algunos se cayeran mal, se cuidaban las espaldas. Casi podía oler el trauma en cada uno. No había niño que no tuviera un pasado terrible. Andaban de aquí para allá con sus infancias heridas. Abel no era distinto, pero había algo en él, quizá su desnutrición, quizá sus ganas de ser querido, algo que ahuyentaba a los demás.

Alan, líder del grupo, propiciaba su aislamiento con sus burlas, el encendedor dorado que escondía de los adultos, su antorcha de poder. Abel oía los cuchicheos tristes de los demás al lamentar que se acercaba el día en que el orfanato no podría albergar más al tipo. Se hacía mayor. A los diecisiete, un huérfano debía empezar a planear su vida para cuando llegaran los dieciocho.

Abel apenas pudo dormir, atento al sueño de su gemelo, que no era su gemelo, con su ceño fruncido y las manchas de ceniza en la cara. Algo le hacía creer que si se esforzaba lo suficiente, podría ver lo que le dolía. Ignacio fingía dormir. Veía las llamas y escuchaba a su madre gritar. Creía que debía llorar, soltar el grito atorado en el pecho. Se repetía que su madre había muerto, ebria junto a su novio. Se repetía que era un mal hijo, que merecía todo lo malo que le pudiera suceder. Se preguntó si su abuela iría por él, la única buena persona que conocía, o si lo dejaría pudrirse en ese lugar por haber dejado morir a su madre.

Al amanecer, los varones del dormitorio se juntaron alrededor del par. Asombrados, lanzaban sus teorías: «Obvio que son gemelos, su madre abandonó a uno», «lo vi en una película, los separaban y cada papá se quedaba con uno», «obvio no. Se me hace que su papá se cogió a dos gemelas al mismo tiempo».

Abel mantuvo la cabeza gacha, mientras que Ignacio se paraba derecho para enfrentar la mirada de aquellos que osaban abrir la boca. Alan se apareció, sin camisa, presumido de su musculatura adolescente. Encendía y apagaba su encendedor. Estudió al par con poco interés.

—¿Eres igual de raro que la calaquita esta? —le preguntó a Ignacio.

—No soy raro —contestó con una versión ronca de la voz de Abel.

—Aguas, entonces. Si te confunden con él, vas a valer madres, *dálmata*.

Un zape a Abel y Alan se marchó con su séquito de huérfanos admiradores tras él.

—¿Por qué te dejas?

El niño subió los hombros. Ignacio se vio en el reflejo del vidrio en la ventana, desde donde Abel había visto su casa arder. Las manchas en su cara le hicieron entender el apodo

de *dálmata*. Suspiró y siguió a Abel al baño. En las regaderas, ambos niños se reconocieron los mismos lunares en el pecho y la cadera, las mismas costillas asomadas, aunque la postura de charro de Ignacio lo hiciese parecer más grande.

En las clases, el profesor Martín, tipo joven con cara de sueño y pesar, se unió a las niñas que veían por primera vez al idéntico par. Ellas fueron más escandalosas. Los pararon juntos y de espaldas. Sandy, la mayor y supuesta novia de Alan, los obligó a quitarse las playeras y mostrarles los lunares que los varones habían visto.

Ambos niños obedecieron. El propósito de Ignacio fue ver qué tanto aguantaba Abel. Por alguna razón, la gente se acercaba a Ignacio. Le hacían la pregunta obligada de todo huérfano: «¿Tienes familia?». El niño no contestaba, lanzaba una mirada odiosa y regresaba a lo que estaba haciendo.

Por la tarde, después de que Abel terminara su tarea y se la pasara a Ignacio, fueron a cenar al comedor. Abel sonreía con levedad. Ya no estaba solo, compartía su esquina con alguien más. Un par de niños se acercaron a Ignacio y le hicieron preguntas que el niño no contestó. Abel sentía el estómago revolverse cada que su doble despertaba la curiosidad de alguien. No supo discernir si eran celos o envidia.

De regreso al dormitorio, acostados en sus camas, en medio de los cuchicheos de los demás niños, posterior a los gritos de Adria, Abel se atrevió a preguntar:

— ¿Me quieres? Yo ya siento que te quiero.

— ¿Por qué te habría de querer?

— Soy igual que tú. No tenemos familia, no somos nadie.

Ignacio saltó de su cama, jaló a Abel del pelo hasta tenerlo bajo él. Sus labios temblaban de furia.

— Yo sí tengo familia. Tengo a mi abuela.

Abel no se inmutó, por dentro agradeció el contacto. Al ser liberado, se acomodó y durmió en completa paz, mientras se decía que, con el tiempo, su nuevo hermano aceptaría su

realidad. Ignacio cerró los ojos, bien apretados, así como hacía en su casa, a tan solo unas cuadras, igual que hacía durante las malas noches. Escuchó los cuchicheos difuminarse con los sonidos del viento contra las ventanas. Los mantuvo cerrados hasta que quedó el silbido de la noche que muere. Un ruido nuevo lo hizo abrirlos, una vibración dentro de una pared.

Entonces, otro movimiento llamó su atención. A varias camas de distancia, con cuidado de no despertar a nadie, Alan se paró y salió del dormitorio. Ignacio, sospechoso de todo y de todos, se levantó. Tendría apenas once años, mas había aprendido a estar alerta, y si era verdad que no regresaría a su casa, entonces debía averiguar lo que pudiera de ese lugar.

Salió al pasillo y vio al tipo subir las escaleras metálicas de caracol. Había algo distinto en él, lejano a su pose de líder. Medio encorvado, medio nervioso. Esperó a que subiera para seguirlo. Debía ir lento para que las escaleras no rechinaran. Una vez en los últimos tres escalones, Ignacio se quedó quieto, admiraba el piso al que los huérfanos tenían prohibido subir. Era otro pasillo, más limpio, sin olor.

Alan tocó a la primera puerta. Una luz iluminó el marco y no tardó en abrirse. Ahí estaba la señorita Adria, la gorda de pelo chino que su doble adoraba sin razón. La mujer, en bata, sonrió triste a Alan y acarició su mejilla, después su pecho. Se movió para que el tipo entrara. Antes de cerrar la puerta, la bata se abrió para revelar sus carnes adornadas con encaje negro, de puta, como le había dicho tantas veces su madre, cuando borracha, le enseñaba las revistas llenas de vulgares mujeres de perdición.

La puerta se cerró. Ignacio se arrepintió de pensar en su madre. Regresó corriendo al dormitorio y a su cama. Se puso la almohada sobre la cabeza, para dejar de ver el fuego de la noche anterior, para dejar de oler la carne quemada.

Adria, sentada en la única silla de su habitación, desnuda, recibía la torpe furia de la lengua de Alan. Lo sentía recorrer su interior, como buscando lo que a él le faltaba. Adria no lo veía, prestaba atención a su reflejo en el tocador frente a ella. Veía sus senos, grandes y disparejos, llenos de estrías. El pezón izquierdo, más arriba que el derecho, era parte de una teta orgullosa y vivaz, junto a la otra, desdichada y avergonzada. Adria se odiaba, así, sin su otra parte, sin su gemela. Su imperfección era estridente. Por eso obligaba a Alan a complacerla, lo más cercano que tenía a alguien que la completara. La mayoría de las veces encontraba placer en los golpes e insultos de sus amantes, una que otra vez lo obtenía en la suave humillación de obligar a ese huérfano a complacerla.

Adria no era una mujer aferrada a la moral, vivía lo suficientemente apartada de todo como para preocuparse por lo que los demás consideraran correcto. Por eso se debatía con levedad si debía aventurarse a seguir con el experimento de su padre. Había leído las notas importantes, los pasos para obtener el fin último. Fin que le hizo ver sus carencias, sus senos chuecos, su cara demasiado caída para su edad, el peso en la espalda, producto de aquellas memorias a medio morir, guardadas en alguna parte de su cabeza, presentes en su todo movimiento y sentir. Se odió más después de leer lo que buscaba el procedimiento. Se odió por la casi nula probabilidad de encontrar a su otra parte, no la gemela, sino la doble.

Y es que momentos antes de que llegara Alan, había revisado su computadora. Un nuevo correo del investigador privado aceleró su corazón. No leyó todo, solo las partes importantes. Era corto, concluyente. Nada. No había nadie que cumpliera con las características que buscaba. Ni siquiera en las bases de datos de Estados Unidos a las que el investigador *hacker* todopoderoso decía haber entrado. Nada. Abajo, la

foto despedía triste soledad. Era ella, Adria, una foto suya, reciente, tomada por ella misma. Sin sonrisa, mirada cansada, nula esperanza. Diez años en busca de su doble, la que reemplazara la ausencia de Aurora, la que, después de leer el tratado de su padre, la hiciera una mujer completa, perfecta.

Mientras Alan se masturbaba y descargaba en su pierna, Adria aceptó que era la primera vez en años que se sentía entusiasmada, feliz de hacer algo con su vida y su soledad. No importaba que no hubiera otra como ella, ya no. Así que, en ese momento, decidió que haría lo necesario para completar el experimento y unir a los niños idénticos, honrar a su padre y conseguir la verdadera perfección, sin trauma, sin memoria, aunque fuese en alguien más. Por un instante, se pensó como una dadivosa filántropa, sin ego, pura generosidad. Le agradó la imagen.

Se vino con fuerza. Juntó las piernas, apretó la cabeza de Alan para que no se le despegara. Acarició su pelo negro y lo obligó a mojarse en su placer. Era un buen orgasmo, en la piel entumecida, en la mente drogada. «Bien hecho —le dijo a Alan que, como perro faldero, desde el piso, la veía expectante—. Vete. Tengo trabajo».

VI

Los sábados, en el Orfanato de la Segunda Oportunidad, eran especiales. Era el día en que los huérfanos podían divertirse. Las mañanas las dedicaban a terminar sus tareas y encargarse de que su hogar estuviese limpio. Desayunaban y tenían el resto del día para jugar en el patio con sus pocas pertenencias, en los columpios oxidados o con las cuerdas y pelotas que Adria liberaba para que se distrajeran.

Las tardes eran lo mejor. Se reunían en el comedor, donde entre todos movían las mesas hasta pegarlas a las paredes, tiraban cojines y cobijas en el piso y Adria proyectaba una

película. Doña Justa les hacía un postre, casi siempre gelatinas, gorditas de nata cuando se sentía generosa, y flan de caja cuando en la semana algún huérfano cumplía años. Era el momento de olvidar las realidades del lugar.

Esa tarde de sábado era distinta. Los huérfanos, reunidos en el comedor, con su gelatina y atole en mano, frente a la película: *El mago de Oz*. Los más grandes susurraban que Dorothy estaba bien buena, las jovencitas les hacían caras de asco cargadas de coquetería. Por supuesto, Alan en medio, rey de su pequeño imperio, Sandy bajo su brazo. Los demás veían la película felices, unos cuchicheaban y otros callaban a los demás para absorber las tomas *technicolor*, un tanto grises en las sábanas que fungían como pantalla.

Lo peculiar del día radicaba en los presentes. Era la primera vez que Adria no supervisaba el momento. En su lugar, se encontraba Guzmán, con su vasito de unícel lleno de atole y un líquido que vertía de vez en cuando de la anforita en su saco. Veía la película con cierta nostalgia, víctima del pasado que pretendía hundir en la somnolencia del alcohol. Adria no era la única ausente. Un par de niños idénticos también faltaban.

Los tres se encontraban en el segundo piso, en ese salón de ventanales grandes cubiertos de polvo, en medio de las paredes alguna vez vacías, ahora con un par de pizarrones negros. Una torre de libros, papeles y carpetas cubrían la gran mesa de madera. Igual que Abel e Ignacio, sentados uno en cada esquina, sus piernas colgando frente a Adria, sentada en una silla vieja, cruzada de piernas, libreta y pluma en el regazo. La mujer mantenía una postura formal, como de doctora. Imitaba los pocos recuerdos que tenía de su padre.

Había tenido un día ajetreado para llegar a ese momento. Desde la mañana le delegó toda la administración a Guzmán, quien la vio irse como niño abandonado y crudo, con la bol-

sita de tamales que siempre desayunaban los fines de semana. Adria sacó el viejo Malibu del año dos mil y condujo a la dirección que indicaban los registros de Abel. Iba descansada y contenta, escuchaba un *cassette* de su padre. Pandora cantaba algo sobre una mariposa que escapaba hacia la libertad. Tardó cuarenta minutos en llegar a la colonia Doctores, a una de las varias vecindades consideradas inhabitables después de los terremotos, imposibles de tirar gracias a los pocos ocupantes que se rehusaban a abandonarlas.

Las cuarteaduras eran escandalosas. La construcción ladeada amenazaba a quien se atreviera a internarse en los pasillos oscuros, cubiertos de azulejos e imágenes de vírgenes y una que otra Santa Muerte. Adria subió al tercer piso y tocó a la puerta del único departamento con decenas de cartas del gobierno en el suelo. Se oía reguetón en el interior, así como la tele encendida en algún programa de chismes. Tocó de nuevo, con más fuerza, hasta que alguien abrió. Igual de esquelética que su hijo, igual de ojerosa y pálida, Itzel, con el pelo enredado y los labios partidos, vestía un *short* de mezclilla y una playera de Puerto Vallarta. La recibió con una odiosa mueca de hartazgo.

—Me vale madres lo que venga a decir. Esta es mi pinche casa y usted puede ir a chingar a su madre.

Adria no permitió que le cerrara la puerta.

—Soy del Orfanato de la Segunda Oportunidad. Quiero preguntarle algunas cosas sobre Abel.

La expresión de la mujer cambió enseguida.

—¿Qué pasó con el niño? ¿Está bien?

A Adria le sorprendió la angustia de la drogadicta. Sin contestar, entró al departamento, apestoso a sexo y comida a punto de echarse a perder. Permaneció de pie, demasiado derecha, igual que don Jimeno Valverde.

—Abel está bien. Quería preguntarle si ha tenido más hijos.

— ¿Para qué?, ¿para que me los quiten también?

— Solo estamos actualizando expedientes.

Itzel se sentó en un sillón tapizado de ropa sucia. Veía la tele sin verla.

— Abelito es el mejor regalo que la vida me ha dado. Saber que no puede estar conmigo, es el peor. Jamás tendría a otro. Cada que se me pasa la regla, me tomo el té de canela. Ya sabe, una noche de la verga y al día siguiente lo echo a la taza. No vale la pena sufrir separada de tu propia carne. No es vida, ¿sabe?

— En efecto. No es vida.

Salió rápido. Ignoró los reclamos de Itzel, mientras pasaba por los pasillos que se sentían como tripas dispuestas a digerirla. Se encerró en el auto y suspiró complacida. Condujo hacia la segunda parada, a solo unos minutos del orfanato, acompañada de Emmanuel en la radio, cantando sobre una misteriosa chica de humo. Llegó a la oficina de Angelita. No le caía bien, pero la respetaba. La mujer la recibió en su cubículo viejo y despintado con un bostezo y un par de torres de fóliders manila, los pilares de su imperio de burocracia y desdichas. El único color en ese espacio gris y triste, era el rojo de su pelo.

— Ya sé lo que me vas a decir. No puedo hacer nada. No tengo otro lugar para el niño.

— Se llama Ignacio. Venía a decirte que se está acoplando muy bien. Creo que se merece la estabilidad que le estamos dando.

Angelita no disimuló su sorpresa. De un cajón sacó el expediente del niño y lo hojeó.

— Sabemos que su madre y el novio murieron en el incendio. La policía no encontró registro de ningún otro familiar. Aunque el niño habla de una abuela, no hemos podido encontrarla. Lo único que nos queda, por ahora, es esperar que

la señora aparezca para ver si está en condiciones de quedarse con él.

—Entonces, ¿están seguros de que Abel no es su hermano?

—Encontramos el registro del Seguro Social. La madre solo tuvo un niño. De hecho, fue de alto riesgo. Lo tuvo a los catorce años.

—Bien, Angelita. Si la abuela aparece, te pediría que me lo hagas saber. Nos interesa el bienestar de Ignacio.

Se dieron la mano, Angelita no la soltó.

—¿Pasó algo? ¿Por qué tanto interés en el niño?

—Por primera vez tenemos a treinta huérfanos. Cada uno tiene a su parejita. Estamos completos. No quiero arruinarlo.

Se fue, decidida a interceptar a los niños idénticos antes de que se unieran a la tarde de película. Así bien, mientras los demás disfrutaban de las aventuras de Dorothy y su séquito de amigos incompletos, Adria retomó la misión.

Abel la veía con entusiasmo, Ignacio con desconfianza.

—Se preguntarán qué hacemos aquí. Les prometo que será más interesante que cualquier película. Verán, ustedes han tenido vidas difíciles, sin la oportunidad de ver más allá de sus necesidades. La realidad es que hay cosas en este mundo que no entendemos, pero hay ciertas personas, curiosas y brillantes, que se dedican a investigarlas. El conocimiento, queridos, es valioso.

»Mi padre fue un antropólogo reconocido, parte de una familia dedicada a la academia. También fue un rebelde que se interesó en otros temas. Su misión comenzó en un viaje que hizo a una isla australiana, donde encontró a dos mujeres que tuvieron a un bebé al mismo tiempo y, con el paso de los años, descubrieron algo asombroso: eran idénticos. Sí, Abel, idénticos. Sí, Ignacio, así como ustedes.

Abel escuchaba con atención exagerada. Sabía que así no se contaban los cuentos y que ese no era del todo interesante.

No importaba. Abrazaba lo que se le daba, asentía con devoción a lo que escuchaba. Ignacio no le quitaba la mirada de encima. Aún veía sus carnes en lencería atrapar a Alan, como una araña obesa.

»Mi padre se apasionó por el tema. Sentía que lo perseguía. Por algo tuvo gemelas. Investigó a lo largo de muchos años y encontró varias teorías. La más interesante era la que alegaba que todos tenemos a un doble en el mundo y que, casi siempre, nacen en extremos del planeta, como destinados a nunca encontrarse. Mi padre llegó a la conclusión de que el hecho de que haya dos de cada uno es una trampa, un mal chiste de un dios cruel que, a diferencia de lo que cree el pueblo ignorante, no quiere lo mejor para nosotros.

»Mi padre concluyó que somos un experimento, seres partidos a la mitad y arrojados a este mundo, obligados a encontrar nuestro lugar, a luchar por lo que nos corresponde, sin nuestra otra mitad, sin eso que nos haría lo que en verdad somos: perfectos. Muy rara vez dos idénticos nacen cerca uno del otro. No sabemos el porqué. Quizá sea un error en el universo, un descuido cósmico o algún poder superior rebelde que espera que seamos inteligentes y juntemos las piezas. —Vio a los niños con admiración y algo de cariño, también envidia—. Algunos pasan sus vidas enteras en busca de su otra mitad, y una que otra vez, suertudos como ustedes dos se encuentran por casualidad. Eso, pequeños afortunados, no puede ignorarse.

—Qué bonita historia, señorita —dijo Abel.

—¿Su papá estaba loco? —preguntó Ignacio.

Adria se puso de pie, dejó sus notas en la silla.

—Mi padre era un genio, no un loco. Verán, considero mi responsabilidad hacer por ustedes lo que él quiso hacer por el mundo. Dejó instrucciones que he podido rescatar. En ellas, nos dice que cada uno de los idénticos representa la luz y la oscuridad. Somos seres complejos, ¿saben? Así que lo

que tenemos que hacer —se acercó a Ignacio, lenta, como cazadora al ciervo—..., es asegurarnos de que cada parte asuma su lugar. Luz y oscuridad, día y noche, agua y fuego.

Ignacio se inclinó hacia atrás, dispuesto a salir corriendo, cuando los brazos de Adria, como la araña con la que la relacionaba, lo rodearon. En un principio, quiso escabullirse, antes de entender que no lo atacaba. No, lo abrazaba.

»Eres luz, mi niño. Te haré verlo, lo prometo.

Se separó después de casi un minuto. Ignacio tenía los ojos llenos de lágrimas, frustrado y asustado. Con la cabeza gacha, dejó que las lágrimas cayeran al piso. Adria caminó al otro extremo, hacia un Abel expectante. Ambos se rieron al verse las caras.

»¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, señorita. Luz y sombra.

—Cada uno debe asumir su lugar.

—Sí, señorita.

Adria acarició la mejilla huesuda del niño. Abel cerró los ojos y saboreó el momento, el tacto. Adria dejó que lo hiciera, permitió que se entregara a ese amor que no recibiría de su madre drogadicta y puta, tampoco de los demás huérfanos asqueados con su mera presencia. Esperó a que el niño abriera los ojos, sus lágrimas de felicidad listas para salir. Entonces, alejó la mano, solo para darle vuelo.

La cachetada resonó en el salón. Ignacio brincó en su lugar. Abel cayó de boca, al piso sucio. Una nube de polvo se elevó sobre él, un hilo de sangre cayó en la losa negra. Adria no dejó que se incorporara. Puso su bota en el cuello del niño e hizo que su cara se restregara con la sangre cargada de polvo. Lo sintió temblar de miedo y llanto.

—Eres oscuridad. Eres todo lo que está mal y repudiamos. Haré que lo entiendas. Borraré esa estúpida sonrisa de tu pendeja cara. Te lo prometo.

La música de *El mago de Oz* hacía eco. El llanto de Abel desentonaba, el silencio de Ignacio gritaba. Como murmullo en el aire, una vibración dentro de las paredes viejas, suspiro de un gigante a kilómetros de distancia, el eco de un rezo, de una petición, de un conjuro que, poco a poco, consolidaba lo imposible.

VII

Dorothy regresó a su hogar, sus amigos aprendieron lecciones valiosas y el sábado terminó triunfal. Guzmán, borracho y apoyado en Alan, mandó a todos a dormir. A las diez de la noche, el director estaba de regreso en su oficina. Escuchaba a Marco Antonio Solís. Rememoraba, un poco más triste de lo normal. No se atrevía a admitir que la lejanía de Adria tenía algo que ver. Esa noche, el alcohol no mitigaba el pasado. Veía la carita de Adria, de niña, así como la promesa que había hecho hacía tantos años.

En el salón de investigación, la primera sesión de Adria y los idénticos terminó poco después. Con voz cansada, pero satisfecha, la mujer los despidió. «Bañados y a la cama». Los niños salieron a paso lento y silencioso. El llanto de Abel se había transformado en un puchero doloso que lo hacía más insufrible. Ignacio iba pálido, la mandíbula trabada. No esperó a su doble. Fue al baño, se desnudó e instaló en la última regadera. Dejó que el agua fría lo recorriera. Quería limpiarse, no sabía de qué. Pensaba en su madre, en sus manos pequeñas, sus uñas mordidas, la suavidad de sus caricias, justo antes de que se tornaran invasoras.

El frío del agua lo hacía pensarse lejos del fuego en su casita, lejos del fuego allá arriba, junto a esa mujer que había pasado las últimas horas llenándolo de los elogios que solo una persona le había dado antes. Apretó los puños, enojado con la abuela desertora. Las yemas arrugadas de sus dedos le

indicaron que era hora de irse a la cama. Cerró el paso de agua y, mientras se secaba, llegó a los lavamanos, donde Abel ya no lloraba. Tenía sangre seca bajo la nariz y en el labio. Se abrazaba el estómago, ahí donde Adria lo había pateado. Veía su reflejo. Su puchero se convertía en asco.

«Báñate rápido. Podría bajar...». De hecho, Adria no planeaba bajar. Llevaba varios minutos sentada en el piso, la mirada clavada en la sangre que Abel había dejado. No podía obligarse a limpiarla, como si el hacerlo pudiera borrar esas sensaciones de su niñez que creía perdidas. Tomar el papel del investigador, el de su padre, la había dejado exhausta. Le dolía el cuerpo. Igual que Ignacio, se sentía sucia, sensación inesperada. Siempre había pensado en los experimentos como los tiempos más gratos con su padre y su hermana. Ahora, en ese momento, se topaba con un trozo de verdad. No había sido fácil. Su padre lo había sufrido, ellas también.

«El peso de la ciencia», decía el hombre al final del día, con esa mirada cansada y salpicada de algo que, ahora reconocía, sabía a arrepentimiento. Adria limpió la sangre, rápido, para deshacerse de ese mar de emociones. Terminó y salió. Cerró la puerta con llave y, antes de entrar a su recámara, Guzmán subió las escaleras. Su calva se asomaba como un castor gigante.

—El maestro Solís, Marquitos, no Javier, un tequilita y nuestras quejas semanales. ¿Qué opina, señorita prefecta?

—Opino que estoy muy cansada y que usted debería dormirse ya. No quiere que mañana las visitas vuelvan a quejarse de que no es más que un briago desquehacerado.

Se encerró con un portazo. Esta vez no hubo sonrisita posinsulto, solo el hartazgo. Guzmán ni siquiera le regresó la grosería. Tambaleó escaleras abajo y se regresó a la oficina, a seguir bebiendo y cambiar de Solís. Javier se acomodaba más a lo que sentía.

En su cuarto, sin encender la luz, Adria revisó su teléfono: trece llamadas perdidas de Bere. El corazón le palpitó con fuerza al sumergirse en los veintisiete mensajes, entre ellos un par de audios. Hacía apenas un par de días hubiese corrido a llorarle a su puerta y recibir sus mordidas de amor. En lugar de eso, apagó el teléfono. En la oscuridad, el vacío se hizo enorme. No era culpa, era confusión. Demasiado de todo y de nada a la vez. Dejó ir sus lágrimas al mismo tiempo que Abel lo hacía con las suyas, frente al espejo del baño, junto a Ignacio que, por primera vez, se acercó a su doble por voluntad propia.

«Ven, te ayudo». Abel no dejó que lo tocara. Lloraba frente a su reflejo, lo admiraba. Su cara se deformaba y la sangre seca se craqueaba para hacerse fresca de nuevo. Su cuerpo se estremecía, como si le costara respirar. Igual que Adria, que tuvo que acostarse en su cama, manos en el pecho que amenazaba con estallar. Se sentía traicionada, engañada, su cuerpo dolía, como si los golpes fueran suyos. Ahogaba sus gritos, gritos que escapaban de una niña, no de la mujer presente. Una niña que había caído de la mesa, que había sido pateada, igual que Abel, que tuvo que ser sostenido por Ignacio para no caer.

«No grites. Por favor, no grites». Le tapó la boca y Abel lanzó un alarido cargado de la furia de un séquito de niños maltratados. Juntos, cayeron al piso frío. Ignacio abrazó a su doble.

Adria abandonó su pecho para taparse la boca con una mano y con la otra encontrar refugio bajo el pantalón, bajo los calzones. Se tocó para dejar de sentir lo que apenas veía en sueños. Hurgó en sí misma, como si pudiera dar a luz a esa mitad suya que se había calcinado junto a su padre, esa mitad que la acompañaba en los experimentos, idéntica a ella. Oía la voz frágil y achacosa de su Aurora. Se masturbaba violenta para callarla. Se mordió la mano para aguantar el

placer mezclado con dolor. El orgasmo acabó con los recuerdos, con las voces, con el ardor en la piel y el olor a humo. Así se quedó dormida, con la frágil convicción de que lo que hacía con los niños idénticos, le traería la completitud que no le correspondía.

Javier Solís cantaba cada vez más fuerte. Antes de cerrar los ojos, Adria creyó ver apenas un destello en la esquina, un niño que gritaba en silencio. No tardó en desaparecer. Abel también se calmó y cuando Ignacio lo soltó, se sorprendió de ver esa mueca de dolor transformarse en una sonrisa. El niño succionó los mocos antes de hablar.

—Nunca..., nadie me había puesto tanta atención...

Ignacio se alejó de su doble. Abel volvía a llorar, esta vez su felicidad era evidente. La sangre, su medalla de honor; cada moretón, la caricia que no sabía merecida.

—Pinches locos —balbuceó Ignacio, antes de correr de vuelta a su cama.

Esta vez, el que vio a alguien deambular en el dormitorio fue Alan. No dijo nada, no se movió. Se le revolvió el estómago, pensó lo peor.

Por la madrugada, cuando el sol llenaba la casa de lechosa blancura, Guzmán abrió los ojos como platos. Seguía borracho, no pensaba con claridad. El recuerdo, la mirada de Adria, cosquillas en el cuello. Guzmán sospechaba, sus ensoñaciones alcoholizadas lo guiaban a la respuesta. Buscó la botella que tuviera a la mano. No quedaba más tequila. Se levantó y el mareo le aconsejó volver a sentarse. No lo hizo, tenía que averiguarlo.

Salíó y subió las escaleras. Avanzó despacio y tambaleante, intentaba no hacer ruido. Llegó a la última puerta, la del salón que no se utilizaba. Con cuidado, dio vuelta a la

perilla. No se abrió. Ella tenía las llaves, solo ella. Se pasó las manos por la cara, preocupado, incluso temeroso, la misma sensación de un par de décadas atrás. Se hacía mil y un preguntas, cuando de reojo vio a un niño asomado en la escalera. En cuanto volteó, la figura desapareció, se unió con la luz del alba.

Guzmán se metió en su habitación, desesperado por encontrar más alcohol, de ese que lo alejara de semejantes miedos y sospechas, apestosos a tragedia.

La Alameda Central amanecía en total calma, atrapada en una burbuja de paz, en medio de una ciudad de caos y movimiento perenne. Las aves cantaban, las ratas permanecían escondidas. Luchito abrió los ojos y vio el cielo azul. No recordaba haber dejado su cuartito en la noche, lo agradecía. Despertar encerrado aún le provocaba ataques de pánico. La banca de metal era incómoda, no así la brisa de la mañana. Se quitó las lagañas y caminó un rato, se sentó junto a las fuentes y se mojó la cara. La quietud, antes de que llegaran las multitudes de todos los domingos, era deliciosa, sin miradas curiosas o de asco por su apariencia.

Pensaba en lo bien que le caería un caldo de gallina, cuando sintió la cara caliente. Volvió a refrescarse con agua de la fuente, cuando el dolor apareció, como si la herida fuera nueva. La vista se le nubló, se dejó caer en el pavimento que se calentaba lento con el sol que recién llegaba. Se quedó ahí buen rato, en posición fetal, hasta que logró controlarse.

Se paró, las piernas le temblaban. Se aferraba a la idea de donde estaba: entre los árboles frondosos y las aves mañaneras. No en el lugar maldito, no en el orfanato. Por primera vez, el cielo le pareció amenazante. Demasiado quieto, a la expectativa. Luchito tuvo miedo. Algo se avecinaba.

VIII

Alan no necesitaba de reloj ni despertador, la vida le había enseñado a ubicarse con su propia biología. Vivir en las calles hacía que uno midiera el tiempo con la manera en la que el sol quemaba y con la intensidad de la oscuridad en la noche. Así despertaba los viernes y los domingos en la madrugada, a la una en punto, para cumplir con el trato, ese que consideraba justo por tener vivienda, comida y el amor de la mujer que le daba tanto.

Así que se levantó y, con el sigilo de aquel que ha sobrevivido a las calles por diecisiete años, salió del dormitorio y subió al segundo piso. Tocó a la puerta dos veces. Adria tardó en abrir. No llevaba puesta su lencería negra ni la bata. Se había quedado dormida en sus *jeans* y sudadera, el almohadazo lo evidenciaba.

—¿Qué haces aquí? Ah, de veras. Se me olvidó decirte. No te puedo ver, estoy ocupada. —Alan la intentó abrazar. Adria lo tomó de los antebrazos—. Te dije que no.

El muchacho no hizo caso y se escurrió para meterse. La cama estaba hecha y, en ella, el libro alemán, que no soltaba, rodeado de hojas y anotaciones.

—Con mayor razón —dijo al quitarse la playera—. Ahorita la desestreso, puedo hacer lo de la lengua...

Adria había terminado de despertar. Se puso roja. No permitió que Alan se quitara el *pants*. Tomó su mandíbula y la apretó, como queriendo callarlo para siempre.

—Te dije que no.

Alan, al final del día, sin importar que estuviese a meses de llegar a la mayoría de edad, seguía siendo un huérfano, igual de necesitado que los otros. Por eso no entendió las negativas, por eso metió con gran habilidad las manos bajo la sudadera de Adria. La cachetada lo aplacó. Le dolió la cara

entera. Se hizo pequeño, niño de nuevo. Adria soltó su mandíbula para aferrarse al cuello. Apretó, lo suficiente para que los ojos de Alan saltaran.

»Si vuelves a hacer eso, le digo a la policía que violaste a una huérfana. A ver cómo te va en la correccional.

Sin soltarlo, lo sacó de su recámara y lo dejó caer en el piso. No le dedicó ni una mirada antes de encerrarse de nuevo. Alan no lloró. Se tragó las lágrimas y con el puño se golpeó la cabeza diez veces, las contó. Se insultó por no atender bien a la mujer, por permitir que alguien más, un par de niños idénticos, por ejemplo, se la arrebataran.

Los manteles blancos, de las mesas de plástico, se meneaban con el viento de otoño. La frescura se combinaba con un sol que quemaba la piel. Eran pocos los huérfanos que tenían familiares que los visitaran, aún menos los constantes. Solo un par no faltaba, entre ellos, la tía de Chucho. Mujer joven, treinta años, llegaba cada par de semanas, siempre sonriente. No solo se encargaba de pasar tiempo con su sobrino, sino que llevaba comida, juegos, ropa usada y, lo más importante, ganas de hacer que los huérfanos pasaran un fin de semana grato.

Todos amaban a la tía Naty, como la habían bautizado. Era el día en que Chucho se sentía importante y no la sombra de su amigo. Por supuesto, Alan la odiaba. Le parecía una hipócrita, pepenadora de las migajas de cariño que recibía ahí y no en su miserable vida allá afuera. Durante las horas en que la mujer estaba ahí, Alan dejaba su puesto de líder de los huérfanos para ser otro más del montón.

Los domingos eran los días que Guzmán se tomaba para sí mismo, así que Adria y Alan, juntos e incómodos, sacaron las mesas y los manteles. Regaron el poco pasto que aún era

verde y ayudaron a que los huérfanos llevaran sus mejores ropas, y que estuvieran bien bañados.

La indicación a Abel fue clara esa mañana. En parte para castigarlo, como bien indicaba el experimento, en parte para evitar preguntas impertinentes de las visitas.

—Te sientes mal, te duele el estómago. Te quedas aquí. No sales hasta que se vayan. ¿Entendido? —El niño asintió con su sonrisa lacerada—. Y acuérdate, ¿qué te pasó en la cara?

—Me subí a la mesa. Fui desobediente. Me caí. Me lo merecía.

Adria sintió alivio. La rendición del niño le daba seguridad en el proyecto.

—Todo esto y todo lo que viene, pequeño inmundo. Todo te lo mereces.

Adria tomó a Ignacio de la mano y se lo llevó a disfrutar de los juegos y la comida.

Afuera, mientras colocaba los vasos y platos en la mesa, Alan vio a la mujer con el niño, tomados de la mano. La imagen le pareció tan completa, casi perfecta. Ambos se veían cansados, sus ojeras se parecían. Sintió un hormigueo en los brazos que lo hizo tirar un refresco al piso. Lo recogió rápido cuando alguien tocó el portón, imitando una porra, y los huérfanos, como si se tratase del mismísimo Santa Claus, corrieron como estampida.

La tía Naty fue recibida con abrazos y besos. Llevaba uno de sus vestidos floreados, sacado de los cincuenta, así como sus ya acostumbradas bolsas de plástico en una mano y el pastel bien malabareado en la otra. «¡Llegué, chavos!».

Adria no soltó la mano de Ignacio. Se agachó para susurrarle al oído: «No le hagas caso. No es más que una puta hambrienta de amor. No merece el cariño de nadie, menos el tuyo, niño bello».

Llegaron otras seis personas, familiares de algunos niños. El ambiente, por más benévolo que fuera en su intención, no dejaba de ser incómodo. El entusiasmo de los huérfanos era excesivo; las sonrisas tan amplias, que dolían. Gritos y agradecimientos desbordados, obstinados en que los adultos tuvieran algo que los hiciera regresar el próximo domingo.

Pronto, se reunieron alrededor de la tía Naty. Los niños recibían felices los juguetes que la bondadosa mujer les daba, acompañados de un abrazo y un beso. Los gritos de las niñas fueron especialmente poderosos cuando las Barbies salieron de una de las bolsas.

En cuanto Chucho empezó la repartición de regalos, Alan se acercó para ayudar. Su amigo ya era otro, plantado en su papel de líder. La tía Naty se percató de su presencia y le revolvió el pelo con la mano adornada de largas uñas rosas.

—¿No estás muy grandecito para querer juguetes?

—Solo quería ayudar.

—Mi Chucho puede solo, no te preocupes.

Alan se alejó, ignorado por todos, huérfanos y adultos. Llegó a un lado de Adria, en la mesa más alejada de la conmoción. Se quedó parado a su lado, un guardaespaldas demasiado flaco.

—¿Necesita algo, señorita?

Adria revisaba su teléfono. Ignoraba los mensajes de su madre: pedía verla esa tarde, el aniversario de la tragedia. Los que leía con cierto placer eran los de Bere. Cientos de ellos. Unos prometían amor eterno, otros amenazaban con destruirla. Contestaba con un: «Déjame en paz. No te necesito», cuando Alan la interrumpió.

—No, Alan. Nada. Y no te quedes ahí parado, que me estresas.

Alan tragó saliva y se fue, bufando como toro. Apenas alcanzó a llegar al dormitorio, cuando el llanto salió disparado en un berreo chillón e infantil. Lloraba de pie, la cabeza hacia

abajo, como cuando su padre le obligaba a darle la cara para lanzarle los insultos más crueles posibles, rodeado de los demás vagabundos. El espectáculo de la humillación. Tomó la almohada de una de las camas y gritó en ella. Al parar, escuchó la respiración al fondo del cuarto. El bulto a lo lejos lo saludó.

— ¿Estás bien? — Abel sonaba tranquilo.

Alan se encendió, las lágrimas pudieron elevarse del piso para regresar a sus ojos. Su piel se tornó roja y corrió hacia el niño. Lo tomó del cuello, igual que Adria había hecho con él, y lo estrelló contra el piso. El niño no hizo nada, parecía haber perdido la capacidad de sorprenderse.

— ¿Qué quieren tú y tu hermano de mierda?

— No es mi hermano. Es mi otra mitad.

— No digas mamadas. ¿Qué quiere ese pendejo con Adria?

En medio de su confusión, Abel encontró en la desesperación de Alan algo parecido a su sentir.

— Ella solo quiere ser feliz.

La calma del niño desarmó a Alan. Se puso a llorar de nuevo.

— Ella dijo que no me dejaría ir. Me lo prometió...

Soltó a Abel y se sentó en el piso, abrazado a sus rodillas. Abel se puso de pie, se sobó el cuello y la cabeza al mismo tiempo, para después acercarse a Alan y abrazarlo por la espalda.

— A Ignacio le tocaron los besos, a nosotros lo demás.

— ¿Quién te pegó?

Abel no respondió, no se le despegó a Alan.

IX

Natalia Rodríguez se dejó bañar, como cada que iba al orfanato, de los elogios de huérfanos y demás familiares. Lo hizo

con destreza para que nadie se percatara de cómo lo disfrutaba. Mantuvo en todo momento esa expresión de conmovida humildad. Las manitas sucias eran bálsamo; los gritos, la música, y las miradas, esas miradas. Siempre, en algún momento del domingo, se le llenaban los ojos de lágrimas y llegaba al clímax propio de una mártir.

La única mirada que evitaba era la de la señorita Adria, con la que nunca había conectado, quizá, aunque no se atreviera a admitirlo, porque la mujer, tan poco agraciada y con cara de estreñida, parecía ver a través de sus vestidos coloridos, su voz suave y el exagerado altruismo. Nunca se lo había dicho, mas lo sentía. Vivía su protagonismo lejos de ella, mientras que en los pocos momentos privados que pasaba con su sobrino, le preguntaba sobre la señora, en busca de algún error, algún maltrato, algo que pudiera reportar.

— Es bien enojona, pero la neta es que sí nos cuida.

— ¿Tú qué vas a saber? No distingues una cachetada de un beso.

Una vez que los pocos familiares se retiraron, y el fresco del domingo en la tarde se acompañó de la bulla de cada fin de semana en Coyoacán, Natalia empezó a recoger sus cosas. Los niños estaban cansados, crudos de tanta azúcar y atención, a punto de quedarse dormidos si Adria no los mandaba a bañar pronto. Una vez más, no pudo sacarle información a Chucho, así que no había nada más para ella ese día.

Antes de irse, fue al baño de las niñas. Pasó junto a los dormitorios. Odiaba entrar en tan deprimente edificio. Si pasaba demasiado tiempo ahí dentro, la culpa de no tener a Chucho con ella le empezaba a trepar la piel. Había dicho no tener dinero ni trabajo fijo, que por ello compensaría al conseguir juguetes y ropa a través de la caridad de sus conocidos. Nada de eso era cierto. Natalia tenía un muy buen puesto en una multinacional y, por lo tanto, recursos necesarios para darle al niño lo que necesitara.

La realidad era que no quería hacerlo. Odiaba a su hermana por casarse tan joven y no querer más, la odiaba por haberse metido en el crimen organizado, también por haberse dejado matar junto a su marido idiota. La odiaba y le era imposible no castigarla, dejando a Chucho en esa casa fría y húmeda.

Llegó a los baños y se metió al último escusado, lo limpió con toallas húmedas, se bajó los calzones y se sentó. Su orina hizo eco en esas horribles paredes, como de cárcel. Se dijo en silencio que ya casi se iba, que faltaba poco. Se limpió y, antes de salir, escuchó con toda claridad: «Nadie te quiere aquí, golfa de cariño».

La voz era de un niño, ¿o una niña? Mientras se subía las bragas, desde arriba, la cubeta con mierda y agua cayó en su pelo, en su piel y en el vestido nuevo. Natalia gritó y el agua entró a su boca. Abrió la puerta y se resbaló, se pegó en la cabeza y el hombro. Desde el piso, vio a la diminuta figura correr afuera. Intentó ponerse de pie un par de veces, para resbalarse en la inmundicia cuyo olor la envolvía entera.

Se ayudó de los lavabos para pararse y al verse en el espejo, con el trozo de mierda negra atorado en el pelo teñido de rubio, rugió de furia. Entonces, justo detrás, vio al niño, borroso, apenas ahí. Esa cara que ya no era cara, carne hinchada, sangre blanca, un ojo blanco que la veía con propósito. A su alrededor, como un halo de piel y carne, las manitas, todas esas manitas pálidas y lastimadas. Antes de gritar, el séquito de manos la jalaron del pelo y, al unísono, azotaron su cabeza cagada contra el lavabo. Natalia no gritó, el golpe la mareó al momento. Volvió a caer al piso y los piecitos le pasaron por encima, para meterse en los cubículos y desaparecer.

Como pudo, la mujer salió del baño, bañada en sangre, lágrimas y mierda, mucha mierda. Apenas vio a Abel, las órdenes de Adria en la cara, cubeta en mano y labio hinchado,

confundido con su terror. Corrió hasta salir al jardín. No se detuvo. Corrió y no se sintió segura hasta meterse en su auto último modelo, estacionado a la vuelta para que no se dieran cuenta de su posición. Ahí trepada, se permitió soltar el llanto que se convirtió en grito y después en un miedo terrible, en los huesos, en un escalofrío que no se dignaba a desaparecer.

Mientras chillaba, abrió la ventana del coche, la peste era insoportable.

El ataque de risa de Adria duró más de diez minutos. Guardaría los gritos de Natalia en su memoria por siempre. La risa, no obstante, no era solo por eso. Eran carcajadas maniacas, nerviosas. Tenía en sus manos la cajita de metal de su padre, con sus relieves en forma de animales, todos en pares, propios y majestuosos. Acarició a los lobos con cariño, antes de abrirla. Suspiró al ver los frasquitos llenos de líquido. Levantó uno y lo sostuvo en el pecho.

Adria se limpió las lágrimas antes de que salieran. Se deshizo de los nervios. Ella sí llegaría al final. Lo haría por su padre y por su hermana. Por ella.

Tocaron a la puerta. Eran los niños idénticos. Antes de abrirles, se guardó el frasco en la sudadera.

X

Ese domingo, Guzmán vio el amanecer desde su oficina. La borrachera se disipaba. Había pasado la madrugada recordando, muy a su pesar, su vida antes de convertirse en el director del orfanato, cuando era solo un profesor. Se preparó un café y prestó toda su atención al amanecer. Se reprochó no haberlo visto antes. Era hermoso, contrastaba con sus recuerdos. Se terminó el café, se fue a su cuarto y tomó un baño. Se

rasuró por primera vez en semanas, se peinó y se puso ropa limpia.

Salió del orfanato mientras los demás aún dormían. Caminó un rato por las calles empedradas de Coyoacán hasta llegar al Jardín Centenario. Apreció al par de coyotes de bronce, quizá hermanos, quizá no, imponentes, iguales y a la vez distintos, antes de tomar un taxi en dirección al Centro Histórico.

Era un domingo diferente a los de los últimos diez años. Uno normal consistía en amanecer borracho, mojar la cara y salir a tomar un taxi que lo dejara en la vieja casa de Tlalpan, donde estaban sus prostitutas favoritas, de esas que le recordaban a las películas de Las ficheras, mujeres caderonas y nalgonas, cargadas de lentejuela y una naturalidad que le emocionaba. Celulitis y patas de gallo, dientes chuecos y alisados de poco pelo.

Ahí pasaba sus domingos, mañana y tarde. Se metía en el cuarto con su puta favorita, mujer de madre japonesa y padre mexicano, de unos cincuenta y tantos, hermoso espécimen. Salía bien satisfecho y pedía que trajeran carnitas. Almorzaban todos juntos, putas y clientes. Echaban un desmadre, por demás, gozoso. Al anochecer, Guzmán se despedía como quien se despide de su familia. Llegaba al orfanato y su sonrisa se empezaba a desvanecer. Se compraba una botella y dormía para empezar la semana lo menos presente posible.

Ese domingo, Guzmán veía el cielo y las nubes contaminadas. Le sudaban las manos, los efectos de la cruda se hacían presentes, el estómago amenazaba con ensuciar los asientos ya mugrientos del taxi. Por eso decidió bajarse en cuanto llegaron a La Alameda. Pagó y se sentó un rato en una de las bancas verdes, mientras los corredores de la mañana pasaban frente a él, con su frescura y tediosa disciplina.

Minutos después, pudo continuar con su camino. Pasó por Bellas Artes, el aire frío de la mañana era agradable.

Cruzó el Eje Central y siguió por la Avenida 5 de Mayo. Poca gente se dirigía a sus comercios, antes de que el pelotón de ociosos invadiera las calles. Guzmán no había caminado tanto en años. Los pies se le empezaban a hinchar, las pantorrillas chillaban de cansancio, a punto de acalambrarse. Se guio por un local de tacos de canasta y dio vuelta en una callecita oscura. Al fondo, la puerta de metal con trozos despin-tados y oxidados seguía intacta. Arriba, una cruz plata, el único objeto limpio. Tocó la puerta varias veces, hasta que escuchó la rendija y unos ojos pequeñitos se asomaron. Guzmán no vio la sorpresa que esperaba.

— ¿Qué quiere? — La voz era aguardentosa, dolosa.

— Tenemos que hablar. Creo que está pasando otra vez.

Silencio, después el seguro de la puerta. El rostro que apareció llevaba una cicatriz que dividía su cara en dos, partía de la frente y terminaba en la barbilla. Los tres pelos de barba poco cubrían, hacían que la rajada bombacha se viera más despreciable.

— ¿Cómo estás, Luchito?

Luchito, de unos treinta años, se metió en la oscuridad de su cuartucho. Era alto, aun con los hombros al frente y la cabeza gacha. Flaco de brazos y piernas, con una panza que parecía más de desnutrición que de cerveza. Llevaba *pants* y una camisa XL de rayas. El lugar olía a marihuana y pan dulce. Guzmán esperaba algo peor. Solo había un sillón de dos asientos que, por las cobijas apelmazadas, era obvio que fungía de cama.

— ¿Está seguro?

— Casi.

— Pero el cabrón está muerto.

— Adria sigue sus pasos.

— Pero ella ni siquiera...

— No se acuerda de lo que tú y yo.

— ¿Cuántos niños van?

—Dos. Acaba de empezar, eso espero. Estos no solo se parecen, son igualitos. Gemelos de distinta madre... No puedo —Guzmán hizo puchero, se aclaró la garganta para hablar sin llorar—. No puedo hacerlo solo. Tú sabes lo que pasó, tú puedes ayudarme.

—Hoy me volvió a doler. —Luchito se acariciaba la cicatriz como si fuera una mascota—. No hay día que no los vea. Los golpes, los rezos, los demás ahí tirados.

Afuera, el flujo de gente aumentaba. Risas de niños y adultos hacían los recuerdos más irreales.

—Es domingo familiar en el orfanato. Hay gente y estarán a salvo. Pero en la noche...

—Vamos —dijo Luchito. Por primera vez en mucho tiempo, se paró derecho. De abajo del sillón sacó un delgado cuchillo de cocina. Le temblaban las manos—. Pero primero, lo primero. Llévame por un caldo de gallina, en lo que se acaba el chingado domingo familiar.

Y mientras andaban por las calles del centro, Luchito, con esa sensibilidad ganada el día que logró escapar de la pesadilla bañada en fuego y humo negro, esa que tantos años después serpenteaba su piel, sintió las vibraciones en la parte trasera del cuello, en la espalda baja. Percibió los rezos, a kilómetros de distancia, pidiendo por uniones malsanas, así como protección a sus depredadores. Luchito no se detuvo. Bajo el sol amable de la mañana, rezó sus propias oraciones, creadas por él, mantras protectores. Respiró profundo y hondo, sin importarle que el miedo le empezara a dormir las manos.

XI

El agua estaba cálida en sus pies. Al principio, Ignacio sintió cosquillas, no tardó en convertirse en algo placentero. Adria

sobaba los pies del niño con cariño y algo parecido a la devoción. Estaban en el salón de investigación, los dos en el centro. El niño en la silla, los pies en la tina de metal. Adria, de rodillas, susurraba rezos del libro alemán.

En una esquina oscura, Abel, nuevos golpes en la cara, temblaba por el agua fría que Adria le había vertido en la cabeza. El niño veía a su doble recibir el cariño, no podía evitar imaginarse en su piel. Era fácil hacerlo, verse en esa versión valiente y segura de sí misma. Estaba dispuesto a aceptar el amor de Adria en cualquiera de sus formas, aunque en silencio fantaseara con el que no le correspondía.

También pensaba en la tía Naty, en su cara de horror, en el golpe de la frente, así como en los lamentos de niños en ese baño vacío.

«Uno dividido en dos —dijo Adria con ojos cerrados—. Entre más elevada la parte luz, y más hundida la mísera, inevitable la unión al ser perfecto. —Los niños cruzaron miradas. Adria se incorporó—. Todo va a estar bien. Quiero que me esperen aquí».

Se secó las manos en el pantalón y salió. Los niños escucharon la llave dar vuelta en la chapa.

—¿Entiendes lo que quiere hacer? —preguntó Ignacio.

—Nos va a hacer uno, como debe ser. Solo tiene que separarnos antes, con tu placer y mi dolor.

—Yo no quiero ser uno contigo.

—No creo que tengas opción —dijo Abel, sin dejar temblar, sonrisa de oreja a oreja.

Abajo, los niños eran dueños del orfanato. Algunos, tirados en el pasto, veían el cielo estrellado. Otros, se perseguían y se abrazaban, como una comuna *hippie*, entregados al hedonismo. Adria los oía desde la cocina. Servía los litros de leche

en la olla que se calentaba en la estufa. Partía los trozos de chocolate y los echaba, mientras pensaba en cada uno de los huérfanos, con sus inocencias rotas, pero vivas, sobrevivientes de las peores hazañas del humano adulto y, aun así, capaces de reír y disfrutar del pasto amarillento y rasposo en sus pieles.

Mientras revolvía, reconoció la resiliencia de cada una de esas pequeñas vidas. Mientras les agradecía su existencia, vertió el líquido del frasco en el brebaje. «Duerman, pequeños desdichados, duerman».

Guzmán y Luchito iban en el taxi. Batallaban para esquivar los autos del tráfico del domingo por la noche. Guzmán no dejaba de sudar, sufría por no tener una botella en la mano y el líquido en la garganta. Por eso lloraba, por eso regurgitaba su arrepentimiento.

«Siempre me odié por quedarme, por no irme con mi madre a Villa Hundida, por dejarme sobornar por esos malditos y su poder. Al mismo tiempo, me dije que lo haría por Adria. Me aseguraría de que tuviera una vida tranquila, que no tuviera que recordar lo que le hicieron. Pero es que no podía, no con esas paredes y los huérfanos, iguales a los de hace veinte años. Quería proteger a Adria cuando yo mismo me estaba muriendo ahí encerrado. No debí dejar que tuvieran más niños, debí hacer algo...».

Luchito no lo escuchaba. Rezaba con los ojos cerrados y, cuando los abría, veía las oraciones profanas de una voz conocida, ráfagas de humo negro, alrededor del taxi, entre los demás vehículos que obstaculizaban el camino. Volvía a cerrarlos y apretaba su cuchillo, para alejar el humo, mismo que

en el orfanato, a la vista de nadie, rondaba los vasitos de chocolate caliente que Adria servía a los huérfanos, orgullosos de sus aventuras dominicales.

Adria se aseguraba de que cada uno bebiera, ambas manos en los vasos, bigotes de chocolate, halagos y agradecimientos. Vio por la ventana a Alan, que pateaba piedras en el jardín, puños de adolescente enfurecido. No le habló, tenía otros planes para él.

—A la cama, todos.

—Pero no nos hemos bañado, señorita —argumentó Sandy.

—Mañana lo harán.

Los huérfanos vitorearon el acto de rebeldía. Terminaron su chocolate y corrieron a sus camas, embriagados de libertad. Adria se aseguró de que todos se taparan. No le importó el olor a sudor, comida y mugre. Pasó por cada cama y besó, una a una, las frentes con sabores agrios y dulzones. Se paró afuera, en medio de ambos dormitorios.

»Buenas noches, queridos. Los quiero, no lo olviden.

Apenas recibió respuesta de los que aún no se rendían, un par de «buenas noches» y otro par de «la quiero también», adormilados, débiles, cuando se dio la vuelta y continuó con el plan. Se aferró a los murmullos, por eso no escuchó el forcejeo con la puerta del portón. Subía las escaleras, cuando oyó esos pasos contundentes, fúricos, que le hicieron recordar a su padre. Era Bere, pantera a punto de atacar.

—¿Qué haces aquí? Te dije que...

No la dejó terminar, la jaló del pelo y la regresó al primer piso. Adria cayó de rodillas.

—¿Crees que puedes faltarme el respeto así? ¿Quién vergas te crees que eres?

La levantó, igual del pelo. Adria no se defendió, se sentía diminuta junto a Bere. La mujer temblaba de coraje, las palabras le salían trémulas.

»¿Te estás cogiendo a otra, verdad? ¡Dime la verdad!

Adria enterró las uñas en el brazo fuerte de la expolicía. Al zafarse, corrió a la cocina y abrió el cajón de los cuchillos, cuando Bere la tacleó y todas las posibles armas cayeron al piso. Puso a Adria boca arriba y se subió en ella. La tenía sometida de las muñecas, a su merced. Solo así pudo calmarse, con su novia sumisa de nuevo, con el miedo escurrido de sus pequeños ojos.

»No me puedes dejar, Adria. Entiéndelo.

—Chinga tu madre.

Berenice recibió el escupitajo como una daga a su pobre corazón frágil. Podía ponerse a llorar, llorar o responder. Por eso, empezó a ahorcar a su novia, a sentir su oxígeno escasear. Alzó la cara para que los brazos de Adria no la alcanzaran. De pronto, así como así, dejó de apretar. Su rostro amargo se contrajo de dolor, una, y otra, y otra vez, acompañada de esos ruidos, carne cortada. Sangre escapó de su boca, antes de desplomarse sobre Adria.

Atrás, Alan, pálido y jadeante, cuchillo en mano, dejó ir una orden, débil e infantil: «Déjela en paz».

XII

—Extraño a mi abue. Me quería —admitió Ignacio, los pies descalzos en el agua imperturbable.

—Mi mami decía que me amaba cuando me pegaba —hablaba con propiedad Abel—. Pensé que estaba loca, por las cosas que se inyectaba. La señorita Adria me enseñó que mi mami tenía razón, que sí me amaba cuando me pegaba.

—Mi mamá solo sabía que existía cuando se emborrachaba, cuando a ella y a su novio les daban ganas de jugar a los esposos conmigo. Mi abue me abrazaba, me decía que algún día sería perfecto. Ella sí me quiso, después me abandonó. Esta señora es mala. Igual que tu mamá, igual que la

mía. No importa que me diga cosas bonitas, no importa que me dé la mano. Es mala.

—Entonces, dámela a mí. Yo sí la quiero. —Abel se tapó la cara para llorar. Su cuerpo dolía, también algo por dentro, algo que sentía a punto de desaparecer.

Abel sacó los pies de la tina y caminó hacia su doble hecho ovillo. Sintió su pesar. Compartían algo más que la apariencia. Se agachó y lo rodeó. Ambos cuerpos se estremecieron.

—Los adultos son malos. No importa lo que digan. Mienten para hacernos cosas malas. Lo que dicen que es amor no lo es. Es un veneno que fabrican cuando se hacen grandes. ¿No lo ves? —Tomó la cara de Abel y la alzó. Ambos niños lloraban, aceptaban la decadencia de sus existencias y, en el fondo, el devastador alivio del saber—. Nosotros no somos adultos, no tenemos el veneno. —Acarició la cara golpeada de su doble, con la genuina esperanza de resarcir el daño.

Abel, por primera vez en su vida, encontró lo que buscaba.

—No los necesitamos —proclamó el niño golpeado.

Se abrazaron y las ventanas del cuarto vibraron, y el salón se llenó de leve electricidad.

XIII

Natalia Rodríguez esperaba en una oficina abandonada de la estación de policía, en una silla incómoda de los años ochenta, frente a un escritorio de los setenta. Esperaba sola, pues nadie se le acercaba con semejante olor a mierda y podredumbre. Llegó dando gritos, exigiendo auxilio y acción. «¡Les digo que Adria Valverde entrena a esos huérfanos para atacar gente! ¡Vean lo que me hicieron! ¡Juro que vi a uno con el ojo morado! ¡Mi sobrino corre peligro!».

La mandaron a esa oficina, llena de cajas y basura. Su silla daba la espalda a la puerta cerrada. Sentada con propiedad,

se acomodaba el mechón embarrado en excremento que se le iba a la frente. Oyó un par de llamadas telefónicas, así como las risitas de policías y detectives. No le importaba, hacía notas mentales de las varias demandas que le restregaría a la alcaldía de Coyoacán.

En cuanto oyó la puerta detrás suyo abrirse, comenzó con sus quejas, sin voltear, para evitar más vergüenzas. «No es posible que lleve una hora esperando. Tengo que ir a un hospital después de los golpes y de tragar lo que me echaron encima. Lo que sucede en ese orfanato es criminal y ustedes, bolas de holgazanes...».

La bolsa de plástico que envolvió su cabeza, no solo la privó de oxígeno, sino que la aprisionó con su olor a mierda. El policía encargado de la tarea aguantó la respiración durante la hazaña y, cuando la mujer dejó de patalear, dejó caer el cadáver para correr a asomarse por la ventana y respirar el fresco aire contaminado de la ciudad.

XIV

Luchito estaba frente al orfanato, manojos de dolores y miedos paralizantes. Las piernas le flaquearon, Guzmán lo sostuvo. El taxi se alejaba, los dejaba solos frente a ese monstruo de portón de madera, la puerta abierta. Hacía veinte años se había prometido no volver a cruzar esa puerta. Hacía veinte años había dejado ese lugar, de mano del doctor Valverde. Horas después, un Guzmán joven y menos panzón, incrédulo de lo que acababa de presenciar, lo encontraría a un par de cuadras, lleno de humo y una cortada gigante en la cara.

«¿Vamos?», preguntó Guzmán, no más el viejo borracho bueno para nada, sino aquel que había sacrificado su vida para proteger a quien ahora debía detener. Al entrar, lo primero que notaron fue el silencio sepulcral. Ambos se dijeron que era normal, que era de noche, que todos debían de estar

dormidos. Cruzaron el jardín, los vestigios de fiesta en el pasto y en las mesas. Globos, platos desechables, uno que otro juguete.

Luchito entró a la casa, las luces encendidas producían sombras vigilantes por doquier. Pasó por el comedor, donde hacía años quince huérfanos habían muerto. En los periódicos y noticieros dirían que una fuga de gas había sido la causante. Nadie le daría gran importancia, todo gracias al incendio que esa misma noche azotara la casa de los dueños, respetados y amados en la comunidad, a dos cuadras de distancia. La distracción perfecta. «Malditos fanáticos, malditos...».

Al llegar a los dormitorios, lo primero que vio fue el cuerpo de Chucho, en el piso, a un lado de su cama, vómito blanco con sangre junto a su cara contraída.

—No... No otra vez...

Guzmán se guio por el llanto de Luchito, lo que necesitaba para saber que la tragedia se repetía. En cuanto se asomó al dormitorio de niñas, un par de ojos abiertos y agónicos lo hicieron regresarse, ponerse en cuclillas y vomitar la bilis que quemaba su estómago. Desde ahí vio a Adria y a Alan, en la escalera de caracol. Subían lentos.

—¡Qué hiciste!

Luchito buscó con desesperación, mas no encontró un solo huérfano con vida. Salió del dormitorio de las niñas y los rezos, acompañados del humo negro que solo él veía, regresaron. Guzmán apuntaba a la escalera, hacia arriba. Luchito vio a Adria, la reconoció enseguida.

—Eres tú. La doble que sobrevivió.

Adria reconoció esos ojos de borrego enfermo. También la herida en la cara. No sabía de dónde.

—Salte de mi casa.

—Esta no es tu casa.

—Es la casa de mi familia. No eres bienvenido.

—Sabes que no es tu familia. —Se detenía de las paredes, mareado y con náusea. Gruñía para opacar los rezos en el aire—. Después de lo que te hicieron, ¿por qué se lo haces a otros? —Subió las escaleras con torpeza. Los rezos se le metían en los oídos como delgadas serpientes con espinas en la piel. La escalera se tambaleaba—. ¡Deja de rezar, maldita loca!

—¿De qué hablas?

Luchito comprendió que Adria no era la que lanzaba los rezos de extrañas lenguas. Al asimilar lo que ocurría, palideció y se detuvo a media escalera.

—No..., ella no...

Alan, escudo de Adria, cuchillo ensangrentado en mano, presenció la convulsión del tipo de cara partida. Sin caer al piso, bien agarrado del barandal, puso los ojos en blanco, mientras gritaba algo que nadie entendió. Al cerrar la boca, se mordió la lengua con una fuerza que dejó el trozo de carne colgando de una fibra rosa cubierta de rojo. Hilos espesos de sangre escurrieron de sus oídos, nariz y ojos. Pronto, la cara del hombre quedó cubierta de rojo, la cortada en su rostro se hizo negra y, con un grito gutural, se soltó para caer de espaldas al piso y romperse el cuello, justo frente a Guzmán.

Nadie gritó. Adria, que cada vez entendía menos lo que ocurría, se abrazó de Alan y retrocedió sin soltarlo. Guzmán le lloró al muerto, alguna vez niño, alguna vez sobreviviente. Adria, con Alan como perro guardián, llegó a la puerta del salón de investigación. Antes de abrirla, un niño lo hizo por ella. Abel e Ignacio, tomados de la mano, mantenían una postura idéntica, algo de la rebelde autoridad de Ignacio, algo de la vulnerable dulzura de Abel.

Adria iba y venía entre el pasado y el presente. Veía a los niños frente a ella, también a ella y a su hermana. Se veía a ella y a Alan, parecido al tipo de abajo con el cuello roto.

—Nos vamos —anunció Ignacio.

—Ya no queremos estar aquí —lanzó Abel, casi en un suspiro.

Las voces de los niños hicieron que Alan recordara su misión: proteger a Adria de todo peligro: de expolicías violentas, de niños que quisieran robársela. Tenía miedo, no dejaba de temblar. No asimilaba que acababa de acuchillar a una mujer ni que un hombre se había desangrado frente a él. Se exigía, con la voz violenta de su padre, que tuviera los huevos para hacer lo necesario. Por eso, se paró entre los niños y Adria, por eso tomó el cuchillo con fuerza y se dijo que Ignacio debía morir.

Adria no hizo nada. Algo no cuadraba en su historia. Amaba a su hermana, amaba a su padre. Sentía los golpes, las quemaduras en los brazos. No tenía sentido, *había sido amada*. El incendio...

—Puedes irte, Adria —dijo la anciana que subía la escalera como una aparición—. No te necesitamos más.

Todos la voltearon a ver. Dos personas la reconocieron.

—¿Madre? —dijo Adria.

—¿Abuela? —dijo Ignacio.

XV

La vibración ya no estaba en las paredes. Dejaba de ser un susurro para convertirse en un cascabeleo que todos sintieron en la piel, en la cabeza. Adria se sostuvo de Alan, que mareado dejó caer el cuchillo. La anciana era la única que no parecía afectada. Vestía de blanco, la tela delgada y transparente dejaba ver sus pezones oscuros y el triángulo negro en su entrepierna. Llevaba la misma cara de insatisfacción, acompañada de expectativa. A Ignacio le dedicó una sonrisa; a Adria, desaprobación pura.

—Ya vi tu desastre. Sabía que la policía esa iba a ser un problema. ¿Un niño de diecisiete años tuvo que defenderte?

¿No pudiste evitar que el huérfano ese viniera después de tantos años?, ¿que no lo sentiste?

—¿Qué haces aquí, mamá?

—¡Deja de decirme así! Ganas de vomitar me dan cada que te haces pasar por mi hija.

—Soy... Soy tu hija.

Doña Selene golpeó a Adria con la mano abierta. Los anillos estuvieron a punto de sacarle un ojo. Adria se dejó caer al piso, Alan no pudo sostenerla.

—No eres mi hija. Eres el recordatorio de mi error.

Doña Selene se agachó para abrazar a Ignacio, aferrado a Abel.

—Tampoco soy tu abuela, pequeño. Pero te amo como a mi propio hijo. Cuando te encontramos, supimos que tu madre no podría cuidarte. Por eso me acerqué. Me permitió ser tu abuela. Para prepararte, ojitos bellos.

—Mientes —escupía Adria en brazos de un Alan confundido—. Mientes...

Doña Selene cerró los ojos y en voz muy baja rezó palabras que hicieron el pasillo vibrar. Alzó una mano en dirección a Adria.

—Recuerda, niña bastarda, recuerda.

Como si recibiera otro golpe, con el doble de anillos, Adria colapsó, envuelta en náusea y dolor, y los años de silencioso sufrimiento se desbarataron en segundos. Su cuerpo, siempre tenso para no dejar ir las verdades que escondía, se dejó ir. Se sintió derretir y la verdad que siempre supo, pero ignoró, apareció con burlona violencia.

Vio la mano amiga de su padre, no, no de su padre, sino del doctor Valverde, impresionado con el parecido que, según él, Adria tenía con su hija. Recordó al hombre de traje sastre darle unos cuantos billetes a una mujer sucia para llevársela. Se recordó en el asiento trasero del auto, las palabras suaves del doctor, promesas de diversión y un hogar mejor.

Se vio llegando a la casa, doña Selene y la pequeña Aurora en la entrada. La niña, una versión limpia y hermosa de ella, aunque enferma y ojerosa, atada a su tanque de oxígeno, casi de su tamaño. La madre, una pared de tratos recelosos y sobreprotectores a su hija.

»Jimeno y yo compartimos la pasión por lo que nadie más veía. —Doña Selene acompañaba los recuerdos de Adria—. Estudiamos juntos a los niños dobles de Australia, eso hasta que uno murió. Yo busqué el libro alemán, tuve el apoyo de los amigos del apellido Valverde para quitar de en medio a quienes lo protegían. Cuando nació Aurora, mi preciosa Aurora, tan hermosa y débil, ambos decidimos que la solución a sus enfermedades estaba en encontrar a su doble. Fuiste una sorpresa, Adria. Escondida en una comuna de asquerosos *hippies* en Ciudad Juárez. Mil pesos, bastarda. Mil pesos bastaron para que tus padres se olvidaran de ti.

Adria escuchó a la pequeña Aurora, la que creía su adorada hermana: «Eres sucia. No te pareces a mí. Mi mami dice que no hay nadie más bonita que yo». Adria, sin poder contradecirla, la sensación de ser menos que esa flor bella y delicada, enclaustrada por su enfermedad, siempre al borde de marchitarse.

Recordó el baño que doña Selene le dio: asco y jalones, jabón en los ojos, tallones que irritaron su piel. Y los experimentos. La promesa de hacer ciencia, el contagioso entusiasmo del doctor, al que poco a poco empezaba a relacionar con lo que debía ser un padre... El primer golpe, la primera patada, la promesa de rebajarla a la nada, todo para hacer de su hija el ser perfecto que prometía el viejo libro alemán. Recordó el peso de sentirse odiada, navegando esa casa con el dolor de los maltratos y la negligencia. Recordó llorar en silencio para no molestar a los demás, a la familia a la que aún albergaba esperanza de pertenecer.

»Sabía que con el proceso de unión, mi niña estaría sana, que no se me iría. Pero aun con los tanques de oxígeno, las medicinas y los estudios, éramos felices. Y, entonces, llegaste tú, con tus ideas de que algún día serías parte de nosotros. Jimeno se obsesionó y los golpes del proceso no te hicieron reaccionar, nos empezaron a separar. Aurora cada vez más débil, la atención de Jimeno en tu miseria y yo..., al margen, pidiendo a los dioses por un milagro.

Mientras su cuerpo luchaba por regresar al presente y dejar de sentir tanto, Adria recordó el coraje, el hambre de pertenecer, de ser como su doble. Se vio metiéndose al clóset de Aurora, maravillada con los vestidos, la imposibilidad de dejarlos ahí, cuando ella los merecía tanto. Recordó la suavidad de la tela en su piel, el amor en los colores pastel. Recordó ir al estudio de su papi, al experimento final, orgullosa de sorprenderlos a todos con su nueva imagen, la versión sana de su hermana moribunda. Se vio respirando profundo, antes de entrar al salón de investigaciones, también el jalón de doña Selene.

»Ese día hice mi parte. No podíamos llevar a Aurora al orfanato, su sistema inmune se comprometería. Por eso fuimos Jimeno y yo. Él se llevó a Lucho a la casa y yo me quedé con los niños. Les di las gracias y se los ofrecí a *mis señores*. Sus cuerpecitos se convulsionaron por casi una hora. —Sus ojos se aguaron—. Hubiera hecho lo que fuera por mi niña, pero no contigo. Aurora ya era perfecta. Sin ti.

Adria recordó a doña Selene, agitada, hundida en angustia. La gasolina vertida afuera del estudio. «Eres perfecta así, Aurora mía. No voy a dejar que te unan a nadie». El escape, Adria incapaz de decirle a la señora que ella no era su hija, menos al verla arrojar la vela por la puerta entreabierta, mientras padre e hija cortaban el rostro de Luchito, el segundo sacrificio. La tragedia. Los gritos de doña Selene al reconocer a la arrimada. El error. El castigo.

»Debiste ser tú, no Aurora, no Jimeno. Irónico que el único que escapara fuera Lucho. Lo arruinaste todo. Me hiciste quemar viva a mi familia con tus engaños, bastarda mal-dita. Pero soy fuerte y los amigos del apellido Valverde lo vieron. Buscaríamos a un nuevo par y, como castigo para mí, te mantendrían viva, y, como castigo para ti, serías un peón más. El momento es hoy, así que de una puta vez, deja de llamarme mamá.

XVI

Adria sintió la vibración en su cuerpo. Al abrir los ojos, el mundo había cambiado. Su madre, que no era su madre, estaba de pie, el libro alemán en sus manos. Rezaba con perfecta articulación. A través de su vestido transparente, se divisaba una figura larga, falo enorme, movimiento propio. Se deslizaba por la cintura de la señora hacia sus piernas.

«¿Qué está pasando?». Alan, a su lado, no respondió. Ya no la atendía a ella, prestaba su atención a las palabras de la mujer, al humo negro en el aire perturbado, amenazante cascabeleo.

Desde abajo del vestido, el falo negro se reveló. Era una serpiente, o más bien, dos serpientes, parte de un cuerpo corrupto. Una blanca y la otra negra, unidas como si de metales fundidos se trataran, fusionadas con poca delicadeza. Sus cuerpos, encimados uno en el otro, para formar una sola criatura, gorda y deforme, de dos cabezas, enfermas y enfurecidas por la tortura. Al final de su cuerpo maltrecho, la única parte lograda: el cascabel, grande y dorado, del tamaño de un puño, vibraba con la fuerza necesaria para hipnotizar a los presentes, desorientados y aferrados a lo que pudieran para no caer.

Abel e Ignacio vieron a la serpiente arrastrarse torpe por el piso. Jamás se soltaron, sus manos más unidas que esa

monstruosidad, detenida frente a ellos, el par de lenguas bífidas a la vista, rojas como la sangre.

—El conocimiento ancestral pide los dos elementos de la vida. —La voz de doña Selene vibraba con el poderoso cascabel—. El primer sacrificio en vidas incorruptibles, como las de los huerfanitos abajo, valientes y valiosos para nuestra misión. El segundo, pieza estrella, la hace la contradicción en carne —se dirigió a Alan—. No un niño, tampoco un adulto, tan enojado como asustado, hermoso en su valentía, horrendo en lo que es capaz de hacer. Lo mejor que hiciste fue elegirlo, Adria.

Alan vio a Adria, la que amaba, mitad madre, mitad amante. Ella no le devolvió la mirada. Solo tenía ojos para Abel, su verdadero doble, igual de miserable que ella.

—Déjeme en paz —se quiso defender Alan.

—Eres tú el que hará posible el milagro.

—¡Que me deje en paz!

El cuchillo con el que había matado a Bere ya estaba en su estómago, en el centro. El joven se abrazó de la anciana, pedía misericordia y venganza a la vez. La mujer lo recibió en sus brazos, sin soltar el cuchillo, para moverlo hacia arriba y abrir a Alan por la mitad. No puso más resistencia. Se dejó abrir del ombligo hasta la garganta y, después, hacia abajo, partiendo en dos sus genitales. Al final, un corte dividió en dos su cara, movimiento con el que el doctor Valverde había iniciado el ritual para sacrificar a Luchito, justo cuando su esposa desató el incendio.

El orfanato entero vibraba. El cascabel apenas se percibía y la serpiente, como si entendiera, reanudó su camino hasta treparse en las piernas de Abel, para pasar a las de Ignacio, después atrás, de nuevo adelante, así, rodeándolos, no con el odio que sus caras reflejaban, sino con respeto, y si es que se podía percibir tal emoción de un animal en semejante tormento, amor.

—La perfección existe. Nuestra labor es perseguirla. La unión entre luz y sombra. La ausencia de memoria, pureza sin heridas. Lo imperfecto rememora, se aferra al mal recuerdo. El perfecto olvida, inicia de nuevo, bien y mal, blanco y negro. Completo.

Los niños se abrazaron, se prometieron que todo estaría bien. Juntaron sus frentes y se vieron a los ojos, mientras la serpiente los apretaba, cada vez más, en un abrazo bueno, el que Abel había deseado siempre, e Ignacio, aun con el terror del momento, se alegraba de poder dar a su doble.

Doña Selene admiró el apogeo de la investigación, suya y de su marido, el hombre de ciencia, y ella, la mujer de misticismo. Sus caminos unidos. Sonreía, convencida de que tanto pesar había valido la pena, cuando el peso de Adria la tiró al piso. La mujer, que jamás sería su hija, la sometía.

—Me usaron de niña... Y otra vez... ¿Cómo pudieron?

—¿Cómo pudiste tú, criatura vil? Deberías agradecerme estar viva.

Por más que Adria se quiso obligar a odiar a la anciana, no pudo. Solo veía a una madre perdida. Y mientras la alimentaba con sus lágrimas, se dejó llevar por el deseo, el propio, no el del que creía su padre. La soltó. Y la abrazó.

La serpiente vibraba. Apretaba a los niños, unía sus carnes, sus huesos, combinaba las sangres. Adria, sin saber lo que hacía, hizo lo mismo. Apretó a su madre con todas sus fuerzas, no importó que la anciana le encajara las uñas en brazos y espalda, en el cuello. Adria la estrechó y se dijo que era su madre, que también le correspondía dicho amor.

El piso vibraba. Los rezos, ya no provenientes de doña Selene, sino de lo que fuera que se asomara por la ventana cósmica creada por los sacrificios y el poder de ese cascabel imposible, obedecieron a la física blasfema que se abría paso, para unir también a Adria con doña Selene. Sus piernas se

trenzaron la una con la otra, dolor gigante, dolor que la serpiente evitaba en Abel e Ignacio.

Pieles se abrieron, ojos se consumieron, órganos se unieron, células curiosas, guiadas por el deber. Los cristales se rompieron, las luces parpadearon hasta fundirse en oscuridad.

El silencio reinó.

También el caos. También la perfección.

XVII

Afuera del orfanato, en la calle, en medio del frío de la madrugada, se reunían los eruditos que conformaban la sociedad que, por décadas, había buscado la creación del ser perfecto: los amigos del apellido Valverde. Los veinte ancianos, cansados pese a la esperanza, vestían sus mejores galas. Ex-presidentes, jefes de policía, fundadores de universidades y una que otra figura operadora desde las sombras.

No importaba el poder ni la capacidad de solucionarlo todo con sus recursos infinitos. No dejaban de ser gente rota, en espera de alguien que les diera la fórmula para olvidar sus infancias, sus heridas, alguien que les diera la cura para el veneno de los adultos con los que les había tocado crecer.

Esperaban pacientes, como bien lo había indicado su socia, doña Selene, viuda de Valverde. Al frente, su mano derecha, Angelita, se tronaba los dedos, expectante del resultado.

«Paciencia, hermanos —pidió un viejo de más de noventa años, mirada cansada y corrupta, junto a su Rolls Royce, desde su silla de ruedas, cubierta en mantas—. Pronto saldrá por esas puertas el dueño de la perfección, conocedor de todos los saberes. Acabará con nuestros miedos y tristezas. Todo está por cambiar. Solo es cuestión de minutos».

Abel abrió los ojos, ¿o era Ignacio? Eran ambos y a la vez ninguno. Se pusieron de pie y se marearon, ¿o se mareó? Pisó a la serpiente muerta. Se hizo a un lado y pateó algo que llamó su atención. Era el encendedor de Alan, cubierto de sangre. Lo recogió con esa mano que no reconocía como suya y, a la vez, hacía completo sentido.

— ¿Qué somos? —preguntó uno de los dos.

—Somos uno —respondió el otro.

—Cierto —concluyó el nuevo ser, Ignacio y Abel a la vez.

Se encontraban en un espacio nuevo, uno de visión lechosa, novedosa. Y es que, por más que intentaron, ¿o intentó?, no pudo recordar las emociones de hacía unos minutos. Ninguna razón por la cual había llorado y gritado y odiado y deseado estar muerto. Nada, no había nada. El olvido era real. Perfección. Tabula rasa.

El chillido del fondo del pasillo los distrajo. Apenas iluminada con la frágil luz de la luna llena, inmiscuida por la ventana, la criatura que era ahora Adria y doña Selene se retorció. La unión era torpe, desastrosa. Cuatro piernas y cuatro brazos, dos cabezas y un montón de órganos, todo licuado en un ser que no era, montón de carne apenas vivo, sumido en la desesperación que salía en forma de leves chillidos expulsados como carne molida por más de un orificio. Dos ojos, unidos por ligamentos rojos, vieron al nuevo ser con asombro; los otros dos, secos y dolientes, con miedo y arrepentimiento.

Un bramido sonó a caricia trunca. El niño la ignoró y bajó las escaleras. Antes de salir al jardín, vio a lo lejos el portón abierto, de par en par, así como la aglomeración que lo esperaba. La oscuridad lo protegía de ser visto, también lo obligaba a recordar lo único que valía la pena. La promesa.

—No va a acabar —dijo el niño.

—No más adultos. Lo prometimos.

—Solo tú y yo.

El niño perfecto dio dos pasos atrás. No tuvo que pensar de más, pues era perfecto y la solución obvia. Sintió la madera en sus pies descalzos. Madera por doquier. Vio el encendedor en su mano ensangrentada.

—Claro.

El humano perfecto sonrió. Activó el encendedor y vio su flama con genuina curiosidad y asombro. Quizás ahí radicaba su perfección, en su niñez, en su claridad.

Dejó caer la flama al piso. Antes de meterse al dormitorio, vio a los niños de humo jugar en el fuego que se expandía. Sus caras agónicas se derretían con el calor. Al fondo, bajo la escalera, Guzmán. Luchito en brazos, llanto quedo, resignado, apacible ante el fuego que, bien sabía, acabaría con tanto sufrir.

El niño pasó por los huérfanos muertos hasta llegar a sus camas. Las unió para hacer una más grande. Acomodó las cobijas y se metió en ellas. Suspiró cansado, ese mundo era demasiado para él, quizá para cualquiera.

Se quedó dormido al instante. Su sueño, como debía ser, fue perfecto.

SEMBLANZAS

SEBASTIÁN FISHER

(1989, Santiago, Chile) Abogado y criminólogo. Sus relatos de terror han sido antologados en distintas colecciones literarias tales como *A la orilla del espíritu* (2023, Alas de Cuervo); revista Chile del Terror #5: Mitología Latinoamericana (2023); y *Los sueños del cuervo* (2024, Alas de Cuervo). Uno de sus cuentos ha sido seleccionado como uno de los veinte mejores relatos del III concurso literario Sant Jordi (2023, Barcelona).

DAVID KOLKRABE

(Manizales, Colombia) Escritor especializado en terror. Ha publicado cuatro novelas y un libro de cuentos, ha ganado múltiples certámenes literarios y ha sido traducido al portugués y al italiano. Lidera el movimiento del Nuevo Terror Latinoamericano, del que es uno de sus principales referentes.

JOSÉ SERVÍN

Psicólogo, escritor y músico mexicano. Su primera novela, *Ángeles abandonados*, fue lanzada en noviembre del 2023 a través de Alas de Cuervo. La segunda, *Ciervos de la lluvia*, obtuvo el segundo lugar en el Concurso Internacional de Novela de Terror de Alas de Cuervo 2024 y fue lanzada en enero del 2025.

ÍNDICE

LA MÁSCARA DEL INTRUSO.....	9
FÁBRICA DE LENGUAS MUERTAS.....	69
LA IMPERFECCIÓN.....	119
SEMBLANZAS.....	181



Gracias por haber escogido este libro de la
Editorial Alas de Cuervo

Esperamos que la lectura le haya complacido.
Puede encontrarnos en Facebook como **@alasdecuervoterror**
y en Instagram como **@alasdecuervo_terror**.

Allí podrá descubrir reseñas,
convocatorias literarias, autores, libros, etc.
Esperamos pronto estar de nuevo en su compañía
para conocer nuevos personajes y universos.

Equipo Editorial Alas de Cuervo
www.alasdecuervo.com

OTROS DE NUESTROS TÍTULOS

